

ENRIQUE GIL y CARRASCO

# COSTUMBRES y VIAJES



COLECCION MEDIODIA

**GEOGRAFIA LITERARIA  
Y VIAJES**



**PUBLICACIONES  
ESPAÑOLAS**

JT

COM

+ 38590  
C.



GEOGRAFIA LITERARIA Y VIAJES

ENRIQUE GIL Y CARRASCO

COSTUMBRES  
Y VIAJES

PUBLICACIONES ESPAÑOLAS

Avenida del Generalísimo, 39

MADRID, 1961

*Fotografías facilitadas por la Dirección General de Turismo.*

**Depósito legal: M. 13.973-1961.**

---

Sucs. de Rivadeneyra, S. A.—Paseo de Onésimo Redondo, 26.—Madrid.

## PRÓLOGO

*Las noticias que poseemos de la vida de Enrique Gil y Carrasco proceden, en su mayoría, del relato biográfico que publicó su hermano Eugenio en 1855, de cuyas fuentes se han servido los diversos eruditos que han vuelto a tratar de ella. Aquella existencia breve y humilde, amante siempre de sus tierras nativas, a las que profesó entrañable afecto, dejó tan sólo un somero rastro, unas huellas como de paseo matinal, bien pronto borradas por el tiempo. Ferrer del Río, en su Galería de la literatura española, nos traza una comedida semblanza física, pero expresiva, sin embargo: "Talento pensador, analítico y minucioso, cuyo natural centro es Alemania, donde a la sazón reside [1846] y de donde parece oriundo por su rubia cabellera, sus ojos azules y la blancura de su rostro".*

*No era, claro es, a pesar de lo dicho y de tales apariencias, oriundo de regiones germánicas, sino de la provincia de Soria, en cuyo lugar de Peñalcázar nació su padre don Juan, de noble ascendencia, que debe referirse a la época de reconquista y primera población de aquella zona.*

*En el seno, pues, de una familia hidalga y con ciertos bienes de fortuna, de formación religiosa ejemplar, nació nuestro autor el día 15 de julio de 1815 en Villafranca del Bierzo, en medio de aquel paisaje que tantas veces y con tanto acierto habría de describirnos en sus obras.*

*Poco sabemos de sus primeros años, como, en general, son escasas las noticias de su vida toda, cual acabamos de decir. Estudió latines en Ponferrada entre los años 24 y 29, con los padres agustinos, que tenían colegio en aquella localidad, y luego siguió cursos de Filosofía, primero con los monjes benedictinos del monasterio de Espinareda (1829-30) y después en el seminario de Astorga, en el año siguiente.*

*Aquí se diluye por vez primera la senda de la vida de nuestro joven, al que hemos de suponer creciendo en medio de la comar-*

ca berciana y formando en ella su indeleble carácter. Parece ser que su familia sufre graves trastornos económicos como consecuencia de persecuciones políticas, que afectan principalmente al abuelo paterno del futuro escritor, de arraigado pensamiento tradicionalista, como toda su descendencia. El caso es que aquellos estudios iniciales, a los que siguieron los primeros cursos de Leyes en Valladolid, debieron ser interrumpidos a causa de las dificultades dichas, para ser proseguidos y concluidos con posterioridad en Madrid.

Hay noticias confusas de un primer viaje de Gil y Carrasco a la capital, en 1833, según nos ha contado el capitán Cook en sus Bosquejos de España, pero los únicos datos existentes deben referirse a la terminación de su carrera de Derecho, para finalizar la cual se traslada a Madrid en septiembre de 1836, a fin de comenzar en su Universidad el curso académico siguiente.

Empieza entonces la verdadera etapa formativa del escritor, que ya siente arraigada vocación literaria, que debe compartir con las exigencias de sus estudios jurídicos y con una situación económica estrechísima. Tres años ha de permanecer en la corte, desde su llegada hasta el fin del verano de 1839, sin que en todo ese lapso de tiempo tengamos testimonios certeros de algún viaje a su tierra natal. Así se desprende, al menos, de lo que nos dice José R. Lomba y Pedraja en su estudio sobre Enrique Gil y Carrasco: su vida y su obra literaria, que fue leído como tesis doctoral en 1915, trabajo ya clásico, pero que debemos consultar a menudo.

Ese período madrileño debió de ser una prueba, durísima para el ilusionado joven, que procuró relacionarse con los medios artísticos y literarios de la ciudad, publicando al mismo tiempo alguna muestra de sus actividades poéticas, cual la composición titulada La gota de rocío, que apareció en El Español el 17 de diciembre de 1837.

Pero pronto una grave enfermedad, que habría de acompañarle tenazmente hasta concluir con su vida, hizo su aparición a principios del otoño del año 39. Un fuerte cólico, acompañado de hemoptisis, le hace volver al Bierzo en busca de convalecencia, sin que ya tornase a residir en Madrid de modo permanente. El exceso de trabajo y las precarias condiciones de su existencia en la corte le ocasionaron, probablemente, la terrible dolencia.

Se abre, entonces, para él una etapa que va a prolongarse durante cinco años, en la que alterna las temporadas de relativo reposo en su comarca con otros períodos en Madrid, en los que se dedica a la colaboración periodística. De estos tiempos



son la mayor parte de los trabajos recogidos en el presente volumen, así como su Bosquejo de un viaje a una provincia del interior, excursión realizada por él en el otoño de 1840.

Inició la publicación de artículos de crítica literaria, y sobre costumbres y viajes, en las páginas de *El Correo Nacional*, por noviembre de 1838, aunque pronto amplía la extensión de sus colaboraciones al *Semanario Pintoresco Español* y a *El Pensamiento*, y posteriormente a *El Sol*, que pertenecía a Ríos Rosas, y a *El Laberinto*, de Ferrer del Río. Podemos suponer la durísima penuria que habría de sufrir el escritor viviendo de estas simples publicaciones.

Pero en el año 1844 un acontecimiento imprevisto va a modificar la monotonía de esta vida, abriéndole prometedoras perspectivas. Lomba y Pedraja puede relatarnos, con toda puntualidad biográfica, el suceso:

“En tanto que él vivía en Madrid, harto estrechamente, de su labor periodística, su familia se recogía en Ponferrada, sumida en la mayor pobreza. Estaba compuesta de su madre, tres hermanas y un hermano menor, don Eugenio, que después escribió su biografía. Toda la esperanza de estos seres queridos y atribulados se cifraba en aquellos días en el porvenir del literato. Una imprevista sonrisa de la fortuna hizo lucir para ellos una aurora de prosperidad y alegría. Desgraciadamente, se tornó pronto en noche caliginosa de muerte y desconsuelo. Fue durante aquella etapa conservadora, recién proclamada la mayor edad de Isabel II, en que don Luis González Bravo subió, por un azar caprichoso de su buena estrella política, de jefe del partido de *La Joven España* a presidente del Gobierno de la reina. Enrique Gil había mantenido con él buenas relaciones de amistad en la oposición. El 23 de febrero de 1844 se abrió para él excusadamente una puerta en el Ministerio de Estado. Fue nombrado comisionado con carácter extraordinario para recorrer los Estados del antiguo Cuerpo Germánico. Entró el poeta en la carrera diplomática con categoría de secretario de Legación y con un sueldo de 40.000 reales. “A la disposición de usted queda—le decía el ministro—elegir el punto por donde haya de empezar el viaje, sin otra restricción que la de darme conocimiento anticipado del que haya escogido.”

Parece ser que, bajo la apariencia de un viaje informativo, con el adecuado cuestionario que le entregó el Ministerio de Estado, Gil y Carrasco recibió un más delicado y secreto encargo, con carácter de verdadera misión diplomática, y que consistía, en esencia, en preparar el terreno entre los Gobiernos de Prusia

y España para concertar tratados comerciales y políticos, que implicasen a la vez el reconocimiento de la reina Isabel II en el trono, aún no otorgado por aquel país.

Con las facilidades ofrecidas por González Bravo nuestro hombre preparó concienzudamente su viaje y procuró documentarse cuanto le fue posible sobre la materia industrial y comercial, objeto externo de su expedición, a la vez que se concedía a sí mismo un ligero desahogo, por vía de vacación, entre sus dolorosas pruebas. Y así, en la primavera del 44 se fue a Valencia y Barcelona, recorriendo los establecimientos textiles de la región e imponiéndose en la elaboración de lanas, algodones y sedas, materias bien ajenas a sus estudios, pero por la que acaso se adentrase como un reparador oasis.

Cuatro meses medían entre su salida de Barcelona, a bordo del navío francés *El Fenicio*, y su llegada a Berlín, periodo que emplea, como nos relata su hermano Eugenio, y a partir de él, Lomba, en visitar diversas ciudades francesas, belgas y holandesas. Desembarcando en Marsella, "por Lyon, donde también se detuvo, se encaminó a París. Se celebraba en aquellos días una exposición de industrias nacionales en la capital de Francia, y esto fue parte a que alargase su permanencia en ella. El 6 de junio de esta fecha da en París su primera comunicación al Ministerio de Estado, y no salió de allí hasta el día 9 de agosto. Tiempo y afanes le llevó también en la capital del vecino país la preparación de su campaña diplomática de Berlín, para la cual salió pertrechado con muchas cartas de personajes españoles y franceses".

"Del paso de Enrique Gil por Bélgica y Holanda nos instruye copiosamente su Diario de viaje, publicado en el tomo segundo de sus obras en prosa. Su objeto oficial en estos países era, además del general de estudiar su industria y sus producciones, el más especial de conocer su red de comunicaciones por canales y caminos de hierro, tenida por un modelo en Europa. La atención del viajero, sin embargo, con más espontáneo impulso se dirigía hacia la historia de cada ciudad o sitio que atravesaba, hacia las obras de arte que la embellecían o a sus pintorescos paisajes, reveladores de su prosperidad y adelanto. El 24 de septiembre llegó al término de su viaje, que era Berlín."

Ya en la capital germánica, Gil y Carrasco inició la tarea de relacionarse en las esferas del Gobierno y la corte, fase previa de sus actividades diplomáticas, que superó con verdadero éxito gracias a sus indudables dotes de simpatía personal, su esmerada educación y amplia cultura. Provisto, además, de valiosas

cartas para importantes personajes y, finalmente, auxiliado por la diplomacia francesa de París y Berlín (ya que en esta última capital no la había española) pudo el hábil secretario introducirse en las esferas que juzgó convenientes.

Una amistad que había de proporcionarle satisfacciones de toda índole, y que constituyó para él un apoyo fundamental tanto en el terreno privado como en el oficial, fue la del barón Humboldt, el eminente filólogo y hombre de letras, que en brevísimo tiempo profesó un sincero afecto al escritor español y le protegió con la mayor eficacia.

Humboldt le presentó a Bulow, ministro de Negocios Extranjeros, con el que mantuvo algunas entrevistas, y asimismo le introdujo en la corte, presentándole al príncipe Carlos y a su esposa la princesa María, con cuyo matrimonio estableció el diplomático poeta muy amistoso trato, siendo invitado a su palacio repetidas veces, honrándose incluso con la enseñanza del español a la princesa.

También por intermedio de su noble amigo conoció al príncipe heredero, e incluso, si no personalmente, fue conocido, asimismo, por el emperador Federico Guillermo, que se interesó profundamente por *El señor de Bembibre*, novela que, recién publicada por nuestro autor, le fue ofrecida a través de Humboldt, estimándola tanto el monarca que le otorgó por ella, junto con sus parabienes, la gran medalla de oro.

Al mismo tiempo que desarrollaba estas relaciones y actividades cumplía Gil y Carrasco con los trabajos concretos de su misión, allegando la bien amplia información que desde Madrid se le había solicitado en los extensos cuestionarios, y que abarcaba, en conjunto, a toda la situación política, económica, social y jurídica, etc., de la nación alemana.

Cuando atendía dicha labor sufrió una grave recaída en su antigua dolencia que, por las noticias que de él mismo tenemos en su Diario de viaje, le había seguido aquejando con vómitos y otras manifestaciones, a menudo. Pero ahora el mal se presentaba de forma violenta y todos los cuidados y atenciones fueron vanos, aunque el escritor fue solícitamente visitado por el doctor Welzel, médico de la corte, puesto a su servicio por el príncipe Carlos. Lomba y Pedraja ha reunido suficientes noticias sobre su muerte, que relata de este modo:

“A principios de verano de 1845 síntomas alarmantes en grado sumo comenzaron a presentársele. Una tos violenta, mezclada con esputos de sangre, le obligó a tomar serias precauciones. Guardó cama durante todo el mes de julio, y en los prime-

ros días de agosto partió para las aguas de Reinerz, en las montañas de Silesia. Allí, por desgracia, no solamente no halló remedio a su enfermedad, sino que ésta se agravó en tales términos que, al salir nuevamente para Berlín, el doctor Welzel, que le asistía, manifestó temores de que no llegara al término de su viaje. Para huir del duro clima alemán, y en la esperanza de reponerse, tuvo el proyecto de pasar a Niza, y alcanzó para ello el permiso del Ministerio de Estado, por cuatro meses y con sueldo entero, pero no pudo hacer uso de él. Casi moribundo recibió en su casa la visita del barón de Humboldt, a quien hizo entrega, de parte del Gobierno español, del diploma y las insignias de la gran cruz de Carlos III. La última de sus comunicaciones al Ministerio de Estado, en que esto se refiere, lleva fecha 30 de enero. Es letra, todavía del mismo Gil, aunque ya muy irregular y muy temblorosa. Murió el día 22 de febrero de 1846. En el cementerio católico de Berlín reposan sus restos, al pie de un monumento sencillo que lleva esta inscripción: "A D. Enrique Gil y Carrasco, fallecido en Berlín el 22 de febrero de 1846, su amigo José de Urbistondo".

El escritor dejó a los suyos sumidos en situación difícilísima. Su madre, tres hermanas y su hermano menor, Eugenio, dependían prácticamente de lo poco que el hijo pudiera proporcionarles, y he aquí que a la muerte de éste quedan en Berlín algunas deudas de cierta cuantía que el enfermo tuvo que contraer.

"Dejaba el poeta a su familia en la mayor indigencia—nos dice Lomba—. Para pagar las deudas que no pudo menos de contraer en Berlín, por gastos de su enfermedad, tuvieron que salir a subasta sus ropas, sus libros y sus muebles. Aun así, quedó un pasivo de 883 francos, que M. Mercier, encargado de Negocios de Francia en Berlín, remitió al Ministerio francés de Negocios Extranjeros, y éste, por conducto de nuestro embajador en París, hizo llegar a nuestro ministro de Estado, que le pagó. Doña Manuela Carrasco, madre del poeta, fue requerida a la reposición de esta cantidad, pero se excusó por pobre. Hizo una exposición a la reina y ofreció unas pocas alhajas que había recibido de Berlín, procedentes de su hijo, y, al fin, por una real orden de 15 de enero de 1855, fue relevada de todo pago. No fue tan feliz con las tres solicitudes que presentó, dos al Congreso de Diputados y una al ministro de Estado, duque de Sotomayor, en demanda de una pensión con que remediarse, por consideración a los méritos de su hijo. La buena voluntad de to-

dos se vio patente; pero faltaron términos hábiles para acceder a tal pretensión."

He ahí el calvario final de la vida del poeta y de su familia.

\* \* \*

En el carácter de la obra de Enrique Gil influyen decisivamente las corrientes literarias de su tiempo, su propia inclinación espiritual y el ascendiente de algunas profundas amistades, que dejaron su visible rastro en aquella creación lograda en medio de tan grandes dificultades. Vamos a observar el sentido de cada uno de estos factores y su respectiva importancia.

Su llegada como estudiante a Madrid, hacia el año 36, coincide con la época de exacerbación romántica y de pleno auge del movimiento. Muchos años de anuncios prerrománticos van a encontrar al fin, una turbulenta salida en el tránsito del decenio 30 a 40. El día 13 de febrero de 1837 sería enterrado Larra, y allí se encontrará, junto al féretro del suicida, el joven provinciano, escuchando el estremecido poema del otro primerizo al que la jornada abrirá las puertas de la fama. Zorrilla nace sobre el cadáver de Larra, en una apoteosis muy romántica, teatral e invernal. Gil y Carrasco ha venido a Madrid precisamente para esto, para abrirse camino desde los rigores del Bierzo, con algún gesto de suerte literaria, y henos aquí con que el romanticismo del ambiente constituye el más apropiado terreno para que en él florezca la espiritualidad, asimismo romántica, del ilusionado soñador. Todo ha contribuido, allá en su tierra natal, a configurar un alma según los propios moldes de la época, de forma que los paisajes brumosos y suaves, las líneas tenues y los colores matizados de Villafranca o Ponferrada, no sufrirán violencia alguna para convertirse en materia poética de plena actualidad.

De esta manera, el joven encaja de modo natural en el grupo dirigente del romanticismo y al poco tiempo le veremos formando parte de la tertulia del Parnasillo, luego de la del Liceo, que surgió de aquélla, y, asimismo, figura en las reuniones del Ateneo. Si su hermano le había saludado al llegar a Madrid—claro que retrospectivamente—con aquel arrebatado lírico: "Has llegado a Madrid, pero ¡cuán soío, cuán triste y desconocido!", pronto la situación no se le ofrecería tan aciaga. Ese mismo Liceo que, junto con el Ateneo, forma la pieza clave del desarrollo romántico, va a servir de palestra para que el poeta pase del anonimato a la estimación de todos. Asiste a él lo más representativo del

mundo literario, y allí Gil y Carrasco se codea con Ventura de la Vega, Miguel de los Santos, Romero Larrañaga, Bretón de los Herreros, Espronceda, Patricio de la Escosura, Zorrilla, López Pelegrin, Fernando de la Vera, Pino y Ulloa, los Romea y tantos otros. Y en una de las veladas que en el Liceo se celebran, Espronceda da a conocer una composición de su amigo Enrique Gil, titulada La gota de rocío, que obtiene éxito general y proporciona a su autor felicitaciones de todos, y la más lisonjera fama.

Ahora su hermano Eugenio cambia el tono de su canto filial: "¡El milagro se ha obrado! ¡La gota de rocío ha caído del cielo para cambiar la obscura faz de tu vida! Es el primer canto de un joven ruiseñor, fresco como las hojas que cubren su nido, dulce como el susurro de la fuente en que su sed apaga; es el símbolo misterioso de tu existencia, el prólogo de su poema de amor.

"Veo en tu redor multitud de personas notables que te felicitan como poeta de esperanzas. ¡Con qué gratitud fijas tu mirada en Espronceda, que te sacó de las tinieblas del desierto! ¡Con qué cariño en Pino y Ulloa, esos dos tiernos amigos que tantas veces mitigaron tus pesares!"

Espronceda ha leído el poema del recatado escritor, que allí, en el mismo salón, asiste anhelante a su propia audición. Una timidez congénita parece que le impide adelantarse al primer plano, y no será la única vez en que sus composiciones habrán de ser leídas, o en que rehuya las líneas avanzadas del trato social.

Aquella Gota de rocío se reprodujo a los pocos días en El Español y en No me olvides, y algunas de sus estrofas parece que definen toda la espiritualidad humilde y recogida del poeta:

Misterios y colores y armonías,  
encierras en tu seno, dulce ser,  
vago reflejo de las glorias mías,  
timida perla que naciste ayer.

Pero es tan frágil tu existencia hermosa  
y tu espléndida gala tan fugaz,  
que es un vapor tu púrpura vistosa  
que quiebra el ala de un insecto audaz.

Mañana ¿qué será de tus encantos,  
de tus bellos matices, pobre flor?  
No habrá pesares para ti, ni llantos,  
ni más recuerdo que mi triste amor.

La amistad de Enrique Gil con Espronceda, de la que fue fruto tan favorable lectura, ha sido comentada por Jorge Cam-

pos en su prólogo a la edición de las obras del primero, en la Biblioteca de Autores Españoles:

"En dos ocasiones mostró poéticamente Enrique Gil su agradecimiento. En la poesía que le inspiró la muerte de Campo Alange—a quien también dedica un recuerdo en su viaje por Alemania—y en la que escribió después de presenciar la agonía y muerte de su amigo y que leyó ante la tumba con tal vibración de pesar que al concluirla 'cayó en los brazos de sus amigos con una afeción nerviosa'. Su hermano revivía también este momento: 'Las tumbas del cementerio de San Sebastián repiten en apagados ecos los ayes de tu pecho desgarrado. El águila hermosa remontó su vuelo para esperarte más alta que el Sol'. La Revista de Teatros, en su entrega 7, correspondiente a aquellas fechas, nos deja la estampa más viva del momento: 'La elegía de Enrique Gil, escrita con profundo sentimiento, arrancó abundantes lágrimas de los más fuertes corazones'."

Con tan románticos excesos sellaba el traspuesto poeta el doloroso fin de su amistad terrena con el autor de El Pelayo. Bueno será reproducir algún fragmento de aquel intenso poema, siquiera porque nos ayude a completar el conocimiento del alma emotiva que lo inspiró, así como las inclinaciones de su estilo, en el que tanto ascendiente alcanzó la postura poética de su desaparecido amigo:

¿Y tú también, lucero milagroso,  
solo y sin luz bajaste  
del firmamento azul y esplendoroso,  
donde en alas del genio te ensalzaste?

¡Gloria, entusiasmo, juventud, belleza,  
de tu gallardo pecho la hidalguía!,  
¿cómo no defendieron tu cabeza  
de la guadaña impía?

¿Cómo, cómo en el alba de la gloria,  
en la feliz mañana de la vida,  
cuando radiantes páginas la historia  
con solícita mano preparaba,  
súbito deshojó tormenta brava  
esta flor de los céfiros querida?

\* \* \*

Sin embargo, la posición estética de Enrique Gil no es esproncediana por entero, ni cae, a pesar de los años en que se mani-

fiesta, dentro del foco central de la eclosión romántica, sino más bien en esa zona crepuscular en que la violencia doctrinal y expresiva del movimiento se diluye, buscando capas más íntimas de la sensibilidad. Porque, aunque si bien el sentimiento melancólico y el espectro espiritual de nuestro poeta responden al latir romántico, sin embargo, su mundo emotivo y su extraordinaria delicadeza subjetiva se hallan más cerca de Bécquer, de Rosalía de Castro y de aquellos otros que solemos clasificar como postrománticos.

Esta distinción, no siempre tenida en cuenta por los críticos que han juzgado su obra, parece fundamental a la hora de situarla correctamente. Pues lo que diferencia a estos postrománticos—calificación, por otra parte, imprecisa y que deberá revisarse—no es ni el tono de la tristeza ni el de la melancolía—sentires propios también de los románticos plenos—, sino la cadencia intimista, la limpia vena subjetiva, despojada de orquestación retórica y convertida en agua de poesía nueva. Cuando Gustavo Adolfo dice “Del salón en el ángulo obscuro...”, no piensa, claro está, en los sonoros instrumentos de viento romántico, sino en la delicada arpa rumorosa del alma. Por esa distinción Bécquer es un poeta moderno—y actual—y Espronceda un fósil literario, valioso, pero de merecida vitrina.

Enrique Gil ha sido acaso en nuestras letras, a pesar de su corta vida y por las especiales condiciones de ella y de su temperamento, el escritor de más ansioso intimismo, de más penetrante introversión. Ese parece su verdadero carácter, aunque la crítica tradicional, desde aquel “Barón de Parla Verdades”, autor de Madrid al daguerrotipo, hasta Gerardo Diego, pasando por Piñeyro y Lomba y Pedraja, insistan en el extremo de la melancolía, por más superficial y visible.

El propio escritor, al descubrirnos sus ideas poéticas en algunas notas ocasionales, nos sitúa sobre tan importante rastro, que aun en el mismo interesado aparece siempre confundido con una propensión a la tristeza como tono predominante. Así, dice en su prólogo a las Poesías de Evaristo Silió, que cree en la existencia de una escuela nórdica, o “septentrional”, de poesía, cuya zona geográfica ocuparía el Noroeste español, precisamente aquel mismo en cuyo centro él naciera. Los caracteres los explica con palabras de don Alberto Lista, que podrían ser válidas tanto para la lírica norte europea como para esta pretendida escuela española: “...la melancolía intensa que la anima, la preferencia que



concede a la parte sombría, nebulosa y triste de la naturaleza y, en fin, su subjetivismo incurable. Canta el amor la escuela septentrional al igual que todas las escuelas poéticas del mundo, mas no le entiende como regalo de los sentidos, no como admiración de la belleza plástica, ni tampoco como embeleso metafísico de las potencias del espíritu, al modo de la escuela petrarquista. El amor en la poesía septentrional es un sueño, una quimera vaga y vaporosa..."; "la escuela septentrional ama el ocaso del sol más que la aurora, ama la noche y la luna, ese sol de los tristes; se complace en los valles escondidos y prefiere, entre las flores, las que pasan más invisibles y escondidas entre las otras, tal como la violeta".

Una sensibilidad, pues, y una geografía, perfectamente aunados, dan lugar a un paisaje literario de tono mustio y color otoñal, pero, al mismo tiempo, de una riqueza cromática amplísima, que recorre toda la escala de los sienas, los ocre, los cinabrios, los tonos cálidos de la paleta, con dejazón de los primaverales estridentes. No otro es el colorido del alma del poeta, visto a través de esta radiografía filtrada por su tierra.

De ahí se desprende la inclinación eminentemente lírica de toda su obra, y no sólo de la versificada, de tal forma que los escritos periodísticos aquí reproducidos responden a ese estado de permanente grado emocional, al cual contribuye—y ello es importante—la sensación de lejanía histórica que, aunque sabemos que procede de fórmulas románticas, no deja de cooperar decisivamente a esta postura espiritual.

Algún párrafo es bien explícito sobre esta situación que comentamos, en la que la visión de una naturaleza entrañable, percibida por un alma idónea, se aureola con el nimbo embellecedor del tiempo pasado: "A medida que los pensiles del alma van perdiendo sus hojas y flores, sus valles se revisten a nuestros ojos de formas de una hermosura casi mística y los murmullos de sus aguas y arboledas despiertan los ecos adormecidos del corazón con música inefable y melancólica".

La obra en que tales caracteres hallan su expresión más representativa es, sin duda, *El señor de Bembibre*, la mejor de las novelas históricas españolas, no tanto por su contenido propiamente histórico, que responde a las directrices del género, como por su extraordinaria capacidad descriptiva. Azorín ha escrito la más fina página sobre el valor de la novela, a la que evoca en el primer capítulo de *El paisaje de España visto por los españoles*:

*“La novela de Enrique Gil es candorosa e infantil; no tiene trabazón lógica; las impropiedades e incongruencias abundan, no se distingue tampoco el autor por la formación de recios y coherentes caracteres. Pero este libro forma, o debe formar, época en la evolución de nuestra literatura; en las páginas de este libro nace, por primera vez en España, el paisaje en el arte literario. ¿Lo sabía el autor? ¿Era el propósito de Enrique Gil, no el de tejer una fábula novelesca, sino el de tomar de ella motivo para ir ensartando paisajes y más paisajes de la bella tierra del Bierzo? El señor de Bembibre no es más que eso: una colección de paisajes. La fábula de la novela se desenvuelve en la Edad Media, pero la noturalaleza, siempre igual, casi igual siempre, con pocas variantes a lo largo de los siglos, allí está, con sus arboledas, sus umbrias y sus serenos lagos. Como en los cuadros de Velázquez los lejos del Guadarrama y del panorama castellano son idénticos siempre a la realidad actual, estos paisajes que el poeta pone como fondos de una historia medieval retratan con exactitud los campos y las montañas invariables.”*

*No parece tan acertado el autor de El paisaje de España visto por los españoles cuando propone a Gil Carrasco como la réplica literaria del paisaje pictórico de Carlos Haes, apoyándose en alguna similitud de tópicos de época (“cierta afectación, cierta manera lamida y suave, cierto gusto por la composición un poco teatral”) que nos hace dudar, por lo inadecuado del paralelo, si realmente el anciano maestro ha conocido de verdad el Bierzo, a Enrique Gil y a Carlos Haes. La esencial corrección podría establecerse, aproximadamente, de esta forma: Gil pinta con los ojos de la memoria; Haes, con los de la cara. La grosura de las imágenes mentales superpuestas por el poeta sobre la naturaleza es infinitamente superior a la del paisajista. Aquél sueña con el color de unas tierras; éste, con el de una litografía.*

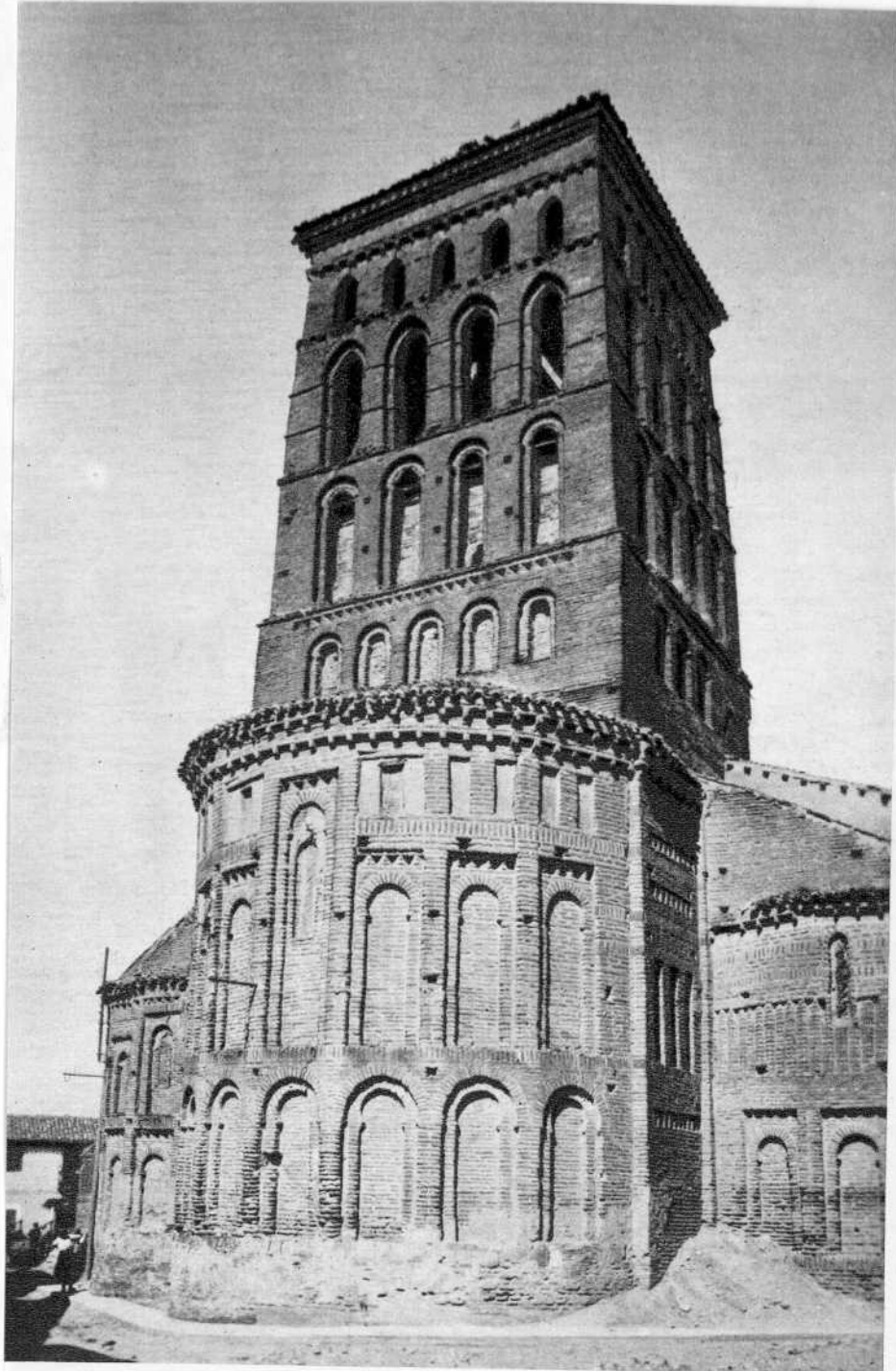
*Una descripción del paisaje berciano, seleccionada precisamente por Azorin, puede servir de oportuno colofón a este comentario:*

*“El otoño había sucedido a las galas de la primavera y a las canículas del verano y tendía ya su manto de diversos colores por entre las arboledas, montes y viñedos del Bierzo. Comenzaban a volar las hojas de los árboles; las golondrinas y las cigüeñas, describiendo círculos alrededor de las torres en que habían hecho su nido, se preparaban también para su viaje.*

*El cielo estaba cubierto de nubes pardas y delgadas, por medio de las cuales se abría paso de cuando en cuando un rayo de*



ASTORGA (León).  
Pórtico de la Catedral.



SAHAGUN (León).  
Campanario de la Iglesia de San Lorenzo.

*sol tibio y descolorido. Las primeras lluvias de la estación, que ya habían caído, amontonaban en el horizonte celajes espesos y pesados, que, adelgazados a veces por el viento y esparcidos entre las grietas de los peñascos y por las crestas de las montañas, figuraban otros tantos caudales y plumas abandonados por los genios del aire en medio de su rápida carrera."*

\* \* \*

Nos queda por observar la labor periodística de Enrique Gil, parte de la cual aquí se imprime, y que en su tiempo se diluyó en la amplitud de las publicaciones. Prescindiendo de sus artículos de crítica literaria, en los que, a pesar de la extremada corrección externa, sostiene en todo caso sus arraigados principios, comentaremos los escritos dedicados a sus impresiones de viajes.

El tono general de estos trabajos, sobre lo ya anotado respecto del estilo de nuestro escritor, es el de una minuciosidad descriptiva en el aspecto artístico e histórico, que rehuye, por otra parte, la insistencia en aquellos detalles muy comentados y conocidos. En cambio, en lo que se refiere a la visión del paisaje, ya observada, Gil y Carrasco procede por medio de un subjetivismo insobornable, y guarda para consigo mismo igual respetuosa consideración que para con las fuentes ajenas. Su estimación la considera tan válida, que la sitúa en un primer término personal, dando testimonio por sí mismo del valor de la naturaleza. Por eso le encontraremos colocado siempre en medio de lo descrito, repartiendo su equilibrio espiritual sobre las cosas y haciendo que todas ellas cobren vida literaria, según la suya propia. Pero, además de todo ello, los artículos viajeros de Enrique Gil son una verdadera antología de buen gusto, y de conocimiento de la materia española, según la ortodoxia de todos los tiempos, respecto de la cual sólo han discrepado, por motivos adventicios, grupos residuales que la historia elimina con saludable función orgánica.

Veamos algún notable ejemplo que, concretamente, critica la superficial visión extranjera de una España típica, que si en los años del romanticismo alcanza con los viajeros franceses, sobre todo, su punto de ridícula tensión, no por eso deja de tener, a cien años vista, su jocosa réplica en los actuales buscadores de baratijas folklóricas:

*“Muchas son las plagas y desdichas que aquejan a España; pero una de las mayores consiste en los extraños juicios que fuera de sus confines se forman siempre que se trata de sus usos y costumbres, de su cultura y sus artes, y, sobre todo, de la indole de sus habitantes. Extranjeros que sin fijar apenas su atención y como de pasada visitan las costas y países del Mediodía se empeñan en no ver en los españoles sino árabes, un si es ne es amansados y dulcificados por el cristianismo, pero árabes en fin, bravíos todavía y feroces, que no viven en tiendas por la sencilla razón de parecerles más cómodas las casas, ni beben la leche de sus camellas por la no menos sencilla de no haberlas.”* ¡Cuántos de estos pobres retrasados no siguen paseando aún por nuestro país!

Los itinerarios recorridos por el articulista se inician con una detenida reflexión hecha en San Antonio de la Florida, un lírico monólogo o rememoración triste de su propia vida, discretamente oculta tras el personaje Ricardo. Tiene la virtud este apunte inicial de dar la nota musical, el tono que luego será mantenido a lo largo de los demás escritos:

*“La vida de Ricardo en la corte había pasado olvidada y solitaria, perdida entre los sucesos y los hombres. No había alcanzado a volver la paz al que le había dado la vida, su orgullo de hombre se había visto lastimado y herido, la pobreza le había rodeado con su manto de abandono y de privaciones, y desamparado de los hombres habíase visto obligado a conversar, como lord Byron, con el espíritu de la naturaleza.”*

Las colaboraciones que a continuación se imprimen en nuestro volumen se pueden agrupar en tres apartados, de diferencia clara: el primero lo comprenden media docena de artículos, cuatro de ellos aparecidos en El Semanario Pintoresco Español y los dos restantes en Los españoles pintados por sí mismos, dedicados todos ellos a la descripción de tipos, situados geográficamente en León y Asturias, Galicia y Santander. Gil y Carrasco ha elegido seres muy diferenciados y de acusados rasgos típicos, a los que el siglo largo de distancia no ha desgastado su peculiaridad. Maragatos y astures, pasiegos y montañeses de León figuran entre ellos.

Los tres artículos siguientes constituyen otra sección, ésta descriptiva de monumentos, y dedicada a San Marcos, de León, Simancas y El Escorial. Y, por último, y con carácter diferente, se reproduce un amplio trabajo que el autor tituló Viaje a una provincia del interior, que es la leonesa, a cuyas localidades más importantes se pasa detenida revista historicogeográfica. Aquí las

---

*tierras originarias de Enrique Gil, las comarcas bercianas, atraen afectivamente su atención y le arrancan sus mejores páginas. Si la capital merece un exhaustivo estudio, es, sin embargo, en el seno del Bierzo donde el lector encontrará, sin duda, el dolorido corazón del poeta.*

RAFAEL BENÍTEZ CLAROS





## COSTUMBRES Y VIAJES



## ANOCHECER EN SAN ANTONIO DE LA FLORIDA (1)

### I

A la caída de una serena tarde del mes de agosto, un joven como de veintidós años, que había salido por la Puerta de Segovia, enderezaba sus pasos lentamente por la hermosa y despejada calle de árboles que guía a la Puerta de Hierro, orillas del mercado Manzanares. A juzgar por su fisonomía, cualquiera le hubiera imaginado nativo de otros climas menos cariñosos que el apacible y templado de España: sin embargo, había nacido en un confín de Castilla a las orillas de un río que lleva arenas de oro, y que llevó con ellas su niñez y los primeros años de su juventud. Su vestido era sencillo, rubia su cabellera, azules sus apagados ojos, y en su despejada frente se notaba una ligera tinta de melancolía al parecer habitual. Este joven se llamaba Ricardo T...

El sol ocultaba su disco bajo un resplandeciente velo de púrpura, orlado de franjas de oro: las lavanderas recogían su ajuar, levantando extraño murmullo a la margen del río: varios jinetes caballeros en soberbios palafrenes volvían grupa hacia la capital; los pobres paisanos del mercado se retiraban con carros y cabalgaduras, y aquella escena bulliciosa y animada tenía indefinibles encantos, perdiéndose poco a poco en la soledad y en el silencio del crepúsculo.

Comoquiera, nuestro joven más parecía divertido en sus tristezas y pensamientos que cuidadoso de los últimos suspiros del día y de la poética y apacible despedida del sol. La brisa de la tarde que soplaba fresca y voluptuosa después de un día de fuego, despertando vagos rumores entre los árboles y meciendo

---

(1) Estos artículos, interesantes por más de un concepto, lo son principalmente porque compendian con fidelidad una parte de la vida del autor. (Nota de la edición de 1883.)

sus desmaltados ramos, fue poderosa por fin a sacarle de su cavilación. Levantó la inclinada cabeza a su balsámico aliento; sus amortiguados ojos lanzaron un relámpago; sus labios se entreabieron con ansia para respirarla; su frente se despejó del todo, y no parecía sino un tropel de nacaradas visiones desfilaba de repente por delante de él según se mostraba fascinado y gozoso. Aquella brisa se desprendía de las cumbres de Guadarrama, y tal vez se había levantado entre las olorosas praderas de su país: aquella brisa le traía las caricias de su madre, las puras alegrías del hogar doméstico, los primeros suspiros del amor, los paseos a la luna con su mejor amigo; todo un mundo, finalmente, de recuerdos suaves y dorados, y que aparecían más dorados y más suaves mirados al través de la neblina de lo pasado desde el arrenal de las tristezas presentes.

El aura recogió sus alas por un breve espacio, y las visiones del mancebo recogieron sus alas a la par. No parecía sino que la súbita caída de un telón le quitaba de delante un teatro lleno de luz y de alegría. Sus ojos lanzaron todavía una llamarada, pero lúgubre y siniestra como una luz de desencanto, que sólo sirve para alumbrar el desierto que cruzamos: quedó su frente más anublada que antes y sus miradas se extinguieron como los fuegos fatuos del estío.

Aquel mancebo había nacido con un alma cándida y sencilla, con un corazón amante y crédulo, y la pacífica vida de sus primeros años, junto con la ternura de su madre, habían desenvuelto hasta el más subido punto estas disposiciones. Cuando cumplió los quince años eran las mujeres a sus ojos otros tantos ángeles de amor y de paz, o unos espíritus de protección y de ternura como su madre: miraba a los hombres como a los compañeros de un alegre y ameno viaje, y la vida se le aparecía con el prisma de sus creencias como un río anchuroso, azul y sereno, por donde bogaban bajeles de nácar, llenos de perfumes y de músicas y en cuyas orillas se desarrollaban, en panorama vistoso, campos de rosas y de trigo, pintorescas cabañas y castillos feudales empavesados de banderas y resplandecientes de armaduras. El sentimiento de lo grande y de lo bello era un instinto poderoso en él: su corazón latía con acelerado compás al leer en la historia de la Grecia el paso de las Termópilas, y muchas veces soñaba con la caballería y con los torneos de los siglos medios. La libertad, la religión, el amor, todo lo que los hombres sienten como desinteresado y sublime se anidaba en su alma, como pudiera en una flor solitaria y virgen, nacida en los vergeles del Paraíso; y los vuelos de su corazón y de su fantasía iban a perderse en los ne-

bulosos confines de la tierra, y a descansar entre los bosquecillos de la fraternidad y de la virtud.

Su amor hasta entonces era como el vapor de la mañana, una pasión errante y apacible que flotaba en los rayos de la luna, se embarcaba en las espumas de los ríos o se desvanecía entre los aromas de las flores silvestres. Algunas veces su alma se empañaba y entristecía en la soledad, y se gozaba en los roncospugidos del torrente; pero muy pronto la fada de sus aguas se le aparecía coronada de espumas y de tornasolado rocío, y en un espejo encantado le mostraba una creación blanca y divina, alumbrada por un astro desconocido de esperanza, que le llamaba y corría a aguardarle entre las sombras de un pensil de arrayán y de azucenas. Y la vida tornaba al alma del mancebo, y tenía fe en *mañana* y era feliz.

La virgen prometida se le apareció finalmente. Era una doncella de ojos negros, de frente melancólica y de sonrisa angelical: su alma era pura como los pliegues de su velo blanco, y su corazón apasionado y crédulo como el de nuestro joven. Los dos corazones volaron al encuentro; se convirtieron en una substancia aérea y luminosa, confundiendo sus recíprocos fulgores, y las flores de alrededor bajaron sus corolas hacia el suelo estrechicidas de placer. De entonces más los dos amantes se amaron, como se ama la primera vez en la vida, y el porvenir sonaba en sus oídos como una promesa inefable de unión sin fin y de amor eterno.

Sin embargo, la imaginación de Ricardo por sobra de candor había cometido un yerro; vivía entre los hombres, y se figuró vivir entre los ángeles, y esperó de aquéllos lo que de éstos pudiera esperar. Hombres hubo que hirieron con su anatema la frente de su padre y la paz de su hogar y el porvenir del amor, y los propósitos para el porvenir, todo fue a perderse entre las formas de la desconfianza y de la desesperación. Y, sin embargo, la frente de su padre era respetable y sin mancilla, la paz de su hogar se derramaba como una luz de consuelo entre los infelices, era su amor una fuente de nobleza, de entusiasmo y de virtud y su porvenir un ensueño de beneficencia universal. Aquellos hombres soplaron sobre este reposado y verde paisaje, y lo trocaron en una arena movediza que el viento de la amargura arremolinaba a cada soplo para esparcirla en seguida por los últimos confines del horizonte.

El pobre mancebo tuvo que abandonar todo lo que le quedaba en el mundo, el tierno cariño del hogar y las llorosas miradas de su ángel. La noche en que por última vez la vió hubo miste-

rios extraños: sus ojos se abrieron a la orilla de una sima sin fondo, por la cual pasaba un agua invisible; pero cuyo delicioso murmullo llegaba hasta ellos. Los amantes víctimas de un amargo delirio tenían sed, una sed inmensa y abrasadora, y pasaban increíbles tormentos al borde de aquella corriente, que tan dulcemente sonaba, pero que huía de sus labios. Un rayo de la luna rasgó el manto de los nublados y la visión pasó. "Adiós —dijo la virgen, con inefable y melancólica sonrisa—; nuestro amor pasará como las aguas de esa corriente subterránea; pero esas aguas paran en el mar y nosotros con nuestra pasión descansaremos un día en el mar de la muerte." El joven la dijo entonces unos versos muy melancólicos que había hecho, besó con adoración la punta de su velo y partió con lentos pasos.

Al otro día un solo amigo le acompañó en su amargo viaje, y al apretarle contra su corazón le dijo: "¡Adiós, y quizá para siempre!... ¿Quién sabe si este abrazo te envenena? Mi presencia daba antes la dicha y la alegría... pero hoy sólo la muerte puede dar." El amigo se alejó con los ojos anublados. ¡La predicción se ha cumplido! ¡Aquel amigo duerme hace un año entre los muertos!

La vida de Ricardo en la corte se había pasado olvidada y solitaria, perdida entre los sucesos y los hombres. No había alcanzado a volver la paz al que le había dado la vida; su orgullo de hombre se había visto lastimado y herido, la pobreza le había rodeado con su manto de abandono y de privaciones, y desamparado de los hombres habíase visto obligado a conversar, como Lord Byron, con el espíritu de la naturaleza. Entonces una *musa dulce y triste como el recuerdo de las alegrías pasadas* había venido a sentarse a su ignorada cabecera, le había hecho el presente de una lira de ébano y dictado himnos de dolor y de reminiscencias perdidas: le mostró lo pasado por impenetrables rejillas que le vedaban el paso para tornar a él, y tendió sobre lo futuro una cortina de sutil crespón negro que le permitía ver sus paisajes, pero todos anublados y cenicientos. Sólo de cuando en cuando, y como por singular merced, descorría la musa una punta del velo y le dejaba ver en el cielo del porvenir el sol rutilante de la libertad alumbrando a pueblos colosos, que llevaban arrastrando en pos de sí las cadenas y los cetros de los déspotas. Y entonces un rayo de aquel sol inflamaba el corazón del poeta, doraba la lira de ébano que aparecía de oro resplandeciente y purísimo, templaba sus cuerdas, le inspiraba canciones de juventud y de esperanza, cantaba los pueblos nobles y caídos por villanas apostasías, y los ángeles del destierro venían

a escucharle y a batir sus blancas alas en torno de la cabeza de los proscritos. ¡Pobre poeta! Entonces su misión le parecía grande, y aun cuando el velo dejase caer sus enlutadas puntas, conservaba dulcísimas memorias que iban a juntarse en su mente con los demás recuerdos, único patrimonio que le dejara la musa.

Y he aquí la razón por que muchas veces su alma se complacía en el camino de los campos donde naciera, y en respirar sus auras balsámicas. El día en que le hemos visto, su corazón estaba más tenebroso que de costumbre: su anciano padre descansaba al lado del amigo de su niñez en las tinieblas de la muerte: su madre no le abrazaba más de dos años hacía; y en fuerza de mirar su amor como un ensueño demasiado hermoso para verlo cumplido, la esperanza se había ido agotando en su pecho, y la tristeza quedaba únicamente por señora de él.

## II

Todas estas circunstancias de su vida, que expuestas dejamos, todas estas memorias de dicha se desplomaban sobre el corazón de Ricardo como un peñasco que se precipita sobre una aldea del valle: sintió que su alma se cansaba de la vida, y una nube de suicidio empañó por un instante su frente. Aquella idea maléfica fascinaba cada vez más sus sentidos, y sentía doblegarse bajo su peso todas las fuerzas de su ser, cuando la voz de una campana pausada y misteriosa vino a libertarle de ella. Miró en derredor como quien despierta de una pesadilla, y se encontró a la mano derecha con la ermita de San Antonio de la Florida; graciosa y linda capilla, asentada a un lado del camino, como un asilo religioso para los pensamientos del cansado viajero. Algunas veces había pasado Ricardo por delante de su puerta, pero nunca se había resuelto a orar en ella, porque su amargura destilaba gota a gota en su corazón la duda y la ironía, y no osaba cruzar los umbrales de la casa del Señor, sin llevarle por ofrenda una fe sencilla y pura como la de sus primeras oraciones. Pero aquella tarde abrumaba el pesar su pobre espíritu, faltábale el corazón de un amigo con quien partir su desconsuelo, y le pareció que el Señor le perdonaría sus dudas por lo mucho que padecía. Entró, pues, en el recinto de la oración: la capilla estaba silenciosa, sola; los postreros reflejos del sol la iluminaban con una luz vacilante y dudosa; todo era grave, solemne y recogido allí, y hasta los rumores de afuera se desvanecían a sus puertas. Ricardo sintió la religión de sus

primeros años, se arrodilló desolado en las aras del altar, dejó correr las lágrimas que se agolpaban a sus ojos y oró con abandono, con confianza y con fe. Rezó las oraciones de la Virgen, que le había enseñado su madre con el mismo candor que entonces, conoció que un bálsamo desconocido se derramaba por las llagas de su pecho, hasta se le figuró que la Madre de los desventurados le sonreía con amor, y cuando alzó sus rodillas del suelo y fue a sentarse, divertido en blandas imaginaciones, en uno de los bancos de la capilla, comprendió que la esperanza es una luz del cielo, que brilla en las más espesas tinieblas de la desventura.

Alzó sus ojos a la bóveda del santuario como para dar gracias a la Virgen de su alivio, y un espectáculo de todo punto nuevo se ofreció a su vista. La nube de púrpura, que velaba las últimas miradas del sol, las derramaba sobre la tierra lánguidas y teñidas con los matices más delicados de la rosa, bien así como una reina llena de dulzura, que realza con sus cariñosas palabras la afable despedida de su real esposo. Aquellos mágicos resplandores penetraban por las altas vidrieras de la capilla y derramaban sus apacibles tintas por las pintadas bóvedas.

Un pincel gigante (2) de nuestros días había dejado allí una magnífica huella, porque el Señor había rasgado delante de él las bóvedas del firmamento, y la gloria le había mostrado sus inefables galas y alegrías. El soplo de Dios hinchó de inspiración el genio de aquel hombre, los querubines prepararon en su paleta los cambiantes más suaves de la mañana, las pompas más sublimes de la tarde, y las ondulaciones más vagas de los inciensos, y mientras su mano, guiada por el frenesí divino que encendía su cabeza, copiaba las glorias del Altísimo, unos ángeles mujeres, parecidos a los que brotaban de su pincel, refrescaban su frente con el apacible batir de sus alas. Estos ángeles-mujeres eran hermosos y aéreos, pero reinaba en su semblante un apagado viso de pesadumbre, como el sonido lejano de un arpa, que se ha amortiguado entre las alas de los céfiros. Ricardo, el poeta de las memorias, comprendió la expresión de pesar que empañaba apenas su frente, y divisó al través de ella las mártires del amor puro, las vírgenes que habían muerto con su primer pasión como una aureola de virtud, y que volando por espacio sin fin, al compás de las arpas de los serafines, volvían de cuando en cuando a la tierra compasivas miradas, y vertían una lágrima sobre el hombre, que un tiempo miraron como el compañero de su vida. Por entre ellas y en celajes de color más encendido flotaban los ángeles-niños, que habían caído en



la huesa desde el pecho de sus madres, alegres, bulliciosos, abandonados, sin más pensamiento que el de su eterna alegría y el de las alabanzas del Señor. Perdíanse a veces en los más remotos términos del espacio, y aparecían allí radiantes aún, pero confusos como las formas de los ensueños; o se mostraban en las nubes más cercanas a la tierra, formando delicados y cariñosos grupos, y espiando con una sonrisa de esperanza, la triste peregrinación de sus madres por el suelo. Aquel espectáculo sojuzgó el alma de Ricardo, y el entusiasmo, que era la principal cualidad de su índole generosa, y que sólo yacía adormecido en su alma por las penas, se despertó de repente en su corazón; lanzaron sus ojos extraños resplandores y una especie de éxtasis artístico y religioso se apoderó de todas las facultades de su ser. Su pecho había palpitado con las vagas melancolias de Osián; las sublimes visiones del Dante, las apariciones espléndidas del Apocalipsis habían embargado su imaginación, y sus ojos se habían detenido fascinados delante de los lienzos de Murillo y de Rafael; pero jamás inspiración tan poderosa le había cautivado, jamás habían pasado por su mente tan profundas emociones. Quedó el joven embebecido en pensamientos de religión y de arte, doblóse involuntariamente su cabeza, y ni él mismo supo lo que por él pasaba.

### III

La luz se apagaba de todo punto en la capilla, el sol se había escondido completamente, y sólo la encendida nube enviaba un reflejo cada vez más pálido, que atravesaba sin fuerza las vidrieras y se perdía entre los celajes de la bóveda. Un extraño rumor, un rumor como lejano y delicioso, sacó de su distracción a nuestro poeta. Alzó los ojos y al punto volvió a cerrarlos como si un vértigo le acometiera, porque su imaginación se había desarreglado con el tropel de sensaciones de aquella tarde memorable, o los ángeles se habían animado y dejando las bóvedas cruzaban el aire, lo alumbraban con el fulgor cambiante de sus alas y lo poblaban de inefables melodías. Durante un rato que estuvo nuestro poeta con los ojos cerrados su razón luchaba a brazo partido con su fantasía procurando sojuzgarla; pero su corazón, a pesar suyo, abrigaba una sensación dulcísima, un presentimiento de ventura, y su leal corazón jamás le había engañado. Abrió, pues, de nuevo los ojos y ya no le fue lícito dudar. Los ángeles niños flotaban entre nubes de magníficos arreboles: sus bocas

puras como un capullo de entreabierta rosa, entonaban los cantares de la ciudad mística; sus alas esplendentes y ligeras se revolían lanzando suaves reflejos y todo en derredor suyo respiraba el perfume y el abandono de la infancia. Y los ángeles-virgenes pulsaban las arpas de oro, cruzaban por el viento con reposado compás, con frente melancólica pero radiante, y envueltos en nacaradas nubes parecidas al humo de los inciensos. Rosas blancas y marchitas coronaban sus arpas, y de cuando en cuando caían algunas a los pies del absorto poeta, y el poeta las cogía y las aspiraba con fe y encontraba perfumes purísimos bajo aquel velo de muerte. La luz del Señor se había derramado en el místico recinto; la luz de la mañana, la luz de los presentimientos dichosos inundaba el alma de Ricardo y le parecía encontrarse delante de una de aquellas auroras de su primera juventud, en que el inmenso cielo estaba azul por todas partes, y el horizonte teñido de rosa, de jazmín y de gualda. ¡Pobre poeta! ¡Cuánto tiempo hacía que su corazón no palpitaba con tanta dulzura! ¡Desde las noches en que su amor se adormecía bajo los pabellones de la esperanza, nunca se había sentido tan venturoso!

Súbito una figura blanca y vaporosa se desprendió del coro de las vírgenes, cruzó el aire con sereno vuelo y quedó en pie delante del poeta. Un velo ligero y transparente ondeaba en torno de sus sienes; su vestido era blanco como el armiño y sólo una cinta negra estaba atada a su cuello con descuidado lazo. Cuando el poeta la vio se empañaron sus ojos, y su corazón se paró como si fuese a morir bajo el peso de la memoria, que despertaba en él la pura aparición de su ángel *de ojos negros, de frente melancólica y de sonrisa angelical.*

Hubo un largo silencio durante el cual callaron las arpas y los himnos; uno de aquellos silencios inexplicables en que hay tanta alegría como amargura. Por fin, la virgen tomó la mano del poeta, le miró de hito en hito y le dijo con dulce voz los versos que Ricardo había compuesto para la noche de su despedida.

¡Pobre Ricardo! El ángel de la vida,  
¿por qué extendió sus alas sobre ti?

¿Por qué tiñó tu juventud perdida  
con el suave color del alhelí?

Tu amor como la espuma de los mares  
frágil entre amarguras pasará,  
y al eco de tus lúgubres cantares  
nadie sobre la tierra llorará.

La virgen de tus sueños de pureza  
flor solitaria de un abismo fue,

que alzó a mirarte la gentil cabeza  
exhalando el aroma de su fe.

Pero nunca tus labios a besarla  
en su pasión pudieron ¡ay! llegar,  
y apagarán sus hojas su color...  
por el obscuro prisma del pesar.

La flor irá perdiendo sus perfumes  
y apagarán sus hojas su color...  
¡Miseró corazón! ¿Por qué consumes  
sin porvenir el fuego de tu amor?

. . .

Triste es decir adiós a la esperanza  
junto a la puerta do asomó el placer...  
Mas pasaron las auras de bonanza  
y sopla el huracán... ¡Adiós, mujer!  
¡Pobre Ricardo! El ángel de la vida,  
al extender sus alas sobre ti,  
cegó tus ojos con su luz mentida...  
¡Sombras eternas morarán allí!

. . .

Hubo después de estos versos otro intervalo de silencio.

—¡Pobre Ricardo!—dijo la virgen con un suspiro doloroso.

—¡Oh!, sí, ¡pobre Ricardo!—contestó el poeta—: mi vida se ha pasado sola como un sepulcro en medio de los campos, y tu memoria era la única que la acompañaba. Oyeme, Angélica; yo no sé si eres tú o es tu sombra la que me habla. ¡Ay!, en mi corazón todas son sombras, y tú eres la más pura y más querida de ellas! ¡Ángel mío!, dime: ¿has visto tú mi abandono, mi soledad y mi pobreza? ¿Has visto tú mis humillaciones en medio de esta sociedad que ha consentido mi perdición cuando tenía dieciséis años, y mi corazón no pensaba más que en amarte? ¡Oh!, dime como antes: ¡Ricardo mío! y yo seré feliz: Y si no eres más que una ilusión de mi fantasía, déjame morir con mi ilusión.

—Es verdad—contestó la virgen—, algunos hombres han robado su manto a la justicia y nos han perdido: ¿Qué les habíamos hecho nosotros, pobres pájaros que sólo les pedíamos la luz del sol, los cristales de las fuentes y un rosal donde cantar nuestros amores? ¡Ricardo, Ricardo mío! Yo he llorado mucho, porque lloraba por ti, y mi corazón te seguía por doquiera, y sangraba con las espinas de tu senda de amargura. Mi corazón se volvió a Dios y le mostró sus heridas, y le pidió bálsamo para curarlas, y Dios se apiadó de sus pesares, y mandó al ángel de la muerte que sacudiese sobre mí sus alas negras como las del cuervo, y el ángel las sacudió y mi alma flotó por los espacios y el

Señor me colocó en el coro de mis hermanas las doncellas de los amores perdidos. Mis ojos, entonces, se volvieron hacia la tierra, y te vieron allí solitario y desamparado: tu corazón apagaba poco a poco su fuego, y sólo por mí exhalaba alguna vez una llamada. Yo sentí que el mío se partía y me postré llorosa ante el trono del Eterno. “¡Señor!— le dije—, perdón para el hombre que amé en el suelo: su alma está triste hasta la muerte, y su fe vacila. “El hombre que tú amas—respondió el Señor—ha dudado y su alma estará triste hasta morir. Pero baja a la tierra y consuélale y dictale cantares que alivien su tristeza: no te mostrarás a sus ojos como la virgen de sus primeros amores, porque sólo te ha de ver cuando su alma llora al pie de los altares.” Y yo bajé a la tierra y me fui a sentar a tu cabecera bajo el semblante de una musa tierna y melancólica, y te di el laúd de ébano que has pulsado en la soledad. Yo te mostré tu pasado porque tu pasado era puro y virtuoso; y te obscuré el porvenir porque era nublado en tu imaginación, donde imperaban los recuerdos como señores despóticos. Yo alcanzaba permiso del Señor para alzar de tarde en tarde una punta de tu velo y por allí veías el porvenir del mundo libre, resplandeciente y feliz; yo he velado sobre ti siempre, porque te había coronado con las primeras flores de mi esperanza: yo te he querido, porque te quise con mi primer amor, y este amor es como las lámparas del cielo que nunca se apagan. Hoy has orado, y el Señor te ha permitido que me vieras entre la pompa de los ángeles y te ha recompensado de tu fe presentándome a tus ojos.

Las arpas de oro volvieron a sonar entonces, pero sus ecos dulcísimos y apagados se perdían por entre las bóvedas y apenas llegaban a morir en los oídos del poeta.

—¡Ricardo mío!—dijo el ángel—, ¿amas mucho la gloria?

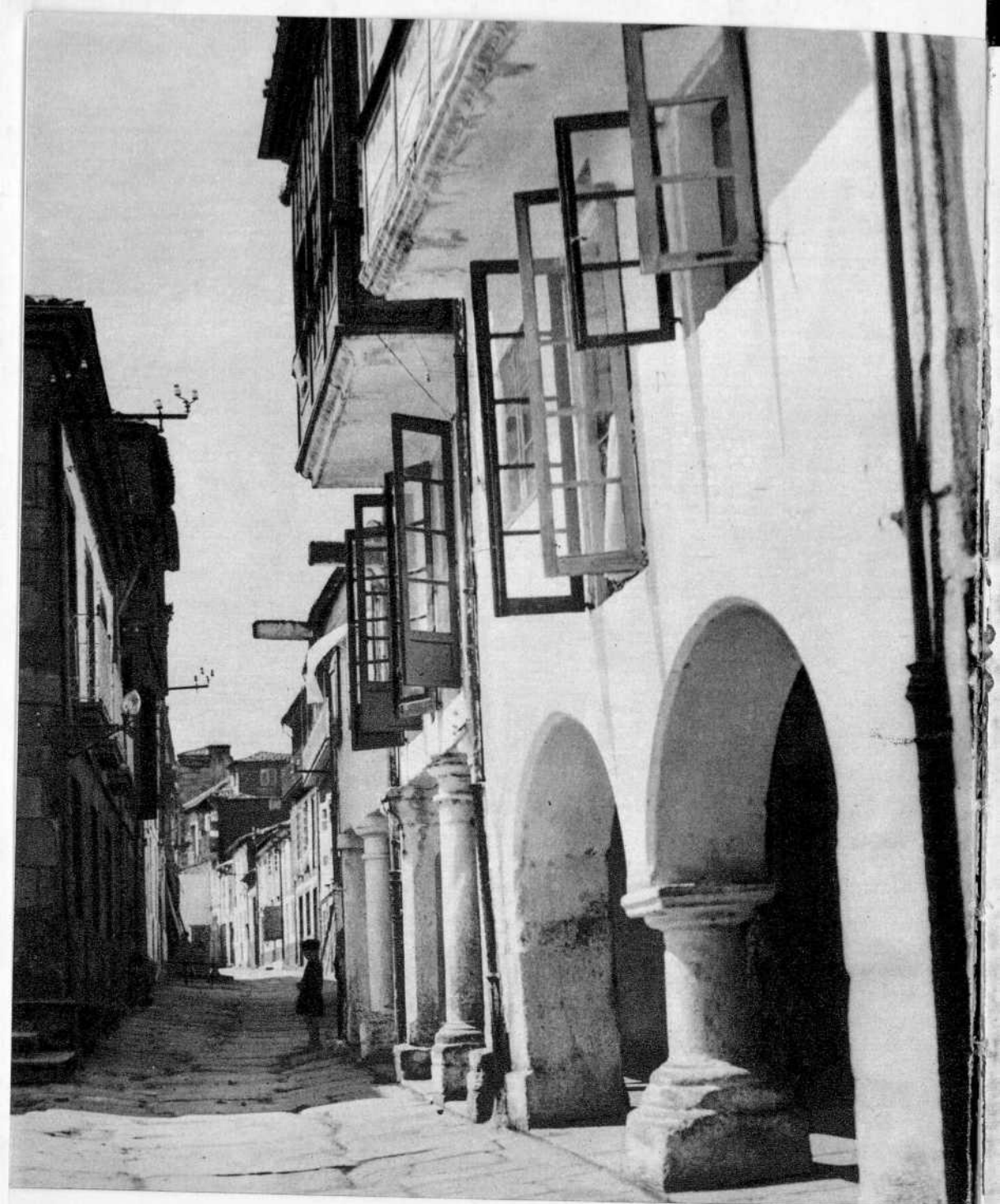
—¡Oh!—respondió el poeta contristado—; mi gloria eres tú: pero los lauros del amor no han crecido para mi frente, y yo quisiera laureles para ofrecértelos algún día en el Paraíso.

Un ángel-niño batió entonces sus alas de mariposa, trajo un laurel de oro y el ángel-mujer lo puso sobre la cabeza del poeta.

—¡Toma—le dijo—, solitario poeta! Tus lágrimas y las mías han sacado las guirnaldas del amor; toma este laurel de oro y ojalá que tu fama vuele por los últimos ámbitos del mundo. Pero ¿habrá quién te adore como te adoro yo? ¡Oh!, no pierdas tu amor, porque es un perfume quemado en un altar y entre sus nubes alzarás tu vuelo hasta el trono del Señor. Tu Angélica ha cruzado ya las tinieblas de la huesa para llegar a los campos de



VALENCIA DE DON JUAN (León).  
Castillo.



PONFERRADA (León).  
Calle de Figueroa.

la luz y tú las cruzarás también, porque tu Angélica te aguarda y las esperanzas del cielo nunca se agostan en flor.

Calló la virgen y el poeta sintió el blando contacto de sus cabellos en su semblante, sus labios estamparon en la frente de Ricardo un beso de castidad y de pureza, sus alas se agitaron con un blando estremecimiento, y cuando el arrobado joven abrió los ojos, ya la visión se había desvanecido.

Enseñoreaban las sombras la capilla, la música de las arpas de oro se había perdido en el silencio de las tinieblas y sólo a lo lejos se percibía un rumor débil y apagado como el de una bandada de palomas que surcan el viento. El poeta pasó por la obscuridad sus desolados ojos, rodeó con ellos la capilla y sólo encontró en todas partes la noche y el silencio. Por una de aquellas ilusiones de óptica que tan fáciles son en las horas del crepúsculo, la ermita se ensanchó de un modo increíble a su vista: su bóveda le pareció más alta que la de las góticas catedrales, y allá en lo más encumbrado de la cúpula fingían sus ojos dulces reverberaciones, más pálidas que las que despedían las alas de los ángeles, pero tan apacibles y serenas como aquéllas. Sin duda, la tribu luminosa se había parado allí un instante para darle el último adiós.

Entonces el tañido de una campana se derramó solemne y religioso por aquellas soledades, vibró con particular acento en todos los ángulos de la capilla y el poeta cayó de hinojos delante del altar borrado por las sombras. Aquella campana que sonaba en el crepúsculo, como para recordar la incertidumbre de la vida, llamaba a los fieles a orar sobre los muertos, y Ricardo, que había perdido sus padres, el amigo de su niñez y el amor de su juventud, oró sobre las cenizas de los tres, y el eco santo de los altares repitió su oración como en prueba de que el cielo le había escuchado.

Cuando se acabó su plegaria sus ojos se alzaron a la cúpula de la ermita esperando encontrar en ella el velo flotante de las vírgenes, pero todo había desaparecido y la noche envolvía la tierra entre su obscuridad. Los ángeles habían aguardado allí la oración del poeta, suspendidos entre la tierra y el cielo, y la habían llevado palpitante y fervorosa a los pies del Altísimo.

#### IV

Desde aquella tarde memorable las tristezas de Ricardo tuvieron una tinta más plácida, y bien que los recuerdos de sus pasadas venturas anublasen su espíritu, la reminiscencia de la glo-

riosa aparición era una especie de Inna que todo lo plateaba en su memoria. Muchas veces iba a esperar el crepúsculo vespertino en el paseo de San Antonio de la Florida y el paso por delante de sus puertas le era dulce como una cita de amores. Aquellas noches era tranquilo su sueño y poblado además de ensueños de esperanzas, de amor y de justicia.

(*El Correo Nacional*, números 270 y 271, 12 y 13 de noviembre de 1838.)

## LOS MARAGATOS

Si para fortuna nuestra y entretenimiento de nuestros curiosos lectores hubiéramos podido dar con la obra que bajo el título de *Orígenes de la Maragatería* parece dejó escrita el erudito y laborioso beneditino Sarmiento, grandes fueran los comentarios que pudiéramos hacer sobre la genealogía, usos y costumbres de aquel maravilloso país, cuyos habitantes son tan conocidos en la España entera, como ignorada su peculiar fisonomía. Problema difícil, en verdad, de resolver es el de un pueblo, que situado en los últimos llanos de Castilla, a la margen de dos caminos, real el uno y bastante frecuentado el otro y manteniendo animado y constante tráfico con diversas provincias de la Península, ha podido sustraerse absolutamente al movimiento de la civilización y conservar íntegro el legado de los hábitos, creencias y organización social de sus abuelos.

Como en una obra de la clase del *Semanario* nadie esperará probablemente un artículo prolijo de estadística, nos contentaremos con decir que la *Maragatería*, enclavada en el obispado de Astorga, provincia de León, confina por el Oriente con la Balduerna, por el Mediodía con la empinada sierra de Teleno y por el Occidente con la cordillera de Fucebadón. Sus pueblos principales son Santiago Millas, Santa Colomba, Rabanal del Camino, Santa Catalina y el Val de San Lorenzo, sin contar otros muchos de menor cuantía. El país es árido y triste en general y sus cosechas se reducen a una escasa de lino, de trigo y de centeno.

Los hombres buscan en la arriería lo que su ingrato suelo les rehusa y durante su ausencia las mujeres corren con las faenas de la labranza. En cuanto al nombre de *maragato*, incier-



tos andan los juicios y divididas las opiniones respecto de su origen. Quien lo atribuye a Mauregato, menguado usurpador de la corona de León y quién, al revés, hace a este mismo Mauregato oriundo de Maragatería, opinión que, dicho sea de paso, nos parece la más probable, siquiera por no desairar la tradición que se conserva en Astorga de los juicios que pronunciaba Santo Toribio, anterior, si no nos engañamos, al citado usurpador, en las querellas de los maragatos.

Hasta aquí nos es lícito contentar la curiosidad de los anticuarios, sin poner de nuestro bolsillo otras mil conjeturas que el talento más pobre puede formar acerca de un país sobre cuya cuna hay ancho campo para mentir, sin riesgo de quedar desairados. Y ahora que hemos fijado ya el lugar de la escena y deslindando en lo posible la alcurnia de nuestros maragatos, bueno será que, para darlos a conocer más a fondo, retratemos lo mejor que se nos alcance el más notable de los actos de su vida; queremos decir, sus *bodas*.

En un país en que el espíritu patriarcal se echa de ver a cada paso, fácilmente supondrán nuestros lectores que la voluntad de los hijos es de todo punto insignificante y que los padres dispone su porvenir con arreglo a sus intereses y edad. Rara vez se oye decir en tierra de maragatos que una doncella ha ido a arrodillarse delante del altar con su prometido sin llevar como por escudo la bendición paternal. Este rigor de la disciplina doméstica y esta inexorable clasificación de las personas por los capitales harían infeliz un sinnúmero de gente en una sociedad más adelantada y culta; pero como las circunstancias son aquí diametralmente opuestas, todos se conforman con la práctica y nadie lamenta una felicidad que no ha soñado. Pasemos ya a la descripción de la ceremonia.

Cuando llega la época en que los respectivos padres determinan casar a los mozos, el padre del prometido y éste se encaminan a casa de la futura esposa, delante de cuyo padre se hace la demanda con toda formalidad, sin que ninguno de los dos jóvenes tome parte en la conversación. Como tales asuntos son cosa decidida y acordada de antemano entre las dos familias, redúcese este paso a una mera fórmula y en seguida, por ambas partes, se procede a la compra de los respectivos presentes, cuya enumeración ofrecemos aquí por su extrañeza y novedad.

El novio regala a la novia el manto de paño negro para ir a misa, de forma rara y poco airosa, pues se conservan al paño sus esquinas y sólo hay unos escasos pliegues sobre la frente; las *donas*, multitud enorme de collares con rosarios y meda-

llas, los anillos que han de servir para el desposorio; el sayuelo o justillo atado por delante con un cordón de seda, que nombran *agolletas*; vincos o arracadas para las orejas, fajero o faja de estambre, y mangas, una especie de ellas, sueltas y sujetas únicamente a la muñeca. La madrina, asimismo, le ofrece un pañuelo de seda de Toledo para la cabeza. Los regalos de la novia a su futuro consisten en una capa de paño negro, almilla o sayo de ídem con cordón de seda; chaleco de grana con bordados también de seda a la portezuela; bragas o calzones anchos, calzones negros (botines), cintas, (ligas) de estambre fino con letrero; camisa de buen lienzo común y calzoncillos con cordón de seda.

Llega, por fin, la víspera de la boda y en su tarde se examinan de doctrina cristiana y confiesan los novios, permaneciendo encerrados en sus respectivas casas, sin concurrir a la cena que tienen los padrinos aquella noche. Al otro día, no bien despunta el alba, ya la gaita discurre por el lugar tocando la alborada y reuniendo a almorzar a los convidados a la boda. Acabado el almuerzo tocan a misa y entonces el padrino, el padre de la novia y demás convidados varones se dirigen a la casa del novio, precedidos de la gaita y de los amigos solteros del novio, llamados en tal ocasión *mozos del caldo*, que van haciendo salvas con sus carabinas. Luego que entran en la casa, el novio se arrodilla, recibe con manifiesta emoción la bendición de su padre, y en seguida, recogido y silencioso, en medio del concurso y al lado del padrino, se encamina a la habitación de su futura. Las solteras amigas de ésta están ya cantándole a la puerta canciones alusivas, algunas de las cuales tienen gracia por su sencillez, y cuando llega el momento de partir para la iglesia, la joven, deshecha en llanto, recibe a su vez la bendición paternal. Toma entonces el novio con su comitiva el camino de la iglesia como unos sesenta pasos delante de su prometida y ésta camina del todo cubierta con su manto en medio de su acompañamiento femenino, que no cesa en sus cantares hasta la iglesia. El cura está ya aguardando en el vestíbulo y allí es donde se verifica la ceremonia, ajustándose los dos esposos un anillo a sus respectivos dedos y ofreciendo las acostumbradas arras. Concluida la misa, sale la gente con el mismo orden que trajo, con la diferencia de que el novio y comitiva se quedan a la puerta corriendo el *bollo del padrino*, a saber, una especie de justa en la cual el que más corre a pie se lleva la cabeza del bollo, repartiéndose lo demás entre los circunstantes en menudísimas porciones. Dirígense en seguida los corredores a la casa de la boda

y encuentran a la desposada sentada a la puerta en una silla ataviada con todo el lujo posible en el país y muchos dulces, con la madrina al lado y cubierto el rostro: el marido se acomoda al otro lado en una segunda silla y de esta suerte presencian las danzas con que los festejan sus amigos, hasta que, acabadas éstas, entra todo el mundo a comer, dejando a la puerta la anterior solemnidad y compostura y tomando la alegría que tan bien cuadra a la ocasión. Después de la comida *se ofrece*, es decir, saca el padrino un platillo de plata, pone en él, por oferta, una cantidad de dinero y va dando vuelta a la mesa sin que nadie le desaire. En seguida la *moza del caldo*, es decir, la amiga del alma de la novia, que la acompaña y sirve durante todo aquel día, pide para los utensilios de su amiga como rueca, huso, etcétera, y los *mozos del caldo* hacen lo mismo para el novio.

Alzarse después, no los manteles, porque la mesa sigue puesta todo el día, sino los convidados, y ya la novia baila con su marido, mientras los *mozos del caldo* se echan por el lugar a recoger gallinas en casa de los convidados para obsequio de los recién casados, y si buenamente no se las dan tienen derecho para tomarlas. Llega, por fin, la hora en que los novios, aunque no sin trabajos, se encierran en la cámara nupcial, y a eso de las dos de la mañana los *mozos del caldo* van a servirles la gallina, o, por mejor decir, las gallinas que han recogido y los dejan reposar hasta la madrugada.

Amanece el día de la tornaboda, y los novios, después de almorzar juntos, se encaminan, sin embargo, a la iglesia con los mismos trámites que el día anterior oyen su misa y vuelven a casa festejados por una comparsa de *zamarrones*, especie de mojianga que nunca falta en semejantes casos y que los aguarda a la puerta de la iglesia. Al llegar al pueblo se corre el *bollo de la boda*, que la madrina tiene asido en medio del baile y que los mozos de la boda defienden cuidadosamente de las acometidas de los extraños. Se come, se baila, se cena y se acaba la boda. Cuando el novio es forastero se lleva su consorte a su lugar desde la iglesia el día de la tornaboda, en medio de todos los convidados, que los acompañan en vistosa cabalgata (mular, por supuesto).

Como semejantes pormenores son los que más clara idea pueden dar de la fisonomía original y pudiéramos decir primitiva de este pueblo, nos hemos extendido más de lo que deseábamos. Concluiremos con la descripción de los trajes y unas breves consideraciones generales.

Llevan las maragatas a la cabeza un pañuelo; sertas o collar

y un rosario un poco largo al cuello; sayuelo o justillo con camisa bordada, por el pecho; faja, *rodado*, especie de brial de un paño tosco y blanquecino, principal industria del país; dos delantales de delante, que se llama *mandil*, y otros de detrás, que se llama *facha*. También llevan unas mangas de punto de colores ceñidas al brazo, por debajo de la camisa, cuyo nombre no damos aquí por no ser ya recibido. Las casadas van a misa con su manto y las solteras con su *dengue* o *frisa* de paño común con franja encarnada.

El traje del maragato se compone de sombrero de ala ancha con copa chata y cordón de seda alrededor, colete de piel, almilla, chaleco, camisa con cuello bordado, cinto con canana, bragas, calzones (botines) y zapatos con botón.

La danza del país es un compuesto de la *danza prima* asturiana, fiel traslado de las danzas circulares que nos describe Homero, y de otro baile más animado ejecutado por una o dos parejas dentro del círculo o corro. Esta segunda parte altera en cierto modo el carácter de antigüedad de la danza circular y apenas descubre significación alguna.

Del rápido bosquejo que hemos trazado, fácil será deducir la regularidad y pureza de costumbres, el buen gobierno y armonía de las familias, el respeto sumo a las canas, y otros mil elementos de tranquilidad y sosiego interior. Sin embargo, este pueblo que en mil cosas trae a la imaginación del poeta la tienda de los patriarcas o la cabaña del salvaje americano, a los ojos del viajero imparcial nunca aparecerá con tan deliciosas tintas. Su fisonomía peca de áspera y desabrida, las comodidades de la vida son escasísimas y están en notable desproporción con los considerables capitales que sus hijos a fuerza de laboriosidad han logrado adquirir. Las casas del pueblo son bajas, oscuras y mezquinas; las de los ricos, al contrario, son altas y espaciosas, pero sin gusto en los muebles y sin regularidad en la distribución. Una sola cosa tiene de común: la suciedad y el desaliño.

Por lo demás, nosotros aquí, como en casi todo, preferimos el prisma del poeta al microscopio del filósofo y somos de opinión que se perdonen a los maragatos estas veniales culpas, en gracia de su proverbial honradez, de la lealtad y nunca desmentida franqueza de sus tratos y de la austeridad de sus costumbres, último resto de su espíritu social compacto y uniforme, que debió de unir un día casi todos los pueblos europeos.

(*Semanario Pintoresco Español*, 2.<sup>a</sup> serie, t. I, ent. 8, págs. 57-60, 24 de febrero de 1839.)

## LOS MONTAÑESES DE LEON

Palacios del Sil, 8 de agosto de 1837.

Aquí me tienes, mi querido A..., perdido en un delicioso país, y digo perdido, porque quizá seré el único de mis amigos que haya pisado este suelo de muchos años a esta parte. Sin embargo, tal. lejos estoy de arrepentirme de mi resolución, que si otra vez vuelve a acometerme la fiebre de los viajes, casi estoy por jurar que marcharé en esta parte por mis antiguas huellas.

Desde León te escribí que pensaba dirigirme al Bierzo pasando por Astorga y visitar sus antigüedades romanas y góticas. Con efecto, he visto las asombrosas minas de las Médulas, restos magníficos y sólidos todavía del pueblo del rey; el sitio de una antigua ciudad suya, llamada *Belgidum*, deliciosamente situada, el monasterio que fue de monjes bernardos de Carracedo, en cuya fábrica está todavía incorporando un resto del antiguo palacio de recreo que allí tuvieron los reyes de León y varios castillos feudales desmoronados en parte y entre los cuales descuella el de Ponferrada, donde todavía se distinguen las armas y los símbolos de los caballeros templarios, sus pasados señores. Este país posee muchos recuerdos y, si no fuera por no aumentar una carta que sobrado larga será ella de suyo, te daría noticias más circunstanciales; pero me voy olvidando de las montañas de León y si por algo te escribo es justamente por hablarte de ellas.

Ya sabes que mi pensamiento no era otro que el de recorrerlas, cruzar después el principado de Asturias, embarcarme en Gijón para La Coruña y visitar el litoral de Galicia, sin pasar por los quebrantos que trae a todos los viajeros la guerra civil que devora la Península.

Con tal intento y siguiendo río arriba el curso del Sil, célebre por el purísimo oro que en sus arenas arrastra, salí del Bierzo, atravesé los valles que toman el nombre del río, crucé en seguida la Ceana y la Omaña y me detuve en los últimos términos de Babia. Ya sabes que mi viaje es más poético que científico y, por tanto, sólo esperarás noticias generales en cuanto a sus producciones, etc.; sin embargo, no dejaré de decirte que los recursos agrícolas de estos pueblos se reducen a una escasa co-

secha de maíz, de patatas, de centeno y de lino, insuficiente, como puedes conocer, a sus necesidades, por lo cual libran su subsistencia casi exclusivamente en la ganadería. Este país es esencialmente pastoral y no sabes cuánta gracia y cuánto hechizo se encuentra en la sencillez de sus costumbres, después de salir de entre los bruscos moradores de esa triste y desnuda Castilla.

Aunque te dejo dicho que todo el país es esencialmente pastoral, ningún pueblo es tan pastor en todo el rigor de la expresión como la Babia. Como su principal riqueza consiste en rebaños de las ovejas de riquísima lana llamadas *merinas* y la débil complejión de estos ganados es incapaz de sufrir el invierno riguroso de este país, toda la parte viril de la población tiene que trashumar con ello en busca de los pastos de Extremadura. Cuando los calores de mayo comienzan a sentirse en esta tierra y agostan las vegas de este país, toman las merinas a las montañas hasta que viene el otoño, en cuya época se restituyen a Extremadura.

Cuando yo llegué a Babia era justamente la época en que las merinas venían a veranear y difícilmente podrás imaginar escena de más interés y animación. Las mujeres, los niños y los viejos salían a recibir a los ausentes, los perros acariciaban a sus amos, balaban las ovejas al mirar los sabrosos pastos de los montes, relinchaban las yeguas al reconocer sus praderas nativas y los abrazos y las preguntas que por todas partes se cruzaban y el abandono y la efusión de todo este cuadro tenían para mí un indecible atractivo. Me figuraba yo las tribus árabes de vuelta al pie del Atlas, con sus camellos y caballos, e involuntariamente se me venían a la memoria los dichosos tiempos de Jacob y de Labán.

La noche de la llegada de los pastores hay siempre baile, cena opípara y toda clase de regocijos, en que las mujeres lucen las galas y presentes que les han traído sus maridos o amantes.

La Babia es un país triste, desnudo y riguroso por invierno, pues ocupa la mesa de las montañas y no cesan en él por entonces las nieves y las tormentas. Sin embargo, las praderas de esmeralda que verdeguean por las llanuras, sus abundantes aguas, la alineación simétrica de sus montecillos cenicientos de roca caliza y los leves vapores que levanta el sol del verano de sus húmedas praderías contribuyen a darle por entonces un aspecto vago, suave y melancólico que sólo se encuentra en algunos paisajes del Norte. Hacia las lindes de este país y junto a un pueblo llamado Barrios de Luna se ven las paredes aporti-

lladas por todas partes del castillo de Luna, donde el rey don Alfonso el Casto encerró al conde de Saldaña, padre del paladín Bernardo del Carpio, que derrotó en Roncesvalles el ejército de Carlomagno, y al decir de las leyendas españolas mató de su propia mano a Roldán, el sin par de los doce pares.

Hasta aquí las circunstancias particulares de la Babia. Los demás concejos, a saber, la Omaña, la Ceana y el Sil, se parecen mucho entre sí, si bien el último se diferencia algo más por la mucha frondosidad que viste sus riquísimos montes y por ser algo más estrecho y reducido.

Voy a darte ahora una sucinta idea de las costumbres generales comunes a todo el país sin excepción y que provienen de su espíritu social.

La hospitalidad es una especie de religión entre estos montañeses y no hay puerta, por pobre que sea, que no se abra de par en par a la llegada del forastero. Por la noche se reúnen indispensablemente en su casa los mozos y mozas del lugar a darle lo que se llama en la lengua del país el *beiche* (la pronunciación es de todo punto inglesa), y que no es otra cosa que el suelto y lindísimo baile del país al son de panderos, de castañuelas y de cantares, tan numerosos y variados como sus fuentes y arboledas. Es costumbre que el forastero tome parte en la danza, sépala o no, so pena de someterse a los *cacharrones*, especie de solfeo no muy agradable, encomendado a las robustas manos de las montañesas. Si el huésped es conocido de la casa donde para, además del obsequio ya sabido del *beiche* suelen llevarle de regalo *feisuelos*, especie de frito del país, y las *natas*. La noche antes de su marcha acuden también a despedirle con el mismo festejo, que en esta ocasión se llama dar el *queiso* para el camino.

En esta temporada de verano suben las montañesas con sus ganados a aprovechar los pastos de las cumbres de los montes y habitan en una especie de casetas llamadas *brañas*, hasta que los primeros fríos del otoño les obligan a bajar a los valles. En esta ocasión ponen el mayor cuidado en la limpieza y adorno de sus brañas, las cuelgan de ramos y tienen siempre repuesto de feisuelos y de natas con que obsequiar a los que las visitan y que sirven con cubiertos primorosamente trabajados en boj por sus esposos o novios. El agasajo, la alegría y bailes son extremados en estas cabañas, que dominan desde su elevación paisajes deliciosos, más estrechos que los buenos de Suiza, pero no menos pintorescos. Respírase allí templado y fresco ambiente, el aire limpio y sereno deja ver los objetos en toda la pureza

de sus contornos y colores, y el silencio de los bosques, el leve rumor de las arboledas y de las cascadas y la calma y la paz que allí se disfrutan inclinan el alma a esas meditaciones vagas y sin objeto en que el hombre se olvida de sí propio para abandonarse enteramente a las sensaciones del instante.

Ya que te estoy hablando de las costumbres de la buena estación; concluiré con las *romerías*, que sólo en este tiempo se celebran y que tienen una fisonomía tan viva y animada, que un viajero concienzudo como yo no puede echarlas en olvido. Figúrate un extenso campo concejil sembrado de tabernas, de baratijas de buhoneros y de puestos de frutas, al cual van llegando sinnúmero de gentes ataviadas galanamente, los curas entre los feligreses, los pastores caballeros en sus yeguas nómadas con sus queridas a las ancas, y caballeros y peones todos en la más cordial armonía, y te irás acercando a la verdad. En la pradera se bailan los bailes del país y más allá los mozos más robustos de los concejos se ejercitan en la carrera y en la barra, distribuyéndose al cabo los premios, que suelen consistir en bollos o en frutas, entre vencedores y vencidos con la más completa amistad. Concluidos estos juegos, todas las diversiones se refunden en el baile hasta la caída de la tarde, en que todo el mundo se retira. Supongo que ya adivinarás que en un país religioso como es éste, la primera obligación de los romeros es ir a rezar al santo.

Las costumbres de invierno son enteramente diversas, como puedes suponer. La Babia se queda sin más hombres que los niños y los viejos, y en la Omaña, la Ceana y el Sil las diversiones públicas del invierno se reducen a monterías y partidas de caza durante las nieves, expediciones todas que se hacen con el mayor orden y valentía y para cuya dirección se nombra todos los años en concejo un funcionario con el título de *juéz de caza*. Pero no por eso creas que el frío convierte a estos montañeses en hurones; antes bien, durante él se reúnen todas las noches en la casa más espaciosa del lugar, las mujeres a hilar (de lo cual viene a estas tertulias el nombre de *filandón*) y los hombres que vienen más tarde a divertirse con un poco de baile la última hora de la reunión. Excusado será el decirte que en estos filandones nunca faltan historias y cuentos maravillosos narrados por las viejas al amor de la lumbre, pero lo que no se te ocurrirá de seguro es que he oído contar a un alcalde muy respetable todas las proezas de los doce pares y de su emperador Carlomagno. Figúrate ahora qué relación para un aldeano.

La danza del país es un baile, como te dejo indicado, anima-



dísimo y expresivo; pero no deja de chocar ver las mujeres y los hombres repartidos en dos hileras al principio, si bien luego se mezclan y confunden al estrepitoso redoble de las castañuelas, en cuyo manejo no ceden a los mismos boleros de los teatros. Con respecto a sus cantares, sólo te diré que en ninguna parte los he oído tan lindos, tan sencillos y tan melancólicos. Ya sabes cuán apasionado soy de la música popular de Andalucía, tan llena de sentimiento y de color, pero en las tiernas canciones montañesas he encontrado un tono de vaguedad, de misterio y de tristeza que ha conmovido mi alma de un modo inesperado. Sólo en Alemania, y en Irlanda más especialmente, se puede oír una música popular con igual sello de abandono y de dulzura; porque los antiguos romances y baladas francesas son descoloridos y monótonos al lado de estas armonías montañesas. Y no creas que sólo la música es en ellas notable, que también las coplas son delicadas y graciosas por extremo. De ambas cosas he formado colección y no será difícil que las publique algún día. Por ahora conténtate con algunas que te envío (1).

(1) Cantares escogidos de las mozas señoritas de la Montaña.

Eres como el ave Fénix,  
que cuando muere renace.  
Fuego de amor en tu pecho  
preside sin apagarse.

Corazón que sufre y calla  
no se encuentra dondequiera.  
No hay corazón como el mío,  
que sufre y calla su pena.

Tus cejas son medias lunas,  
tus ojos son dos luceros,  
que alumbran de noche y día,  
lo que no hacen las del cielo.

El que estrellas estudia  
ve su destino,  
y yo estudio tus ojos  
por ver el mío.

Qué son celos, pregunta  
un hombre sabio,  
y un rústico le dice:  
ama, y sabráslo.

Voy a describirte el traje del país y lo dejaré pronto, porque sobrada condescendencia es ya leer lo que va escrito. Las mujeres traen a la cabeza un pañuelo atado por debajo de la barba, un *dengue* cogido por detrás con broches de plata de elegantísimo corte, justillo de terciopelo labrado o de seda, atacado por delante, camisa con botón de plata al cuello, *rodado* de paño del país o de Segovia, con enormes lazos de vistosa cinta atrás; escarpita de blanqueta con abarca por el invierno y zapato con calceta por el verano. Además, suelen añadir por el mal tiempo a este equipaje una especie de jubón o chaqueta corta desabrochada y una clase de manteleta en la cabeza, llamada, si no me equivoco, *rebociño*.

Los hombres, con sus continuos viajes al Mediodía, han alterado un poco su traje, pero el verdadero consiste en un sombrero chambergo o calañés, chaqueta corta de paño del país, chaleco de pana o piel de becerro curtida que llaman *destazado*, calzones de lo mismo o de paño, faja o cinto de cuero, botín de ídem o de paño para los días de fiesta y polainas con abarca a diario. La manta y el calzón bombacho, que algunos gastan, son más bien del Mediodía que no del país.

La raza de esta comarca es una raza verdaderamente privilegiada de toda la robustez del Norte y de no poca elegancia y garbo de las provincias meridionales. La frecuente comunicación de ambos países es causa, sin duda, de dicha fusión, que no se advierte ya en las próximas montañas de Asturias; y esta media tinta suave de Andalucía y Extremadura contribuye a dar un realce particular a este país. Yo no he visto en ninguna parte tanto rigor y delicadeza a un tiempo, ni en mujeres pastoras y del campo tal transparencia de tez, ni tan exquisitas proporciones. Los hombres en general y en especial casi todos los habianes serían excelentes modelos de Academia.

El país es rico, en general, por los muchos beneficios de la ganadería; las casas, aunque pobres, no dejan de ser aseadas; las comidas no son tampoco malas y, en general, se echa de ver poca indigencia. Las costumbres son apacibles y suaves y las gentes muestran una agudeza y natural despejo verdaderamente extraordinarios. Finalmente, te aseguro que es país que ha

---

Es la esperanza un árbol  
el más frondoso,  
que de sus bellas ramas  
dependen todos.

grabado hondas impresiones en mi imaginación y cuya memoria se me presentará siempre llena de los encantos de su suelo y de la hospitalidad de sus habitantes.

(*Semanario Pintoresco Español*, 2.<sup>a</sup> serie, t. VII, ent. 15 y 17, páginas 913-115, 14 de abril de 1839.)

## LOS ASTURIANOS

Cangas de Onís, 8 de noviembre de 1838.

Conforme, mi querido amigo, al plan de viaje que me había propuesto cuando te escribí desde Palacios del Sil, he recorrido todo este país y si contento estuve en las montañas de León, a fe de hombre de bien que no lo estoy menos de mi correría por esta antigua y nombrada tierra.

Supongo que no aguardarás noticias tan menudas y circunstanciadas acerca de este país como las que te di sobre las Babias y concejos circunvecinos, porque ya deberás conocer que el presente cuadro excede las dimensiones de una carta y mal puede contenerse en tan estrechos límites. Hay, además, notables diferencias entre las naturales divisiones de terrenos en que está repartido este glorioso rincón de España para sujetar sus usos y costumbres a una pauta inflexible y general. Así que, cuanto te dijere de él, antes lo has de juzgar propio del distrito desde donde te escribo, que rigurosamente aplicable al resto del principado.

Este país está principalmente dividido en montaña, llanura y marina. Las costumbres, industria, recursos naturales y aun trajes del primer terreno tienen mucho de común con los del Sil para que me detenga en trazártelos con prolijidad y detenimiento, pero no vayas a figurarte por eso que son absolutamente iguales, porque, en realidad, no son pocas las diferencias que los separan.

En la llanura ya se notan algunas diversidades, que han producido la naturaleza del terreno y la mayor proximidad al litoral. Las cosechas son más abundantes y el clima más suave y benigno. Redúcense las primeras a maíz, trigo aunque en corta porción, escanda, frutas delicadas de mil clases, avellanas, nue-

ces y castañas. La manzana es tan abundante, que no sólo se consume y extrae mucha, sino que también de su jugo se hace la sidra, producto de suma consideración en el país.

La marina, que también disfruta de los regalos de la llanura, amén de otras que su templado clima le proporciona, cuales son naranjas y limones, en un país delicioso y pintoresco en sumo grado, sembrado de bonitas y bien situadas poblaciones y más rico y comerciante que lo demás del Principiado.

Difícilmente hallarás en ninguna geografía la división que te acabo de hacer de esta tierra; pero como cumple a mi propósito, y no escribo un artículo geográfico y estadístico, sino una carta de amigo, no me he parado en pequeñeces. Y digo que cumple a mi propósito, porque en las montañas se conserva mucho de la antigua sencillez y aun pudiéramos añadir rudeza, al paso que su declive y el litoral entero ofrecen ya algunas de las variaciones y mudanzas que, gracias a la mayor facilidad de comunicaciones, ha ido introduciendo el impulso de la civilización cada día más poderoso.

Por lo demás, las costumbres del país son sencillas, apacibles y risueñas como las de todas las tierras montuosas en que la vida pastoril ha dominado largos años y en que ha dejado un cierto sabor de patriarcalismo y de inocencia. Yo, por mi parte, no tengo sino muchos motivos de agradecimiento, porque dondequiera he sido acogido y hospedado con muy buena voluntad y esmerado obsequio. Ya sabes cuán apasionado soy de nuestro deslumbrante y magnífico Mediodía, con sus mujeres morenas, sus bosques de naranjos, sus ruinas árabes y su tersa y cristalina mar. Pero te confieso que en estos retirados climas he hallado sensaciones si no tan turbulentas y tan vivas, por lo menos más gratas y apacibles. Fuerza es confesar que aquél es el país del entusiasmo y de la imaginación, pero en éste el corazón se espacia y desenvuelve con más vigor, y a falta de maravillas y pompas vienen a asediarte un tropel de afectos vagos, dulces y melancólicos que llenan de sentimientos hasta entonces ignorados sus más íntimos repliegues. Pero dejando a un lado semejantes metafísicas, porque recuerdo que no le eras demasiado aficionado, procuraré darte una idea de las cosas de más bulto que he echado de ver en mi viaje.

No te hablaré de las brañas, donde suben a veranear los pastores con su ganado en los meses de calor, porque en poquísimos o en nada se apartan de las de las montañas de León, que ya conoces; pero no fuera justo pasar en silencio una costumbre propia y peculiar de este país y que descubre bien a las claras

el fondo de apacibilidad y de dulzura que se observa todavía en la vida de los campos.

Cuando llega la recolección del maíz, en lugar de arreglar cada labrador su cosecha como mejor pudiere, convida a todos sus vecinos y amigos a la *esfoyaza*, operación que se reduce a despojar las mazorcas de maíz de parte de sus hojas (tarea confiada a las mujeres) y a trenzarlas en seguida y hacer manojos de ellas (cuidado destinado a los hombres) para ponerlas donde se puedan secar y molerlas en seguida. Bien podrás conocer que en semejante reunión entra por más el regocijo y la holganza que la labor de que es objeto: así es que el remate de la fiesta es un estrepitoso baile, acompañado de una especie de colación llamada *garulla*, compuesta de avellanas tostadas, nueces, castañas asadas, sidra y toda clase de frutas; aunque en otros sitios se reparten, además, pedazos de pan. Mejor que yo te lo explicarán estos versos *bables*, así llamados por estar escritos en el dialecto del país:

Era d'octubre la noche postrera  
y acabóse temprano la esfoyaza:  
había de hablanes una gocha entera,  
peres del fornu y gachos de foyaza:  
y atizaban el fuego con tarucos  
fartos de rebrincar los rapazucos.

Como son poco difíciles, no me tomo el trabajo de traducirte los, pero el cuadro de esta doméstica función está trazado en ellos de una manera tan sencilla como completa y por eso te los he copiado.

Uno de los espectáculos más característicos del país y que más a las claras descubren su fisonomía son las infinitas romerías que por todas partes se celebran, a las cuales acuden gentes de muchos concejos de alrededor y que suelen ofrecer un cuadro lleno de vida y de movimiento. Las más célebres y concurridas son las de la Virgen de Covadonga, a dos leguas de esta villa; la de Nuestra Señora de la Cueva, en la inmediación de la villa de Infiesto; los mártires de Valdecuna, en el concejo de Lera, y más que todas, las de Nuestra Señora del Remedio, en el concejo de Nava.

La primera es de tanta devoción en el país como de nombradía y fama es en nusera Historia el suceso que allí se celebra y solemniza. En aquel sitio agreste y enriscado ofreció el valeroso don Pelayo batalla a los sarracenos, y después de pelear denodadamente los desbarató con la ayuda de la Virgen Santa, que ha-

cía volver contra sus enemigos las propias flechas y que desplomó sobre ellos, además, la mitad de un monte. La colegiata que en memoria de aquel milagro se fundó está al pie de una escarpada y altísima montaña y en su vecindad se celebra la romería.

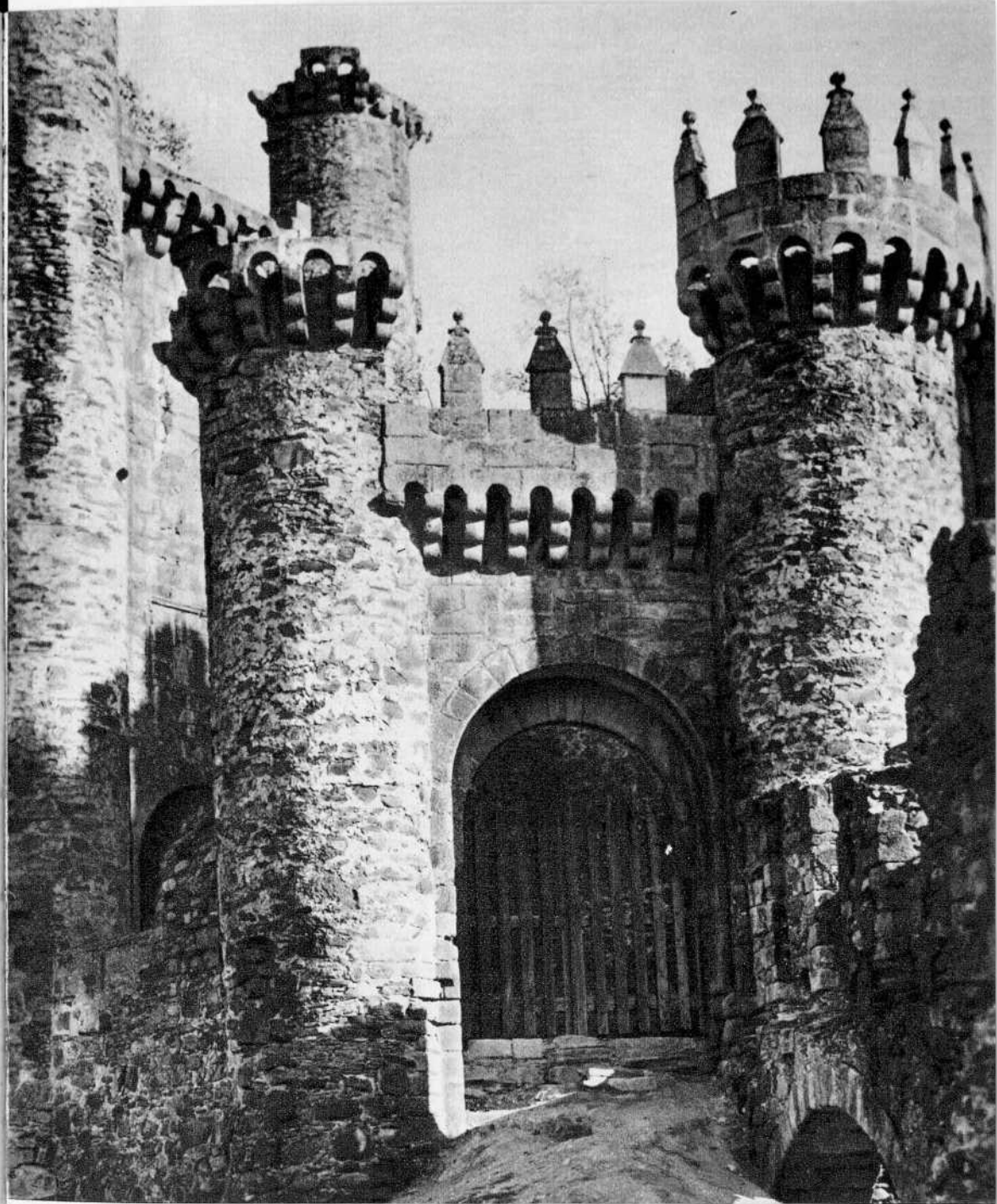
El santuario de Nuestra Señora de la Cueva es vistoso y rústico por extremo, porque debajo de una roca enorme presenta el espectáculo de tres capillas, dos de ellas con sus respectivas sacristías, dos ermitas para viviendas de ermitaños, una casa de bastante altura con corredor y dos establos para ganado, todo lo cual da a una plazuela bastante espaciosa. Por encima de la peña tiende su gayo tapiz una fértil pradera, por la cual he visto triscar blancos corderillos que con sus balidos a veces acompañaban los sagrados cánticos que resonaban debajo de sus pies.

La festividad de los mártires de Valdecuna no ofrece particularidades de ningún género para que me detenga a decírtelas; pero en ella, como en todas las demás, tiene mucho en qué fijar la vista cualquier viajero. Los diversos trajes, edades y aposturas de los romeros, la devoción y recogimiento que se observa dentro de la iglesia, la algazara y el bullicio que por de fuera resuena y los numerosos linajes de solaz y diversión que por todas partes se echan de ver, concurren a formar un cuadro confuso a veces, pero siempre variado y risueño.

Lo que exclusivamente fija la atención de los forasteros es el baile nacional del país, conocido por el nombre de *danza prima*, y que, en rigor de verdad, no debía apellidarse danza, porque se reduce a grandes corros de hombres y mujeres, que, separadamente, andan alrededor con suma pausa y lentiud asidos de las manos, columpiando el cuerpo hacia atrás y adelante al son de una canción uniforme y monótona en demasía, que suele ser un romance muy conocido en el país que comienza:

Wálgame la Magdalena,  
Nuestra Señora me valga...

A los ojos de un observador frívolo y ligero poca o ninguna gracia puede haber en un espectáculo tan igual y poco variado, pero un hombre reflexivo y pensador descubrirá en él, a primera vista, el sello de sencillez y de rudeza, si se quiere, que tan honradamente impreso aparece en todos los pueblos primitivos. Y a la verdad, poca diferencia pudieran hallar en mi entender los críticos más escrupulosos entre la danza prima y las danzas circulares que nos describe Homero, traslados am-



PONFERRADA (León).  
Entrada al Castillo de los Templarios.



LEON.  
Antigo Santuario de la Virgen del Camino.



bos de Edades turbulentas y guerreras, más propias para aguijar y robustecer los ánimos caídos que para afeminar los brazos y embotar el coraje.

En Asturias, por lo menos, fácilmente se trasluce el fondo alentado y belicoso de su danza, no sólo por el vigor de la música y alternativa respuesta de los coros, sino también porque al fin de la fiesta suelen encenderse las rivalidades de los concejos en términos de no haber apenas función que no se acabe con palos y camorras. Sin embargo, a despecho del poco duelo con que se sacuden, suele haber pocas desgracias, porque la justicia y las personas de algún valer se ponen de por medio y restablecen el orden. Otra circunstancia hay también que notar, y que, a falta de otras pruebas sería suficiente de lo que dejo dicho, a saber, que los hombres y las mujeres danzan siempre en corros separados, lo cual manifiesta que semejante desahogo antes era un marcial ejercicio que no mero pasatiempo y deleite. Además de la danza prima, que tengo por el rasgo más característico de este país, se baila también fandango, aunque menos generalmente.

Las demás diversiones de las romerías se reducen al tiro de barra y juego de bolos: yo, por lo menos, en ninguna parte he visto las carreras a pie que tanto amenizan semejantes funciones en las montañas de León.

Algo me he detenido en bosquejarte tales escenas, porque son tan frescas, tan originales y sencillas, que si no te entretienen no es culpa de ellas, sino de mi tosca pluma. Procuraré concluir dándote una idea de las demás costumbres de este país y, sobre todo, de las de invierno.

Durante esta rigurosa estación, lo mismo que en el Sil, los hombres pasan el tiempo en cacerías o en alguna industria de menor cuantía, como es la fabricación de madreñas, de que surten las ferias de los países vecinos y las mujeres pasan las noches del mismo modo que allí, hilando reunidas en la casa más holgada del lugar y entretenidas en cuentos y consejas propias de su extrema credulidad y llenas, por tanto, de portentos y maravillas. Dos cosas sólo te apuntaré en que creen ciegamente estas buenas gentes y con las cuales, desde luego, calcularás el sinnúmero de historias que se pueden hilvanar. Una de ellas es lo que llaman las *huestes* y la otra las *janas*.

Es opinión muy válida entre la gente del campo, que por las noches suelen recorrer los despoblados extraña muchedumbre de luces ordenadas en simétrica y misteriosa alineación, que caminan callada y lentamente y que amenazan con próxima muerte

en el lugar a que se dirigen. A estas apariciones llamas *huestes* y con lances que sobre su pretendida aparición se cuentan, se avivan en alto grado la curiosidad y el terror de los aldeanos.

La otra creación de su fantasía, aunque más limpia y risueña al parecer, no por eso les infunde menos interés y pavor. Dicen que hay una especie de lindas mujercitas de plata que salen por el agujero de las fuentes, que hacen coladas más blancas que la nieve y secas sus delicadas ropas a la luna, retirándose con ellas apenas se acerca algún importuno que las estorba en tan inocentes ocupaciones. A estas mujercitas, de un codo de estatura, misteriosas y llenas de poder en la mente de estos montañeses, señalaban con el nombre de *janas*. La preocupación de las brujas, duendes y encantamientos no deja de ser común en España, pero estas dos creaciones fantásticas, que en ninguna parte sino en Asturias he hallado, paréceme de un origen remotísimo y que con facilidad puede encontrarse entre las eternas noches de la Escandinavia.

Después de tantas menudencias como te llevo contadas, aún tendrás la indulgencia de oírme lo que te diga acerca de los trajes de esta provincia, que aunque varían en algunos concejos, en general se reduce a lo siguiente:

Gastan las mujeres pañuelos a la cabeza, con que se ciñen la cara y que atan por encima a la *candesina*, como ellas dicen; *corros* de corales al cuello, cotilla de una tela graciosa atacada por delante con un cordón de seda, almilla o jubón de paño negro suelto, saya de estameña, medias azules con bordado blanco o encarnado y zapato con hebilla. A los hombros, y por encima de todo, traen un gracioso dengue negro orlado de una cinta de terciopelo labrado, negra también.

El equipo de un hombre, más sencillo por supuesto, se compone de montera, chaqueta y pantalón de paño pardo y de chaleco de pana negro, ni más ni menos que los que usan los honrados aguadores de Madrid, que abonan su país con su leal conducta en la capital de la Monarquía.

Mucho más te dijera acerca del carácter laborioso y a veces emprendedor de esta gente, causa común de frecuentes emigraciones útiles en general y de lucrativo resultado, pero ya te tengo lástima y te dejo, si bien con la pesadumbre de guardar, amén de lo dicho, otras cosas de antigüedades, de artes y de poesía, que Dios querrá tal vez que salgan con el tiempo.

En resumen, yo estoy contento y satisfecho de mi viaje, así por lo bello del país como por las muchas curiosidades que he encontrado. Sus moradores son apacibles, hospitalarios, fáciles

en su trato, sencillos en sus costumbres, agudos en sus conversaciones, de ingenio presto y vivo, con sus puntas de malicioso y satírico.

Por lo demás, ¿qué quieres que te diga? En esta remota provincia he encontrado sensaciones nuevas y agradables que no esperaba por cierto, y mi antiguo mal humor me ha dado tales treguas, que no pienso que me mate Dios sin dar antes una vuelta por acá. Si dentro de poco nos vemos, como espero, te hablaré más largo; por hoy basta y aun creo que sobra.

(*Semanario Pintoresco Español*, 2.<sup>a</sup> serie, t. VII, ent. 1.<sup>a</sup>, págs. 145-147, 12 de marzo de 1839.)

## LOS PASIEGOS

La Vega, 11 de junio de 183...

Destinado estoy, sin duda, mi querido amigo, a cebar mi curiosidad de viajero en pueblos de montañas, porque bien sabe Dios, y tú también lo sabes, que no era mi pensamiento ni por asomo verme rondando ahora por esta tierra, pero la suerte se ha empeñado, por lo visto, en hacerme el Julio César de los galos de nuestro país, y aunque ya conoces que no tengo semejantes pertensiones, le he llegado a coger miedo y no me atrevo a dis gustarla.

Salí, como te decía, de Gijón con dirección a La Coruña, pero tan mala cara nos puso el mar, que después de varios percances hubimos de meternos en Santander, dándonos por muy dichosos con ello. Nuestro buque había sufrido averías de consideración, y como no salía por entonces ningún otro para La Coruña, cansado de Santander, me entró la fiebre del Judío Errante, y heme aquí en la capital del *Valle de Pas*.

Alguna vez me he puesto a pensar con formalidad en mi carácter, y me parece que me voy haciendo optimista a toda prisa. Si tal sucede, Dios sea bendito, que tiempo era ya: pero lo cierto es que cuando tan a mal traer nos traía el señor Neptuno (como le llamaban antes), bien distante estaba yo de creer que en los pliegues más escondidos de estos riscos había de encontrar tanta originalidad en las gentes y las costumbres y tan extendido campo para mi antigua manía de observador. Porque has de sa-

berte, mi querido A..., que los *pasiegos* son gente que a ti mismo pudieran sacarte de quicio, cuanto más a un hombre de mi temple.

¿Concebirás tú un pueblo esencialmente pastor y que así por el carácter de sus costumbres como por las circunstancias de su suelo no puede abandonarle ni aun temporalmente, concebirías tú, digo, un pueblo pastoril y al mismo tiempo aventurero, arriesgado y hasta temerario? Puesto esto, ni más ni menos, es lo que por aquí sucede. Figúrate, pues, cuán nueva y extraña será la fisonomía de este país, y qué de lances y episodios diversos no tendrá su vida.

La tierra es áspera y quebrada por el lado de la montaña. El país, montuoso por la parte despejada y abierta hacia esta villa y las de San Roque de Riomiera y San Pedro del Romeral; pero por todas partes dividido en frondosas praderías y bosques, sembrado de habitaciones rústicas, y poblado de ganados, sólo ofrece imágenes de vida sencilla y campestre. Y cuando más distraído te hallas en semejantes imaginaciones, una cuadrilla de contrabandistas armados de sus enormes palos con que cruzan los barrancos, ríos y despeñaderos, ni más ni menos que pudieran hacerlo los corzos, te da a entender de una manera bastante eficaz que no todo es paz y sencillez. Llama a cualquiera de aquellas pobres puertas y verás cómo de par en par se te abren y con qué cordial voluntad te obsequian y agasajan, ofreciéndote cuanto tienen; pero suelta como al descuido alguna expresión que pueda llamarles la atención o hazles cualquiera pregunta capaz de despertar su desconfianza, y repara con cuánto cuidado miden sus palabras, cuán evasivas son sus respuestas y con qué expresión tan marcada de suspicacia y de recelo escudriñan tu porte y examinan todos tus movimientos.

Por una parte, todo el abandono de la vida de los campos; por otra, toda la vigilancia y astucia de las ciudades; el fardo de mercancías prohibidas y las armas del contrabandista junto al dornajo de leche y el haz de heno, he aquí en dos palabras la vida y el carácter de los montañeses de Pas.

Figúrate, pues, si estaré entretenido y satisfecho de mi correría. Por otra parte, el país es tan pintoresco, tan variado y tan frondoso, que los puntos de vista innumerables, rústicos todos, es verdad y sin decoraciones de ruinas y de recuerdos, pero risueños y frescos en sumo grado, o imponentes de todas veras y sombríos, serían capaces de contentar el alma apacible de Pous-sin o el carácter agreste y enérgico de Salvatore Rosa.

Como la principal riqueza del país consiste en los ganados,

especialmente el vacuno, los pasiegos pastores, cuidando de su beneficio y crecimiento, varían de vivienda con las estaciones, y así es que todo el país está sembrado de cabañas y casas rústicas, circunstancias que le hacen aparecer lleno de animación y movimiento.

La vida doméstica de estas gentes es de lo más arreglado y sencillo que te puedes figurar, así en sus alimentos, reducidos a leche y maíz, como en su régimen ordinario de trabajos y distribución de tiempo. Las mujeres son muy aseadas y laboriosas y sin cesar andan comerciando con los escasos artículos de su cosecha en los mercados y pueblos circunvecinos. No es esto decir que sus funciones se limiten al hogar doméstico, porque también ellas hacen sus expediciones al contrabando y, por cierto, que no ceden en robustez, aguante y sufrimiento a los hombres más recios y determinados del país. Es una bendición de Dios, como suele decirse, verlas tan blancas, tan coloradas y tan alegres con su cuévano a cuestras por montes y hondonadas, siempre cruzando sendas desconocidas y asperísimas y riéndose en su interior de los pobres empleados militares de la Hacienda, que así están a punto de dar con ellas como si jugaran a la gallina ciega. Y no sólo acontece esto aquí, donde a fuer de dueñas de la casa conocen todos sus rincones, sino también en lo más llano y abierto de Castilla y de la Mancha, donde rara vez las cogen *in fraganti*. Una cosa quiero confesarle, por más que la califiques de flaqueza, y es que si algún día me toca ser ministro, diputado o cosa que lo valga y me nombran para alguna comisión del Código Penal, tengo de proponer una excepción a favor de las pasiegas en los delitos de contrabando, porque son agudas como el pensamiento y frescas como una flor del campo. Ya ves tú si son pequeñas razones para mirarlas con buenos ojos.

Contarte los lances de la aventurera vida contrabandista sería cosa de nunca acabar; pero cualquiera que no sean ellos se estremece de pensar en sus marchas nocturnas por riscos inaccesibles y espesísimos bosques, cargados con un enorme fardo de mercancías y expuestos a peligros sin número. El modo de servirse de su palo es cosa de todo punto inconcebible para nosotros, porque a veces equilibrando el cuerpo sobre él y sin poner los pies en el suelo atraviesan cornisas, digámoslo así, de peñascos que parecen impracticables para los mismos gamos y todo esto con una prontitud, sangre fría y destreza que erizan los cabellos. Otras veces se les ve salvar los riachuelos despeñados, y en ocasiones crecidos, del país, afianzando la punta del palo hacia la mitad de la corriente, librando su cuerpo sobre

él con poderoso impulso y cayendo en la opuesta orilla con un ángulo y un efecto enteramente igual al de una bomba. Estas y otras diabluras enseña semejante clase de vida agitada y sin sosiego; pero yo, por mi parte, todavía no he alcanzado a explicarme cómo pueden llegar a tal grado de elasticidad y de fuerza los músculos del cuerpo humano. No hace mucho tiempo servíales, además, su enorme palo para defensa y ofensa, pero en el día todos los contrabandistas van armados de armas blancas y de fuego. Entre ellos los hay bastante desalmados y no es extraño, a la verdad, porque la vida tampoco da de sí otra cosa.

Las romerías en que estos pueblos se reúnen no dejan de ser animadas, pero sus danzas y diversiones no ofrecen rasgo alguno característico. Los hombres y las mujeres bailan juntos, pero los primeros coronan la fiesta bebiendo, emborrachándose y apaleándose sin compasión. El vino vale caro, muy caro, en este país y a los buenos de los pasiegos se les sube a la cabeza con facilidad y les da un impulso guerrero que pasma. Una cosa vi que me llamó la atención, y es que cuanto ven una persona forastera o del país que se les antoja rica, se dan de ojo mozos y mozas, y tomando los pañuelos por las puntas se encaminan corriendo hacia ella a guisa de red barredera y cogiéndole en medio le sacan una propina para beber. A mí no me dispensaron del obsequio, y aunque sacando a relucir mis fueros de poeta, les ofrecía sonetos y quintillas en compensación de lo que me pedían, dijéronme que no entendían de latines y tuve que hablarles en romance de bolsillo.

Las costumbres del país son bastante puras y sencillas, sin que te sirva de regla el sinfín de *nodrizas* que hay en Madrid con el nombre de *pasiegas*, porque las verdaderamente tales son pocas y casadas, en general, y las demás son de las tierras circunvecinas, que se apellidan *pasiegas* para mayor abono de su salubridad y robustez. Por lo demás, las mujeres de aquí son una especie de Lucrecias de navaja al cinto, que no hay medio de avenirse con ellas.

Excusado será decirte que así hombres como mujeres son de una soberbia raza y que en ninguna parte se ve tanto vigor, soltura, frescura y robustez. El traje, por otra parte, no deja de ser airoso, particularmente en las mujeres. Llevan éstas pañuelo a la cabeza, pelo trenzado a lo largo de la espalda, arracadas o pendientes de plata dorada, multitud de corales al cuello, camisa con cabezón, pechero, especie de peto con que cubren el pecho además de la camisa, corpiño atacado por delante, saya, medias de lana del país, chapines o escarpines y abarcas de cue-

ro. En invierno añaden a esto una especie de manto blanquecino que llaman *capa*, *chaqueta*, *jostras* o *pellizas*, pieles con que abrigan las piernas y defienden los chapines, y, por último, *barajones*, especie de tabla triangular sujeta a la planta del pie con correas y que les sirve para sostenerse en la nieve. ¿Qué te parece que diría Hoffmann si en una noche de invierno viera deslizarse cuatro o cinco de estas montañas, a la orilla de un derumbadero con sus capas blancas, silenciosas y ligeras como las hadas? ¿No es verdad que esto tiene su poco de fantástico, particularmente a la luz de la luna y encima de la nieve?

Los hombres gastan montera, chaqueta, dos chalecos: el de arriba, de pana negra con botones de plata y el de debajo, blanco, *ceñidor* o faja, calzón corto o *bragas* y el calzado lo mismo que las mujeres.

Supongo que no olvidarás el célebre palo una cuarta más alto que el dueño, que tantos prodigios obra, ni las *carcetas* o mecnas largas por detrás que no dejan de adornarlos.

No se me ocurre más que decirte acerca de las costumbres de este pueblo y me alegro en el alma, porque ya me iba poniendo de mal humor de tanto menear la pluma.

Mañana salgo para Santander y, si Dios quiere que llegue a La Coruña, desde allí te escribiré.

(*Semanario Pintoresco Español*, 2.<sup>a</sup> serie, t. I, entr. 26, págs. 201-203, 30 de junio de 1839.)

## EL PASTOR TRASHUMANTE

Ninguna reliquia más venerable queda en nuestra España de la vida nómada que la trashumación periódica de los rebaños merinos. Facción es ésta que no se distingue en el semblante de ninguna nación europea con tanto vigor como aquí, y, por lo mismo, el *pastor trashumante* es uno de los destellos más vivos de originalidad que brotan de este suelo poético y pintoresco. Su apartamiento habitual de poblado, sus ocupaciones uniformes y sencillas, su vida trabajosa por el rigor de las estaciones que está condenado a sufrir, le convierte en un ser aparte dotado de aquella buena fe y bondad de sentimientos que desde tiempos muy antiguos se atribuye a la gente campesina, y al mismo tiempo, de aquella fuerza de acción y movible energía

que caracteriza a las tribus nómadas. Hijo de las montañas de León, Segovia o Soria, trasladado desde allí a los campos abundosos y feraces de Extremadura, donde la vida pastoril y agrícola derrama el más rico caudal de sus gracias, sin más cuidados que los de su dócil rebaño, y, al mismo tiempo, robusto y vigoroso, apenas encuentra a quien parecerse, aun en la misma nación española, tan cercana a la naturaleza en muchas de sus partes.

Entre las lanas finas de España la más estimada es la llamada *babiana*, que toma su nombre del distrito de las montañas de León que apellidan *Babia*. Este país, celebrado entre todos los pastores por sus pastos delicados y sabrosos, no tiene más riqueza que sus hierbas, y, de consiguiente, todos sus habitantes son pastores. Ahora que las grandes cabañas trashumantes han venido a menos con la mejora de las lanas extranjeras y los tiempos corren menos bonancibles que antes para los ganaderos de merinas, se encuentran algunos habianos que permanecen en su país, o buscan su vida fuera de él por otros caminos; pero gentes no muy entradas en años recuerdan la época en que a la salida de los rebaños trashumantes sólo quedaban en sus pueblos las mujeres, los ancianos y los niños. Aun los que no componían parte de la cabaña solían acompañarla con el nombre de *escoteros*, para procurarse en las provincias del Mediodía una subsistencia que a duras penas concede el riguroso y pobre invierno de sus nativos montes. Por esta razón, al pensar en dar una patria al pastor trashumante hemos elegido las sierras de León, y de ellas haremos su principal y verdadero teatro.

Así lo exigiría la verdad histórica, porque en las fértiles orillas del Guadiana y en los hermosos llanos de Cáceres, a despecho de lo templado del clima y de la cordial acogida que encuentra en los habitantes acostumbrados a esperarlo como un huésped necesario y siempre bien venido, al cabo, el pastor trashumante vive lejos de su país y en medio de un pueblo que si algo se le asemeja en sus ocupaciones, harto más se desvía de su índole y carácter especial. Una vez levantado su chozo, y aderezadas sus camas de pieles y preparados los utensilios de su frugal mantenimiento, su tarea está reducida a apacentar sus ovejas por el día, encerrarlas por la noche dentro de la red que alrededor de ella atan a unas estacas clavadas en tierra, hacer de cuando en cuando su ronda para guardarse de los lobos, guarecerse de la intemperie dentro de otro chozo más pequeño que se dispone para este servicio nocturno y volver con el alba a las mismas tranquilas ocupaciones. Claro está, que en semejantes



vigilias, por lo duras y penosas, alternan todos los pastores de condición subalterna: los demás pasan las noches abrigados en sus chozos al amor de la lumbre, cenando sus migas canas, y de cuando en cuando por extraordinario tal cual *frito* o *caldereta*, rezando el rosario si el mayoral es viejo y devoto y durmiendo como unos cachorros hasta que los cencerros de los mansos, los ladridos de los perros o la luz del alba los despierta.

Sin embargo, si queremos conservar la nota de historiadores verídicos, fuerza nos será confesar que por los meses de diciembre y enero semejante calma y asiento se truecan por una penosísima faena con la paridera de las ovejas, que tiene lugar por entonces. Acontece que los mansos corderillos vienen al mundo en las noches más bravas y tempestuosas del invierno, y el pastor, en medio de la ventisca y aguacero tiene que asistir a las paridas y atender a que todo vaya en orden. Acontece asimismo que las madres en años miserables desechan la cría, porque apenas la pueden alimentar y entonces el comadrón sólo a fuerza de maña y aun de fuerza puede obligarle a aceptar los deberes de la maternidad. Ordinariamente se *dobla*, es decir, se deja un solo borrego para que lo críen dos ovejas, mas para que lo admita la que no es su verdadera madre es preciso cubrirle con la piel del hijo muerto. Figúrese el lector todas estas menudencias en una noche de invierno, en que el vendaval arranca a veces los chozos y verá cómo semejante cargo se le hace imposible cumplir; pero el pastor que conoce a sus reses por la cara, como los demás conocemos a las personas de nuestro trato íntimo, sabe muy bien a quien corresponde el recién nacido y distingue a tiro de arcabuz la oveja que se ha quedado sin cría, para acercarle el intruso disfrazado con la piel del muerto. Todo esto, por descontado, no se hace sin un granizo de conjuros, reniegos, juramentos y maldiciones, que, en medio de la obscuridad, forman con los balidos del ganado y el silbido de los vientos un maravilloso coro, excelente para algún aquelarre.

Fácil es de conocer que, a pesar de la consumada ciencia pastoril, semejantes operaciones necesitan una dirección cuerda y atinada y aquí es de advertir la distribución de las cabañas, su jerarquía y subdivisiones, porque muy pronto va a llegar la importante ocasión de ver a nuestros pastores en su peregrinación anual.

En todas estas grandes ganaderías hay un *mayoral*, especie de general en jefe, a cuyo cuidado están los arriendos de las hierbas, los salarios de los pastores, el fijar las épocas de marcha y todas las demás atenciones generales. El es quien inmediata-

mente se entiende con el *amo* y recibe sus órdenes en derechura. Siguele el *sotomayoral*, cuyas atribuciones son también generales, aunque su grado, como el nombre lo dice, es inferior. Estos son los jefes de la cabaña, que, como pueden imaginarse nuestros lectores, se reparten luego en varios rebaños, cada uno compuesto de *rabadán*, que es el jefe, *compañero* del rabadán, que le remplaza en todos los casos de ausencia, *ayudante*, *persona* y *zagal*, que por sus años verdes y a guisa de aprendizaje suele sufrir la mayor parte de las cargas con mucho menos provecho. Hay, además, una especie de hacienda militar en este inocente ejército con el nombre de *roperia* y no es sino la panadería donde se elabora el pan para pastores y perros y consiste en un *ropero mayor* o jefe, de cuya cuenta corre la compra de los granos y la distribución del pan, y en otros mozos que dicen roperos a secas y son los que amasan y hacen todos los oficios mecánicos.

Aquí tienen nuestros lectores explicado el manejo y gobierno interior de las cabañas trashumantes; pero por si de ellos los hay curiosos, como suele suceder (porque desde muy antiguo viene la curiosidad como por herencia a todos los lectores) y quieren saber los salarios y beneficios de estos hombres, procuraremos satisfacerle. Obligación del amo, o para hablar con más propiedad, *principal*, es dar al mayoral la mula en que va caballero y de 200 a 300 ducados. El sotomayoral gana de 600 a 1.000 reales, el rabadán de 260 a 300 reales y el compañero ayudante y persona bajan en proporción hasta llegar al zagal, cuyo sueldo ni pasa de 100 reales ni baja de 80.

Seguramente se admirarán, los que lean esto por la primera vez, de que por tan escaso dinero se preste un servicio tan duro y trabajoso, que obliga a sufrir la intemperie la mayor parte de las veces y a dos viajes en el año de más de 70 leguas cada uno. Sin embargo, lo que no va en lágrimas va en suspiros, según el dicho vulgar, y lo que el amo no da lo saca el pastor por su parte al cabo de la cuenta, porque además del sustento que recibe tiene el beneficio de la *escusa*. Escusa llaman al número de ovejas y aun de cabras que a cada pastor se le permite tener agregadas a las de cabaña, sin pagar poco ni mucho por su apacentamiento y que con sus crías y rendimientos le pertenecen en propiedad absoluta (1). Parte de la escusa suelen ser también

---

(1) En todas las ganaderías estantes, y en muchas de las trashumantes, la escusa es según la definimos, pero en otras el amo del rebaño se queda con el esquilmo y deja al pastor la cría. Esto es lo que llaman *lana por costo*. Al mayoral se le consiente de escusa

las yeguas, que gozan de los mismos fueros e inmunidades; por todo lo cual, si nos tomamos el trabajo de agregar a la suma en dinero que recibe, la probable que estas adherencias que dejan en sus manos, vendremos en conocimiento de que la condición del pastor trashumante todavía es tolerable si no mejor que la de la mayor parte de las clases del pueblo.

El arriendo de los pastos de invierno concluye el 25 de abril, día que los pastores ven amanecer con más regocijo que la mayor festividad del año, porque, como es natural, ninguna festividad puede compararse, sobre todo en las gentes sencillas, a la vuelta al país donde han nacido y tienen lo que en el mundo quieren, donde con verdadera ansia se les aguarda y con cordialísima efusión se les recibe. Si el pirata Lambro (2) sentía a la vista de su isla y del humo de su hogar una emoción de que no sabía darse cuenta, no es maravilla que nuestros montañeses, cuyas piraterías se reducen a dejar escurrirse alguna res hacia el campo del prójimo, a cortar un poco más de leña de la necesaria y hacer de manera que sus ovejas, la mayor parte de las veces, conserven salud, aun en medio de la epidemia de las del amo y paran siempre hembras que es lo más beneficioso; no es extraño, decimos, que se dé tal cual refregón de manos, avie su hato cantando, silbe y grite con más garbo a sus ovejas y perros, acuda con cara de pascua a recibir su haber y su *cundido* (3), pase en revista los reales en su bolsa de cuero y con una gallardía digna de la airosa gente de su tierra, se ponga en camino con su cayado debajo del brazo, su manta al hombro, su sombrero calañés encasquetado y sus abarcas de cuero.

Cruzan el Tajo la mayor parte de las cabañas por Almaraz o por Alconeta, pero como en ninguno de los dos puntos hay puente servible y las barcas, sobre pequeñas para tal multitud de cabezas, serían tardas y costosas, suelen fabricar un puente de barcas que apellidan en Extremadura la *luria* y proporciona paso a los ganados. El tal paso, sin embargo, siempre es difícil, porque si una oveja llega a saltar al agua, por pronto que se acuda,

---

150 a 200 cabezas, 10 a 12 yeguas y algunas cabras, que suelen no estar sujetas a número fijo. La escusa del sota sólo llega a una cuarta parte, la del rabadán a 50 ó 60 cabezas, dos o tres yeguas y algunas cabras, y los demás en proporción hasta el zagal, que sólo puede tener seis u ocho ovejas, algunas cabras, y por bondad del amo, alguna yegua.

(2) BYRON, *Don Juan*, canto III.

(3) Cundido o cundio llaman los pastores a la grasa, sal y pimienta que les dan para aderezar sus comidas.

siempre la sigue una gran porción y por eso se necesita gran cuidado y diligencia. Verdad es que algunas veces la res que el amo o mayoral se figura en el fondo del río, aparece en el fondo de la caldereta; pero éstas son pequeñas travesuras del oficio y, además, es de creer que muy insubordinada debe de haber estado la culpable durante la paridera cuando tal castigo ha merecido.

Hay varias *cañadas* o *cordeles* señalados para los rebaños trashumantes y que no son más que otros tantos caminos destinados exclusivamente a este objeto. Cualquiera de ellos ofrece por los meses de abril y mayo escenas muy animadas y movimiento continuo. Una nube de polvo y el son de los cencerros, que desde muy lejos comienza a oírse, anuncian la llegada de las merinas y a poco rato suele presentarse el rabadán de los *moruecos* o carneros padres al frente de su rebaño, rodeado de sus mansos, que con el cebo del pan que de sus manos reciben apenas se apartan de él y en seguida desfila todo el rebaño con dos pastores a retaguardia acompañados de los perros. Pasan después, y siempre con el mismo orden, los rebaños de ovejas y, por último, las yeguas *faleras* o *hateras*, llamadas así por llevar los hatos y los utensilios de cocina, con sus potros que corretean a la orilla del camino, algún pastorcillo demasiado tierno para la fatiga del viaje sentado entre la carga y algunas res, por haberse desgraciado en la marcha, colgada. Aquellos hombres que con todos sus medios y riquezas se trasladan de una provincia a otra recuerdan involuntariamente la vida de los patriarcas o las tribus errantes que vagan de oasis en oasis en busca de pasto y de frescura.

Las paradas que por el camino se hacen sirven a un tiempo para descansar y comer y es de ver la prontitud con que aderezan sus rústicos platos, que de viaje suelen consistir en sopas por la mañana y migas canas por la noche. Durante él, además, suele pasarse una ración de vino, con la cual se sobrellevan sus fatigas con algo más de conformidad. Aunque no pocas cabañas hacen el esquila en Extremadura, otras varias ejecutan en el camino esta importante operación, en que, si los pastores no toman más parte que la de apartar las reses y presentarlas atadas al maleante esquilador, no por eso deja de alcanzarles una y no pequeña en las alegres y bulliciosas escenas que suelen acompañar a esta tarea. Con semejantes estímulos y, sobre todo, con el poderoso de llegar pronto a sus queridas montañas, se atraviesan con buen ánimo las áridas llanuras de la Mancha, donde ya sabe todo pastor que tiene que comprar las cintas de estambre fino para agasajar a su mujer, novia, hija o hermana so pena de pasar por un ruin sujeto y los no menos desabridos páramos

de campos. Aquí sufre otra sangría la bolsa del montañés, pues la compra de los pañuelos, las agujas y corderos o, como dicen las babianas, *gordones*, para atacar los justillos, es tan de ley al pasar por Rioseco de Medina, como la de las ligas en la Mancha. En Rueda, además, suelen proveerse de una gran bota, que, como más adelante veremos, no deja de hacer importante papel. Lástima es, por cierto, que las ovejas se desmanden de cuando en cuando y los guardas del campo anden tan listos en advertirle su mala crianza y tirar de los cordones de su bolsa, que a no ser por esto, pocos malos ratos aguarían el contento de la peregrinación.

Por fin, después de cuarenta y cinco días gastados en esquivar y caminar, cruza la cabaña los frescos contornos de León y, a muy poco, henos a nuestro pastor enfrente del campanario de su lugar. La Babia es un país triste y riguroso por invierno, porque ocupa la mesa de las montañas y las nieves y ventarrones duran allí mucho tiempo: pero a la época en que llegan los pastores, la escena ha cambiado enteramente, pues aunque la desnudez de sus colinas siempre lo entristece un poco, las praderas que verdeguean por sus llanuras, sus abundantes aguas, la alineación casi simétrica de sus montecillos cenicientos de roca caliza y los vapores que de sus húmedos campos levanta el sol del verano le dan un aspecto suave y vago, semejante al que distingue algunos paisajes del Norte. Estos atractivos son reales y verdaderos, pero, aunque de ellos careciese, el pastor siempre la amaría, porque la patria nunca deja de ser hermosa.

El mayoral, que por su oficio está obligado a adelantarse, sale al encuentro de la cabaña para señalarle los puertos (4) arrendados, y después de repartido el ganado y fabricado el chozo (si ya no vuelven a los mismos pastos), cada pastor tiene licencia por turno para pasar un par de días en su casa. Estos cuadros de interior son tan fáciles de comprender como difíciles de pintar; por eso y por ahorrar paciencia a nuestros lectores nos contentaremos con decir que después de los abrazos, apretones, preguntas y respuestas de costumbre, el marido sale en seguida a hacer la visita de ordenanza al señor cura, y la mujer a convidar a los parientes, deudos y amigo a *la bota del pastor*.

Esta bota es la misma que vimos llenar no hace mucho en

---

(4) Puertos llaman en Babia a las cumbres y laderas donde se apacenta el ganado.

Rueda de exquisito vino rancio y que, en compañía de buenas magras, ricos chorizos y excelentes morcillas, procedentes de Extremadura, sirve para una cena opípara, en que a fuerza de festejar la llegada del amo de casa y brindar por su bienvenida, suelen salir los convidados viendo más estrellas de las que hay en el firmamento. Esto sucede con los pastores padres de familia que pasados estos días de júbilo y ensanche vuelven a su vida ordinaria, como vuelven a su cauce los ríos salidos de madre. Por lo que hace a los *mozos* o solteros, esto, según suele decirse, ya es harina de otro costal, porque si no tienen festines y banquetes, para eso están las romerías que por entonces menudean y los galanteos y escapadas nocturnas, de resultas de las cuales la yegua del padre o del rabadán no suele engordar por mucho que pazca. Porque es de saber que no hay pastor que no se enamore, si no a la manera lamentable y quejumbrosa de los Salicios y Nemorosos, por lo menos para tener una mujer con quien vivir pacíficamente y criar hijos para el cielo, según dice el Catecismo. En suma, para solteros y casados la época de paz, de diversión y de holganza es la del fresco verano de aquellas sierras, porque, como los lobos no andan tan hambrientos, se puede aflojar algo en la solicitud de la guarda del rebaño y, por otro lado, cualquiera desavenencia que a propósito de pastos pueda suscitarse, fácil y amigablemente se compone entre gentes unidas por un origen común y ligadas en gran parte por lazos de amistad y parentesco.

Pero al cabo estos días buenos se acaban pronto, porque como dice un poeta contemporáneo:

Los tristes y los alegres  
al mismo paso caminan,

y con las primeras nubes del otoño comienzan a moverse los pastores para volver a sus invernaderos. La reunión del ganado y los preparativos de marcha se hacen con la misma actividad y concierto, pero con hartos menos alegría de la que presencian en ocasión análoga los campos de Guadiana. La noche antes de la marcha es forzoso hacer a los viajantes el obsequio del *queiso* (queso) para el camino, que consiste en juntarse en su casa las mozas y los mozos solteros y bailar en guisa de despedida las sueltas y graciosas danzas del país, en recompensa de lo cual reciben las montañesas las *ahuchas* (agujas) que vimos comprar en Rioseco. Por rara que parezca esta ceremonia y por mal que se avenga en la apariencia con ánimos realmente ape-

sadumbrados, no por eso deja de observarse religiosamente. Para el siguiente día ya está dispuesta la fiambra del pastor, que consiste en una gran provisión de cecina y jamón, cosa en que tienen tanto puntillo las babianas, que muchas de ellas consientes en pasar no pocas privaciones en el invierno, a trueque de que sus maridos lleven la correspondiente merienda. Por fin amanece y los pastores se ponen en camino, acompañados de sus mujeres, que por una de aquellas extrañas contradicciones del pobre corazón humano van ahora a despedirlos hasta una legua de distancia, cuando para recibirlos apenas salen de las cercas del pueblo y lloran y se afligen, sin medida ni proporción con la alegría que a su vista recibieron. Por fin, los últimos adioses, abrazos y encargos de mirar por la salud se truecan entre muchos ahogos y suspiros; las mujeres se vuelven hechas unas Magdalenas y los hombres, un poco más durillos de condición, aunque, al cabo, del mismo barro, después de un poco de camino andado a las calladas, comienzan por fin a entablar cualquier conversación y llegan últimamente a entrar en aquel bienaventurado temple de espíritu que tan poco desgasta el cuerpo y tantas primaveras le deja ver. Sin embargo, este viaje es la mayor de las fatigas de la vida trashumante, porque siempre sobreviven lluvias y mal tiempo; a veces salen de madre los arroyos y el ganado, espantado y temeroso, llega a ser más difícil de manejar. Así y todo, alguna pequeña regalía disfrutan en Castilla con los amos de las tierras en que *echan la noche* con sus rebaños y que por el beneficio que les reporta, suelen darles buena cena.

Una vez en Extremadura, tienen andado ya todo su círculo y de nuevo pueden dedicarse a sus ocupaciones un poco más sosegados y aumentar el caudal de conocimientos que poseen acerca de las enfermedades del ganado, de la calidad de las hierbas y de la prosperidad del ramo de riqueza que manejan. En esto son tan diestros y experimentados, que cualquiera de ellos entretiene a una persona instruida, hablándole de la fisonomía de las reses, que a sus ojos no es menos distinta que las de las personas, como vimos en la pradera; de la influencia que la atmósfera ejerce en la cría y en la calidad de la lana y de todo lo que atañe a su oficio. No menos notables son, bajo su aspecto moral, tanto por la buena hermandad que entre sí guardan cuanto por la subordinación y obediencia que observan con sus superiores y la regularidad y economía con que, salvo algún peccadillo venial, administran por su parte los intereses del amo. Este, por la suya, suele desempeñar más de una vez con ellos los oficios de padre y las relaciones que entre ambos median están ha-

sadas en el respeto y benevolencia mutua. Finalmente, el pastor trashumante, por su coformación física, por su vestido, por sus costumbres, por sus modales, es un tipo de los más antiguos que puede ofrecer la Península y aun quizá la Europa, porque su vida y ocupaciones se ligan con las primeras Edades del mundo.

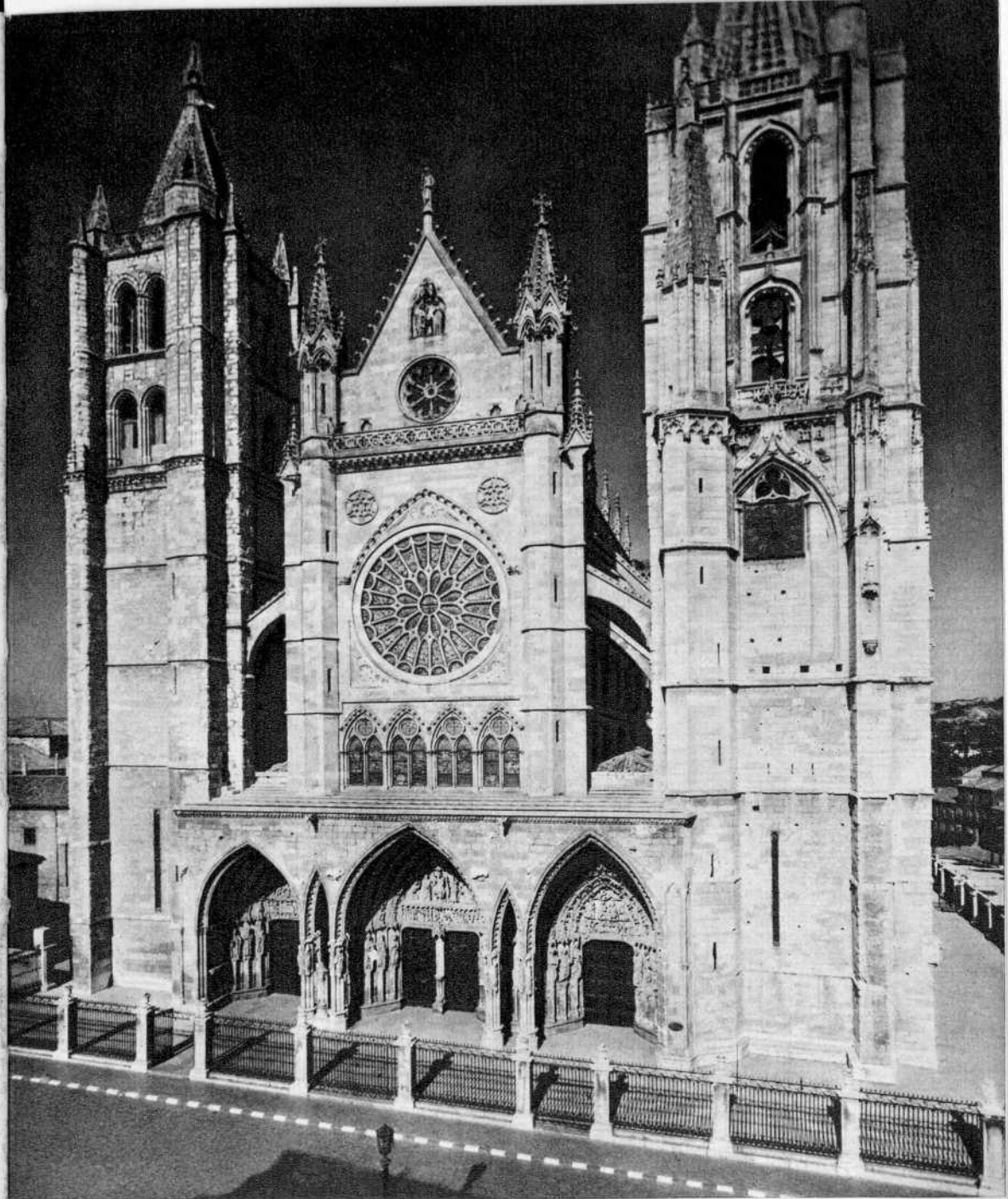
Y, sin embargo, no es imposible que nuestros nietos vean extinguirse esta reliquia de las Edades pasadas, porque si se ha de continuar en las herencias el sistema de subdivisión indefinida que en el día rige, a cada paso se diseminarán las cabañas y ni aun pastos acomodados se encontrarán entre caudales, que por un orden natural llegarán a desmigajarse completamente. No sabemos hasta qué punto traigan utilidad a la causa del país semejantes doctrinas, que por nuestra parte nunca miraremos como sociales, cuando, en último resultado, las vemos tender al individualismo y al aislamiento; pero, de todas maneras, nos alegramos de haber bosquejado (dado que nombre de bosquejo merezcan estos borrones) una figura que, si a toda España pertenece, con más derecho reclama por suya el país donde nacimos.

(Publicado en *Los españoles pintados por sí mismos*, Madrid, 1843.)

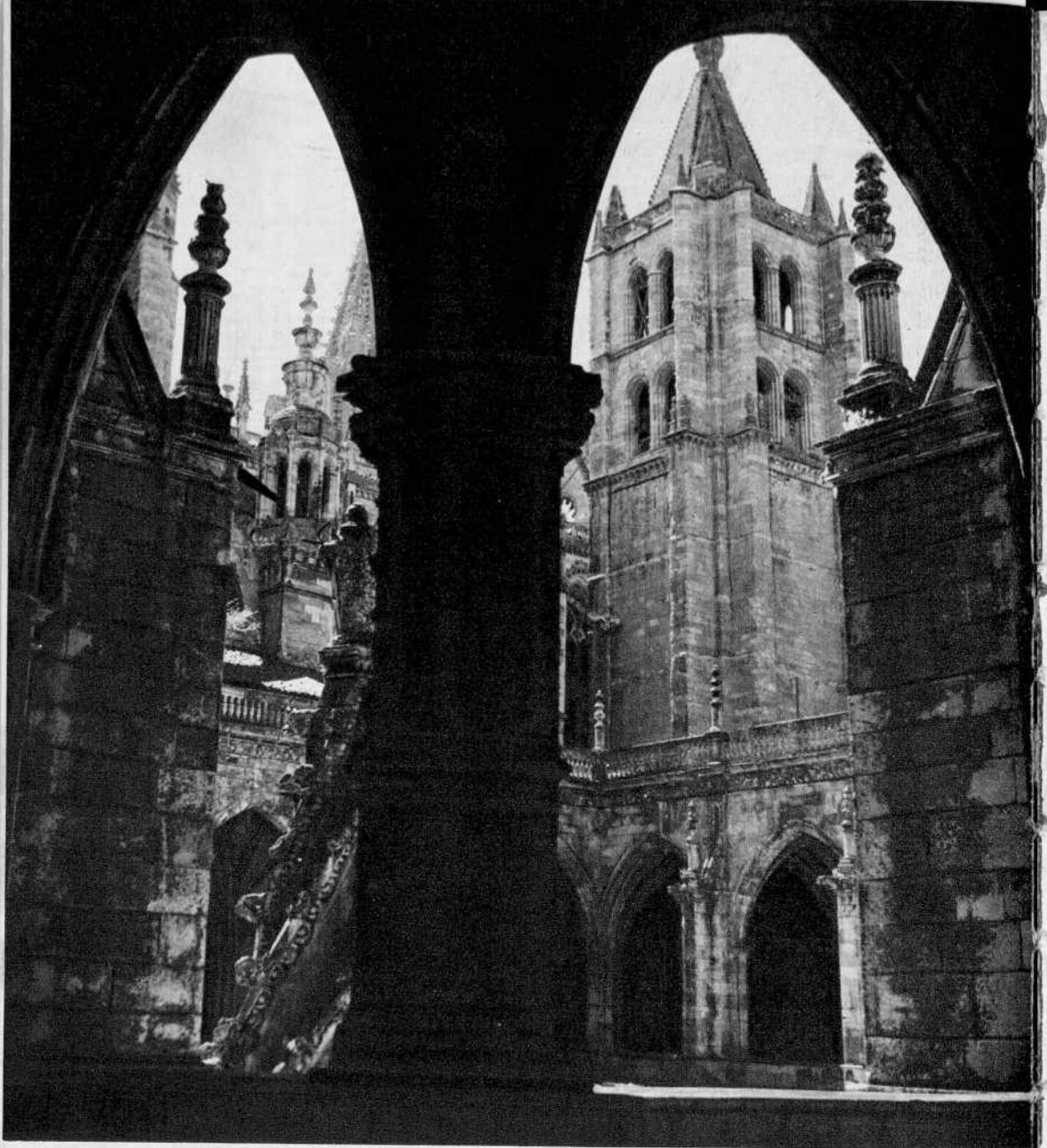
## EL SEGADOR

Los que hablan de la despoblación de España y se lamentan de los muchos páramos y eriales robados a la benéfica mano de la agricultura seguramente no han visitado, ni aun de paso, el antiguo reino de Galicia. Tan fértiles son las entrañas de esta tierra, tan fecundas sus hembras y tan parca y llevadera la vida, que los gallegos parece que nacen como el heno de los prados, o como las hojas de los árboles, según el número de habitantes que bullen y se agitan en las playas del Océano, orillas de sus rías deliciosas, y en las cumbres y valles de sus frescos y empinados montes. Una familia que en cualquier otra parte abrumaría cualquier casa medianamente acomodada, no pasa en Galicia de una cosa ordinaria y corriente, y son muchos, muchísimos, los hogares a cuyo alrededor se sientan con sus padres diez o doce robustos renuevos a comer la *conca* de caldo o leche *mazada* en las noches de invierno. Añádase a esto que las poblaciones se tocan unas a otras, y fácil será venir en conocimiento de que sin las frecuentes sangrías que sufre el país, con solo





LEON.  
Catedral.



LEON.  
Catedral. La torre desde el Claustro.

media docena de años que la gente se estancase, no cabrían de pie, como suele decirse.

Afortunadamente, Galicia provee al resto de España de gente que si no desempeña altos cargos en la república, no por eso deja de ser útil y aun necesaria en todo el mundo. De allí salen la mayor parte de los mozos de cordel que sostienen las esquinas de la capital, cuando no van con algún tercio sobre sus anchos y fornidos lomos; de allí, gran parte de los criados de almacén que se emplean en los comercios; de allí, porción no pequeña de tahoneros y gente de otros oficios que exigen asiduidad en el trabajo y fortaleza de fibra; y de allí, finalmente, una nube de trajineros y un enjambre de segadores en cuanto los extendidos campos de Castilla, Extremadura y la Mancha comienzan a coronarse con los dorados dones del verano.

En el gallego está vinculado, desde tiempo inmemorial, el trabajo de despojar a Castilla de sus mieses y enviarlas a la faena de la era, y como con cada cosecha vuelve irremediamente la misma tarea, esto es causa de que entre los diversos alivios y desahogos que proporciona la emigración a aquella tierra, ninguno sea tan perenne y al mismo tiempo más corto que el de la siega. Por abril y mayo sale el segador de su casa y en agosto y septiembre da la vuelta, al paso que los demás gallegos que a otras preocupaciones se dedican suelen salir por tiempo indeterminado y sólo vuelven a su país con su capital hecho. Sin embargo, la siega es el beneficio tal vez más positivo, aunque modesto, que semejante sistema acarrea a aquella comarca, porque son muchos los que de él participan y disfrutan. Con los tres meses que pasan viviendo sobre país ajeno y lo poco que a costa de su ímprobo trabajo se granjean, descargan su casa del peso de su mantenimiento y a la vuelta compran algunos artículos de vestir con que se cubren la mayor parte de sus necesidades.

Con el mes de mayo, según dejamos dicho, empieza el movimiento y los preparativos del viaje, si preparativos pueden llamarse los que caben en un saco y vienen a cuestras de su dueño para volver del mismo modo. Una hogaza de pan de centeno con algunos torreznos por entrañas, alguna camisa de estopilla y acaso tal cual otra prenda de vestuario dentro del consabido zurron de lienzo, y por fuera un mal sombrero portugués, chaqueta, pantalón y chaleco de la misma tela que la camisa y unos zuecos o zapatos con suela de madera componen el atavío de un gallego que va a la siega. Sin embargo, si el piadoso lector quiere darle la última pincelada, debe añadirle el garrote de que suspende su tasado equipaje, la hoz, símbolo de su oficio, y más

que todo, un aire desmazelado y flojo, con unas facciones en que no se sabe si es la humildad o la malicia la que predomina, y unos miembros en que bajo cierta languidez aparente se esconden fuerza y vigor no pequeños. Con todo, segadores hay que, un poco acomodados, suelen ayudarse en este viaje, ya por sí solos, ya entrando a la parte con sus compañeros, de algún objeto de comercio como son: lienzos, jamones o pescado seco, lo cual suele ir en alguna *haca galiciana*, descendiente por línea recta de las que por demasías de Rocinante dieron tal motivo de pesadumbre al Caballero de la Triste Figura; y que a su vez es también artículo de especulación. Los gallegos que van a Extremadura suelen introducirse en Portugal y los que se encaminan a las dos Castillas echan en derechura por el Bierzo. De éstos, los que por primera vez hacen el viaje, muchachuelos aún por lo común, se ven obligados por sus compañeros a echar una piedra más en el montón inmenso que tiene al de la Cruz de Fierro, punto culminante de la cordillera de Foncebadón y desde el cual a un tiempo se distinguen las peladas y espaciosas llanuras de Castilla por delante y los frescos valles y frondosas laderas del Bierzo que quedan a la espalda. Semejante uso, que, sin duda, viene de los peregrinos que en los siglos medios iban a visitar el sepulcro del Apóstol Santiago por el camino francés, se tiene por de buen agüero para el viaje.

No hay por qué nos detengamos a contar los incidentes de éste, porque no lo merecen, y démonos prisa por llegar con nuestras pobres gentes a los sitios donde tienen que meter su hoz en mies ajena, aunque no contra la voluntad de su dueño. Su primer cuidado es vender, si ya por el camino no lo han hecho, lo que para vender traían desde su tierra, y luego, con todo desembarazo y buen ánimo, entran de lleno en su penosa faena. En aquellas inmensas llanuras, donde no hay un árbol a cuya sombra refugiarse, ni un hilo de agua con que mojar los labios, es insoportable el calor en mitad del día; pero el segador, atento a dar pronto remate a su trabajo si ha ajustado por alto, y aguijoneado por el amo si siega a jornal, hace poco caso de los rayos del sol, y mientras con su hoz va abatiendo las mieses, otro inferior en clase y salario, así como también en años, las va recogiendo en gavillas para cargarlas en los carros y del campo llevarlas a la era.

Hay en El Escorial, en la habitación dicha de "las amas de cría", un tapiz cuyo cartón se atribuye a Goya, y que representa una francachela de segadores gallegos que han dado ya fin a su trabajo. A la derecha, uno de ellos, que por la estólida ale-

gria de su semblante, ropa descompuesta y calzones medio caídos descubre el estado de su cabeza, tiene en la mano una escudilla que un compañero está llenando de vino en medio de la risa de todos. Hacia el medio, una mujer de agraciado aspecto está dando la papilla a un niño que la mira con un gesto lloroso, difícil y regañón. A la izquierda, un viejo durmiendo la siesta en una pila de gavillas y unas yeguas trabadas andan espigando por el suelo, mientras por el fondo se extiende un campo segado, llano y monótono. Este tapiz, que como todos los de aquel eminente pintor descuellan por la chispa, verdad y excelente composición, es, exceptuando la mujer y el niño, una viva copia de la escena que ofrecen los segadores por conclusión de sus fatigas, siempre que por su buena dicha dan con un amo amigo de ver correr esta fuente de alegría sólo con dejar correr por su parte durante unos minutos la espita de una cuba. Esta es condición precisa, pues si le ha de costar el dinero, el segador sabrá abstenerse con sin igual fortaleza y ser parco como los mismos padres del yermo.

Por fin, tras de mucho afanar y mucho calor y sed y cansancio, saca el segador de su faena sus pantalones y chaqueta algo menos blanco, su cutis algo más tostado, su bolsillo algo más cargado, y, como es de presumir, el ánimo algo más cuidadoso con el amor de aquellos maravedís a tanta costa granjeados, y a los cuales tantas asechanzas aguardan hasta llegar en especie o en equivalencia a su patria de adopción. Porque, en efecto, con su riqueza empiezan en el ánimo del pobre gallego dos mil afanes y congojas, y toda precaución le parece poca para conducirla a puerto de salvación. Le hemos visto llegar a Castilla dos a dos y tres a tres como gente a quien su pobreza sirve de escudo, porque todo lo que entonces pudiera arrebatárseles de entre las manos, suele ser cosa de bulto y de poco valor además para tentar la codicia de los encargados de restablecer el equilibrio de las fortunas, como dice Schiller, o de los caballeros de Diana, según los apellida Shakespeare; pero a la vuelta, los aficionados a ver la cara del rey tienen ocasión de satisfacer sus inclinaciones, y esto cabalmente es lo que desea impedir el segador muy aficionado también por su parte a la numismática. De aquí el juntarse cuadrillas numerosas que muy a menudo suelen elegir por capataz una persona de experiencia muy ducha en la vida de los caminos: de aquí reducir siempre a oro o plata por lo menos su corto caudal: de aquí el desmigajarlo en seguida y repartirlo, ya en el mugriento sombrero, ya en los zapatos de tres puentes, ya sirviendo de hormilla a los botones,

ya entre el tamo de las esquinas del chaleco: y de aquí, finalmente, cuantas tretas, astucias y marrullerías pudieran ocurrirse al más hábil forjador de novelas.

Por fin, atados los cabos todos con tanta prolijidad, pónese en camino la cuadrilla y entonces es cuando el drama que se acerca a su desenlace llega a cobrar más interés. La tierra mala para nuestros hombres es, como pueden suponer nuestros lectores, la que media entre su punto de partida y las cordilleras de Foncebadón, es decir, los llamados extendidos de Castilla; en ellos, con efecto, a favor de lo abierto del terreno, pueden descubrir desde lejos un par de ladrones montados a la desarmada y tímida cuadrilla y desvalijarla impunemente. Al gallego no le ha cabido en suerte aquel valor presto y determinado que distingue a la mayor parte de las provincias de España, y, por otro lado, la humildad de los oficios que fuera de su país desempeñan y la condición dependiente en que por lo general viven, no contribuyen a desatar este doble germen; pero la poca resolución que generalmente le caracteriza, desmaya enteramente en tierra extraña. Así, pues, todo su afán es salvar los puertos, verse por lo menos en las orillas del Sil y del Burbia, vecinas ya de su patria. Con tan poderosos estímulos figúrese cualquiera si el segador llevará alas en los pies. Las marchas son, con efecto, forzadas de todas veras, y llegan a hacer una diligencia increíble. Este pavor y ansiedad continua producen a veces resultados repugnantes, pues ha sucedido que al cruzar un río han dejado ahogar a un compañero de miedo de llegar tarde a su *SOCARRO* y verse envueltos en procedimientos judiciales, y todos los días se observa que el que enferma por el camino queda abandonado a la caridad ajena. El único obsequio que le hacen sus camaradas es recogerle el dinero para entregarlo a su familia.

Lo peor del caso es que no por mucho madrugar amanece más temprano, y como los ladrones tienen todo el tiempo por suyo, pueden apostarse donde mejor les convenga o seguir la pista al pobre segador, hasta llegar al paraje más conveniente para aliviarle de su peso. Fácil es de imaginar el llanto, plegarias y gemidos que acompañan a semejantes lances, así como el poco provecho de que sirven los escondites y trazas ingeniosas de que se ha servido el pobre segador para guardar sus amados maravedís de aquellos ojos de lince y de aquellas manos tan ágiles y ejercitadas en buscarlos; pero lo que no es fácil de comprender es cómo veinte o treinta hombres se dejan robar de dos, aunque viniesen armados de punta en blanco como los caballeros de la Mesa Redonda. No hace mucho tiempo que una de estas desdi-

chadas cuadrillas entraba en un lugar mustia, desemblantada y cadavérica. Averiguado el caso resultó que dos solos ladrones eran los autores de la fechoría.

—Pero, hombres —les dijo un vecino—, ¿de dos pícaros nada más os habéis dejado maltratar?

—Ya vei, señor —respondieron ellos—, como veniamus solus, nus encogimus.

Por este hilo pueden sacar nuestros lectores el ovillo de la energía moral de estas pobres gentes, a quien nadie que no esté dejado de la mano de Dios es capaz de quitar el valor de un alfiler. Así es que este robo se tiene por de calidad más vil y ruin que todos los demás, y de Chafandín, que era en su tiempo el Robín Hoob o Diego Corrientes de Castilla, nunca se contó semejante cosa.

Afortunadamente, no siempre acontecen tales desventuras, y lo más común y ordinario es llegar nuestros segadores sanos y salvos, bien molidos y malandantes al puerto de Foncebádón. En cuanto pasan de La Bañeza, las cuadrillas hasta allí unidas y compactas comienzan a aflojarse y esparcirse, y los más cansados a rezagarse, de manera que el camino viene a ser una cuerda de gallegos. A la bajada del puerto y a la cabecera de la fresca encañada de Molina hay un santuario de Nuestra Señora de las Angustias, donde en agradecimiento del buen viaje solían dejar los segadores sus hoces y nosotros hemos visto infinidad de ellas amontonadas en el centro de la iglesia como muestra de su devoción. En el día ya son pocos los que cuelgan allí sus armas.

Aunque ahora encuentra ya el segador por el camino bastantes mercados en que dejar el fruto de su trabajo, sin embargo, por más vecina de su país y posesionada de más antiguo, suele ser la villa de Ponferrada el paradero de sus capitales. El mes de agosto es el más animado del año por el sinfín de gallegos que por allí cruzan y por la actividad del comercio, verdaderamente notable para un pueblo de tan poca importancia y apartado de camino real. Los soportales de la plaza se llenan de bancos y mostradores portátiles y altas perchas con clavos donde flotan infinidad de pañuelos de algodón y se extienden bayetas de diferentes colores junto con buen repuesto de sombreros portugueses o del reino, que son los artículos más del gusto del segador. En la mayor parte de Galicia gastan las mujeres dengues encarnados de bayeta y pañuelo de color a la cabeza, y de aquí dimana el gran consumo de estos géneros. De la bayeta de Manchester hay quien llega a la media grana y del algodón pasa a la seda, pero tan galán proceder raya en prodigalidad y encuen-

tra, por consiguiente, pocos imitadores entre esta económica gente.

El general más prudente y previsor no reconoce con más escrupulosidad el campo en que va a dar la batalla que el segador la tierra que ha de ser sepulcro de sus ochavos. Por fin, después de muchas idas y venidas, después de mucho mirar y remirar el género y cotejarlo en su imaginación con el del comercio vecino, se resuelve a dar el salto mortal y entra en ajuste. Del comerciante puede decirse con verdad que si buen dinero gana, buena paciencia le cuesta, porque contar todas las tretas, ardides y regateos de que se vale nuestro comprador para sacar su mercancía un cuarto y aun un ochavo más barata, sería cosa de nunca acabar. Por último, al cabo de infinitos dares y tomares, se cierra el trato y entonces es ver salir del forro del sombrero algún escudito de oro de veinte reales, unas cuantas pesetas de a cinco envueltas en trapito que dejan un rincón de la chaqueta, y alguna otra moneda prisionera con igual traza y estilo y de las cuales, aunque bien empleadas, no dejan de despedirse con pesadumbre.

Después de tan importante operación templada el paso el segador y hace con descanso el resto de su viaje; si ha comprado sombrero, con el nuevo por encima del viejo y con el resto de su mercado a la espalda dentro de su saco blanco. El desenlace de este drama es siempre tranquilo y sosegado como la vida doméstica en que van a perderse hasta otro año todas estas penalidades y zozobras, a la manera que un riachuelo turbulento se pierde en un lago apacible. Para muchos de los gallegos solteros este término suele ser el de nuestras comedias antiguas, es decir, una boda cuyas galas se compran con el dinero de la siega, y que con el tiempo viene a dar por fruto abundante número de otros nuevos segadores. Y supuesto que el que no tiene ya compañía se la busca por este camino, nuestros lectores no tomarán a mal privemos, o por mejor decir, libremos a nuestro héroe de la que hasta ahora con tanta puntualidad le hemos hecho en todas sus alegrías y sinsabores, deseándole en todo caso buena siega para el año que viene y pote colmado hasta entonces.

(Publicado en *Los españoles pintados por sí mismos*, Madrid, 1843.)



## SAN MARCOS DE LEÓN

Una de las huellas más profundas que las Ordenes militares de España han dejado tras de sí en su magnífica carrera es, sin duda, el convento de San Marcos que está en las afueras de la ciudad de León, asentado en medio de la frondosa y pintoresca vega del Bernesga, a la margen izquierda de este río, y perteneciente a los caballeros de Santiago: reliquia en verdad venerable y digno recuerdo de aquellos bizarros y cristianos paladines, cuyo corazón era el templo de cuantos sentimientos caballerescos, religiosos y patrióticos alumbraban aquellas tenebrosas y turbulentas Edades. Hoy que los caballeros han desaparecido y la soledad y el silencio son los únicos moradores de sus claustros, el corazón, sin embargo, se ennoblece y la memoria se espacia dulcemente en aquellos sitios donde tantas veces relincharon los trotones al partir en busca de las haces agarenas, y que tantas otras los vieron tornar victoriosos y ufanos con sus presas y despojos. La historia viva, simbólica y palpitante de nuestros siete siglos de combates con los sarracenos, en ninguna parte está delineada con tanto vigor y elocuencia como en los aporbillados paredones de las encomiendas, fortalezas y conventos de las Ordenes militares españolas. Allí el pundonor y desinterés de la caballería resplandece al lado de la humildad y disciplina religiosa; y aquel patriotismo enérgico y perseverante que sin cesar acosaba y acorralaba a los moros contra el Africa que nos los enviara, en ninguna parte pudiera encontrar más irrefragable testimonio que en estas santas hermandades, donde los hombres más ilustres venían a ofrecer el sacrificio de sus fueros e independencia en el altar de Dios y de su país.

Más de una vez hemos pasado divertidos en tales pensamientos e imaginaciones, por delante del convento de San Marcos, emporio de grandeza y poderío de la esclarecida Orden militar de Santiago, en cuyos anales ocupa un lugar a todas luces preeminente y distinguido. Y en verdad que es de una nobleza y lustre harto calificados el estar a tamaño altura entre las cosas de una Orden que desde el instante de su fundación solo cuenta memorables hechos y duraderos blasones.

En breves y sucintas palabras procuraremos trazar la historia de San Marcos. Por el tiempo de la confirmación de la Or-

den, los ricos hombres del reino de León habían fundado cerca de esta ciudad, en el camino francés, un hospital, el cual, según dice el libro de la regla y establecimientos de los caballeros de Santiago, había sido edificado por servicio de Dios y bien de las ánimas y por muchos peligros que acaecían en aquel lugar a los romeros cuando iban o venían de Santiago. En vista de esto, el obispo don Juan Albertino, que tenía a su cargo, en compañía de los canónigos de León, la administración de este hospital, se lo cedió al ilustre don Suero Rodríguez, uno de los primeros caballeros, a mediados del siglo XII, cuando la Orden no estaba todavía confirmada, con el intento de que los canónigos del Loyo que seguían la regla de San Agustín, y a los cuales, para mayor santidad y decoro se habían reunido los primeros caballeros, cuidasen del bien espiritual de los peregrinos, en tanto que los segundos proveían a su resguardo y seguridad. A mediados pues, del siglo XII, los caballeros de Santiago, junto con los canónigos del Loyo, entraron en posesión del citado hospital; pero las desavenencias que sobrevinieron de allí a poco con los reyes de León llegaron a tales términos, que hubo de lanzarles éste de sus tierras. Volvieron entonces los ojos al rey don Alfonso IX de Castilla, el cual, sobremanera contento de dar amparo en sus tierras a tan ínclitos varones, los recibió muy bien y les hizo merced, entre otras cosas, de Uclés, con la condición de que hiciesen allí cabeza de la Orden: visto lo cual, el prior de León, don Andrés, vino a establecerse en aquel pueblo con sus canónigos, y fabricó su iglesia y convento. Comoquiera, la falta de los freiles de tal modo hacía venir a menos el hospital de San Marcos, que los rico-hombres, sus fundadores, hicieron presente al rey su pérdida y ruina, y recabaron de él que mandase volver el establecimiento del prior y canónigos sobredichos. Envió, en efecto, don Andrés cuatro canónigos, a los cuales se agregaron freiles caballeros por parte y otros canónigos más, y después de varias intestinas disensiones con los canónigos de Uclés quedaron definitivamente establecidos, siendo su convento cabeza de la Orden en el reino de León, y Uclés cabeza de Castilla.

Esta, que desde entonces no hizo más que ensanchar con la punta de su acero el círculo de sus riquezas, lustre y prerrogativas, llegó en los siglos XIII, XIV y XV, a tan alto grado de esplendor, que las determinaciones de sus capítulos generales pesaban poderosamente en labalanza de los destinos de la nación. Tantos años se han pasado ya desde entonces, y tantos sucesos importantes han venido a borrar aquellos sucesos de la memoria, que no nos parece fuera de tiempo acortar las riendas a nuestra narra-

ción y bosquejar brevemente uno de aquellos *capítulos* donde se ventilaban asuntos de tamaño interés.

Según la regla, estaban obligados los caballeros a juntarse una vez en capítulo cada año; pero después de la reunión de los maestrazgos a la corona se celebraba capítulo cada tres años, no más. Eran, pues, llamados a capítulo con obligación rigurosa de asistir a él los priores, comendadores mayores, treces, enmiendas y comendadores y los demás freiles y caballeros, si bien a los últimos no se les exigía tan rigurosa asistencia. Llegado el tiempo fijado por la convocatoria, iban llegando los capitulares y la primera diligencia era la de comulgar y confesar el día antes del capítulo todos juntos. De esta suerte, preparados el maestre, y posteriormente el rey, con los priores del convento de Uclés y San Marcos de León y todos los comendadores y caballeros y freiles de la Orden convocados a capítulo, iban a la iglesia o monasterio señalado, donde el prior de la provincia en que se tenía el capítulo decía la misa del Espíritu Santo que estaban obligados a oír todas las personas de la Orden.

Acabada que era ésta, sentábase el maestre en una silla para ello aparejada en bajo y en medio de las gradas del altar mayor; en seguida, los priores, comendadores mayores y treces vestidos de capas de coro negras con sus birretes en la cabeza: luego, los demás comendadores, caballeros y freiles con sus mantos blancos cerrados por delante; y, por último, los freiles, clérigos con sus sobrepellices todos por orden de antigüedad. El prior, treces y comendadores mayores de la provincia donde se celebraba el capítulo se sentaban a la mano derecha del maestre y los demás a la izquierda.

Acomodados ya en sus respectivos asientos, llamábase al vicario de Mérida para que en uso de sus funciones de portero nato del capítulo echase de la iglesia todos los extraños, y, asimismo, al vicario de Tudia, notario también del capítulo, por establecimiento de la orden, para que pusiese por auto cuanto en él pasara.

Venían después algunas oraciones y ceremonias religiosas y la lectura de la regla, y el vicario de Tudia, a nombre del maestre o del rey, exhortaba a los caballeros a la puntual observancia de aquélla, y declaraba en alta voz los treceazgos vacos, a fin de que los trece viniesen a dar su voto para completar el número de los trece que debía estar completo.

A semejante arenga, y estando todo el capítulo en pie y descubierta, respondía el prior, después de la incorporación de los maestrazgos a la corona, recordando al rey los grandes beneficios que le había hecho la Orden y suplicándole el mayor cuidado y

diligencia por su lustre y buen estado. En seguida se procedía a la elección de los trece, y por aquel día se acababa el capítulo.

En el siguiente enderezaban todos sus pasos a la iglesia en el mismo orden, y después de dicha la misa de Nuestra Señora, que se debía encomendar al prior de Santiago de Sevilla, sentábanse todos en la misma posición que el día anterior y el vicario secretario exhortaba del maestro a todos los caballeros para que expusiesen sus quejas y agravios con el objeto de proveer a su reparación, y mandaba traer los libros de las visitaciones donde pudiera verse el estado de la orden en sus bienes y personas. Entregábanse los libros y el vicario los recogía; pedía en seguida licencia, en nombre también del maestro, para nombrar visitadores con consejeros de los trece comendadores mayores y enmiendas, y después de entendida por el notario la respuesta del capítulo cerrábase éste por aquel día. Llegaba por fin, el tercero y último, y restituidos todos a la iglesia en el mismo orden y con el mismo vestido, el prior que presidía decía la misa del Apóstol Santiago, que había de ser cantada de pontifical. Acabada la misa, andábase en procesión por los claustros de tal monasterio, revestido el prior como durante el santo sacrificio, yendo delante de la cruz de la procesión el pendón de Santiago, que había de llevar el comendador de Oreja como alferez de la Orden, y caminando a la derecha del maestro el comendador mayor de la provincia con el estoque en la diestra mano.

Vueltos que eran todos a la iglesia, nombraba el maestro dos freiles capellanes para que asentasen a todos los caballeros que hubiesen venido al capítulo. En seguida pedía al maestro poder para arreglar y gobernar las cosas de la Orden con el consejo de los dichos priores, comendadores mayores, treces y enmiendas, prometiendo de enderezarlo todo a su mayor honra y crecimiento, y después de otorgado daba el notario fe de ello.

Hecho esto, levantábanse los priores, treces y enmiendas para conferenciar sobre las personas de los visitadores, y una vez resueltos en ellos llevarlos a la aprobación del maestro, el cual, después de confirmados, mandaba publicar sus nombramientos. Con esto se soltaba el capítulo general y podían irse todos los concurrentes, si bien no antes de ser visitados; pero quedaba el segundo capítulo de los trece y demás dignidades para el examen de los libros de visitaciones y demás negocios de la Orden..

Algo prolija parecerá tal vez a no pocos de nuestros lectores semejante digresión; pero no ha estado en nuestra mano ser más breves en el incorrecto dibujo de estos tiempos gloriosos, más gloriosos quizá porque los cubren las nieblas de lo pasado.

Vengamos ya a la descripción del edificio de San Marcos, donde tantos capítulos se han reunido y tantas cosas notables han pasado.

Aunque según todos los datos y probabilidades el antiguo edificio en nada desdecía del esplendor de sus huéspedes, a tal estado de ruina y de deterioro había llegado en tiempo de don Fernando el Católico, que este rey hubo de ordenar su reedificación en 1514, si bien las más racionales conjeturas es de creer que la obra no se comenzó hasta más adelante. De todos modos, lo primero que se construyó fue la parte que corre desde la puerta principal a la iglesia. Perteneció este trozo a la arquitectura llamada media, que entró en lugar de la tudesca y precedió a la restauración de la grecorromana, y es rica, suntuosa y delicadísima en sus adornos. La parte de escultura entre ellos es extremada en su mérito y de primorosa y acabada ejecución, así en las medallas que corren a lo largo del zócalo donde estriba y se sustenta el primer cuerpo, como en las pilastras que comparten de arriba abajo la fachada con grotescos de graciosa invención y capricho, uno y otro labrados con el mayor gusto y conciencia. La razón que ha movido al erudito caballero, cuya carta ha publicado el señor Ponz en su *Viaje*, a fijar en una época más reciente la construcción de esta obra es, sin duda, de bastante fundamento, pues consiste en una inscripción escrita en dos tarjetas que forman parte de los adornos de la puerta principal y primera ventana, en que está señalado el año de 1537 y el nombre del prior don Hernando Villares, que lo era por los años de 1539.

La iglesia, grande, espaciosa y de sólida arquitectura, tiene muchas cosas y adornos pertenecientes todavía al gusto gótico. Consagróla el reverendísimo señor don Sebastián Ramírez de Fuenleal, obispo de León en el año de 1541. Una de las más notables obras que la enriquecen es la sillería del coro, monumento de los más acabados y perfectos que en este género de trabajo posee aquella época. Comenzóse en 1541 y acabóse en 1543, durante la prelatura del ya nombrado don Hernando Villares. Constaba de diferentes bajo relieves en los respaldos de las sillas compartidas por pilastras de grotescos con sus antepechos de correcto dibujo y esmeradísima ejecución. En una aspa de madera blanca, embutida sobre la escalerilla que conduce a las sillas altas, se lee esta inscripción: "Guillermus Doncel fecit: anno 1542". En la nueva restauración ha padecido muchísimo esta preciosa obra, y todo lo que se ha podido hacer en obsequio de su uniformidad ha sido ajustarse en lo posible a la antigua idea.

De todos modos, para no confundirla se ha puesto junto a la escalerilla de la epístola un letrero que dice: "Empezóse a renovar esta sillería en 1721 y se acabó en 1723".

Pasemos ya a la sacristía, gótica también, hasta cierto punto, en su construcción, y a la cual se dio remate por los años de 1552, siendo prior don Bernardino y arquitecto Juan de Badajoz, que por entonces lo era también de la iglesia de León. Esta circunstancia y la de la fábrica del claustro de benedictinos de San Zoilo de Carrión, igual en su arquitectura a San Marcos de León y hecho por el mismo Juan de Badajoz en el año de 1573, nos hacen creer que él y no otro es el autor de las bellas obras de arquitectura que dejamos mencionadas.

A los dos lados de la puerta principal de la iglesia y en la parte de afuera hay dos bajo relieves que representan la Crucifixión y el Descendimiento, obra de un tal Horoza uno de ellos, si bien en buena crítica ambos deben atribuírsele, porque, aunque el de la izquierda está mejor dibujado y concluido que el de la derecha, sin embargo, la invención, forma de dibujo y adornos de los dos son enteramente iguales. Estos nos incita a creer que todos los adornos de la fachada son suyos también, atendiendo a su primor y feliz idea.

Comoquiera, las riquezas de la casa no caminaban al par de tamañas fábricas, y era tanta la incomodidad y estrechez en que vivían los caballeros, que Felipe II los trasladó a la casa de La Calera, en Extremadura, y, posteriormente, a Mérida, de cuya fortaleza les hizo merced, y aun mandó fabricar allí un convento; pero al pasar por aquella ciudad camino de Portugal en 1580 se contentó tan poco de la obra, que la hizo parar, y en el año de 1602 tornaron los caballeros a la antigua casa de León.

Volviéronse, pues, a emprender las obras por espacio de treinta años abandonadas, y en 1615 se llevó a cumplido término la escalera principal y el tramo que está sobre el refectorio, y desde 1671 hasta 1679, siendo prior frey don García de San Pelayo, se dio cima a la fábrica del claustro con arreglo al bello plan del tiempo de don Hernando Villares. Y, por último, en 1711 se levantó el lienzo que da sobre el río, y la segunda mitad del edificio que corre hasta su orilla se edificó en 1718, arreglada en un todo a la primitiva planta: pero pobre, mezquina y fría en cuanto a galas de escultura, digno dechado de una época en que las artes yacían en lastimosa postración y abandono, y en que hasta olvidados parecían los nombres de Hernández, de Berruete, de Alonso Cano y de Becerra.

Entre las cosas notables que guarda este monasterio, una de

las que más llama la atención es el magnífico ejemplar de la famosa Biblia políglota del señor Arias Montano, canónigo de esta casa, con su dedicatoria a la misma en latín.

De intento hemos dejado para lo último el hablar de un sello enteramente especial que los sucesos imprimieron a este edificio en el reinado de Felipe IV. Durante la administración del conde-duque de Olivares fue encerrado estrechamente y tratado con el mayor rigor en una de sus celdas el inmortal don Francisco de Quevedo, uno de los talentos más privilegiados de aquella privilegiada época. Allí lo aprisionaron crudamente, so color, según unos, de un desacato cometido en haber hecho poner debajo de la servilleta del rey un papel satírico, anónimo, que se le atribuyó; según otros, por supuestas inteligencias con la casa de Braganza, y según todas las probabilidades, por intrigas y manejos de cortesanos. Todavía se enseña hoy la celda donde, según su misma confesión, se curaba y cauterizaba con sus propias manos dos heridas que tenía abiertas, desamparado como estaba de todo el mundo y sin cirujano que se las cuidase, a pesar de habersele encarcerado con la proximidad del río y humedad del país. Si no fuese por las dimensiones harto crecidas ya de este artículo, copiaríamos aquí el famoso memorial que desde aquella cárcel dirigió a su perseguidor, página elocuente de la elevación de sentimientos de un grande hombre, aun en medio de una desgracia y tribulación de tal suerte irremediables.

Tal es San Marcos de León. Su origen se liga con los tiempos esclarecidos y remotos de la Edad Media y con el esplendor de las Ordenes militares; la época de su renacimiento es también la época llamada del Renacimiento de las artes, y durante sus postreros resplandores los hombres lo supieron convertir en teatro de la ciencia y del genio malamente atropellados. Hoy se presenta a nosotros revestido de tan diversos atributos y su vista es un manantial fecundo de meditación y encontrados pensamientos.

(*Semanario Pintoresco Español*, 2.<sup>a</sup> serie, t. I, ent. 23, 9 de junio de 1839.)

## EL CASTILLO DE SIMANCAS Y DESCRIPCION DEL ARCHIVO GENERAL DEL REINO

A dos leguas de la ciudad de Valladolid y a la margen del río Pisuerga está asentada la villa de Simancas, muy antigua y conocida en nuestra historia. Nebrija encuentra en ella a *Sen-teica*, población de los celtíberos, llamada después por los romanos *Intercacia*, cabeza de los pueblos intercacienses y término de las provincias Tarraconense y Lusitania.

Comoquiera, poco nos detendríamos en estos pormenores, si el suceso que le dio el nombre que ahora tiene no fuese de aquellos que llaman la atención. Durante el oprobioso reinado de Mauregato en León siete doncellas de las ciento que este menguado daba a los moros en tributo, encerradas en el castillo de la villa, se mutilaron, cortándose la mano izquierda para mejor defender su honestidad; singular determinación, que según parece las libró de los desmanes de los bárbaros. Desde entonces comenzó a llamarse Siete-mancas y hoy corrompido el vocablo, se dice Simancas y en latín *Septimancae*.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que las armas de la villa parecen confirmar este suceso, porque se componen de un castillo de plata en campo azul con su torre en medio, fundado sobre un peñasco cercado de agua, teniendo dicho escudo por orla siete manos en campo de sangre y una estrella dorada sobre la cima de la torre o castillo.

Más adelante, el rey don Ramiro II la esclareció con los laureles ganados a los sarracenos en la célebre batalla que les dio el 6 de agosto de 934 en que fue grandísima la mortandad y carnicería hecha en los infieles.

Durante las turbulencias del reinado de don Enrique IV y en las guerras de las Comunidades permaneció siempre fiel a la Corona y pagó con grandes quebrantos y vejámenes su fidelidad.

Lo único notable que en el día ofrece es su castillo de piedra con foso, contrafoso, muralla, contramuralla y dos puentes levadizos mirando el uno a Oriente y el otro a Occidente y adornado de trecho en trecho con almenas que no dejan de darle gracia y realce.

Pertenecía esta fortaleza durante el siglo decimoquinto a los



almirantes de Castilla, cuyas armas todavía se conservan en las bóvedas de la capilla; pero por este tiempo los Reyes Católicos la incorporaron a la Corona, dando a sus dueños en remuneración cierta cantidad de maravedís de juro.

Hasta los tiempos de su heroico nieto Carlos V permaneció como prisión de Estado, pero éste mandó habilitar en él el Archivo General de la Corona de España, depositando allí los papeles antiguos de Gobierno, que andaban diseminados por Segovia, Medina del Campo, Valladolid, Salamanca y otros puntos de la Monarquía. Fue nombrado archivero el licenciado Catalán, relator del Consejo Real, por despacho dotado en Maestrich el año de 1541.

El rey don Felipe II, émulo de las glorias y altos pensamientos de su padre, ensanchó el archivo por las trazas del célebre arquitecto Juan de Herrera, encargando la ejecución a un tal Salamanca y a sus discípulos Mora y Maznecos. En tiempo de Felipe III continuaron las obras y un tal Praves era el arquitecto que entendía en ellas; pero aunque más tarde se volvieron a emprender y se llevaron algunas a cabo, no se saben las épocas. La planta o diseño del mismo Herrera pereció durante la invasión francesa en la guerra de la Independencia con otros papeles de algún interés; lástima grande, por cierto, porque merced a la habilidad arquitectónica de tales maestros, se pudo dar una figura noble y bastante regular al castillo, aprovechando gran parte de la fábrica primitiva.

El servicio de la oficina ha estado desde su origen a cargo de un secretario archivero, cuatro oficiales y un portero, todos con reales despachos y plazas juramentadas. Dedicanse bajo la dirección del primero al despacho de los negocios de oficio y parte que ocurren, pero cuando no hay ocupaciones de esta naturaleza empléanse en la formación de los índices de aquellos negociados cuya conclusión se mira como obra de romanos por su extensión dilatadísima. Sólo con permiso superior pueden darse certificaciones a los particulares que las necesiten, según sus reglamentos, y de ningún modo es permitido el extraer los originales, a no ser que los pida el Gobierno, pero se facilitan a las academias, literatos y otras personas las noticias que apetecen sin que sea lícito a nadie el manejo de los documentos a no mediar real orden al efecto. Como la oficina se abre indispensablemente todos los días del año, a excepción de los festivos y vacaciones, el portero está encargado de enseñar lo material del edificio, previa la licencia del jefe, a las personas que van a Simancas con este objeto.

Pasando el puente y puerta principal que da entrada al archivo por la parte del Poniente se encuentra una pequeña galería o soportal armado sobre cuatro arcos de piedra con sus columnas cuadradas, elegantemente contruidos, los que forman una ligera fachadita de tres balcones de antepecho: pensamiento, sin duda, del mismo Herrera, así por su belleza como por la feliz idea de unir la obra nueva con la antigua en términos que en nada la desfigura. De aquí, por unas fuertes y toscas rejas de hierro, malisimamente ejecutadas y que podrán ser muy bien las primitivas del castillo, se pasa a un zaguán o poterna antiguo, por el cual, después de dejar unas puertas de madera también antiguas, que indican haber estado forradas de cuero, se entra por un pasillo al patio principal, que es grande y casi cuadrado: pero antes de salir a éste se halla otra galería mucho mayor que la primera, si bien no de tan perfecto gusto, sostenida por arcos y columnas de piedra cuadradas. Desde este mismo patio, por una puerta pequeña que está a la izquierda se sale atravesando la ronda a otra principal con su puente que conduce a la fuente llamada del Rey, traída a aquel sitio por Felipe II para que pudiera servir en tiempo de obras y de algún incendio imprevisto.

A la derecha de la puerta anterior están las salas primera, segunda y tercera de Estado que contienen los papeles de la misma secretaría y los de las denominadas Provinciales de Nápoles, Sicilia, Milán, Flandes, Portugal, etc., del tiempo en que pertenecieron a la Corona española. Las indicadas tres piezas, destinadas en la actualidad para el despacho de la oficina, están contruidas con todo gusto, tienen la estantería fabricada en el macizo de la pared; las bóvedas y cornisas son del mejor orden arquitectónico y todo ello forma un conjunto armonioso que gusta más cuanto más se examina. El suelo es entarimado para evitar la humedad de que en general adolecen las habitaciones de los entresuelos y de este modo puede estarse con alguna comodidad en ellas, especialmente en el invierno, en que están prohibidos los braseros por los estatutos.

Saliendo de estas piezas se pasa en seguida a la que fue en lo antiguo escritorio (hoy entrada al Registro General del Sello), porque en ella estuvo, en efecto, antes el despacho. Su figura es cuadrada y en los costados de la pared hay tres nichos como par estatuas saliéndose de allí, por una puerta de hierro y otra de madera muy bien hechas, a la ronda de la muralla que cae a la parte del Mediodía. En ella está armado un gracioso corredor



LEON.  
Catedral. Rosetón sobre la puerta sur.



LEON.  
Pórtico de San Isidoro.

de madera con alacenas que contienen los papeles de las visitas de los tribunales de Nápoles, Sicilia, Milán y otras.

La sala primera del Registro General es cuadrada, con armazón de madera alto y bajo bien entallado, como lo anterior, y en sus alacenas están colocados los papeles de esta clase, desde el año de 1571 al de 1605 que los franceses tiraron por el suelo, dislocándolos y mezclándolos unos con otros, como sucedió con todos los demás del archivo. El techo es de bovedillas y sólo dan luz a la pieza dos ventanales con excelentes rejas.

La siguiente, también de Registro General, a la que se entra dejando un pasillo con cielo de bovedillas, en cuyas maderas se ven puestos algunos clavos romanos antiguos, o sea, del tiempo de la reforma del archivo, es grande y armada por el estilo que la anterior, con bastantes luces, si bien las estorba algo la muralla un poco inmediata. Sus papeles empiezan en 1475 y llegan hasta 1570.

A la salida de esta pieza, por el pasillo indicado se entra en un cubo de los cuatro que tiene el edificio llamado de Libros Generales de Relación, etc., cuyos negocios corrían en lo antiguo por la secretaría de Cámara. Su figura es redonda con andenes para los libros, la pared muy gruesa, la bóveda antigua, el suelo de yeso y da entrada a la escasa luz que tiene una reja pequeña y de mal gusto; así es que más que otra cosa parece este recinto una de las prisiones destinadas para reos de Estado de los que en algunas ocasiones fueron conducidos a la fortaleza.

Después del cubo referido se halla a la izquierda una escalera interior de piedra, construida con el mayor acierto por la que, después de haber subido dos cómodos ramales, se encuentra otro pasillo igual en un todo al primero, que da entrada por uno y otro lado a los corredores de las salas del Registro General y del de las visitas de los estados de Italia ya dichos, cuyos papeles alcanzan hasta el año de 1689.

A muy pocos escalones que es preciso subir desde el pasillo de los corredores, se encuentra el Rotundín, llamado Patronato Real antiguo, pieza preciosísima por su bella construcción y antigüedad y por haberse depositado en ella con el mayor esmero y custodia en tiempo del rey don Felipe II los papeles de más remota fecha y pertenecientes a los derechos de la Corona y allí en arcas y cajones curiosísimos de ricas maderas y primoroso herraje las leyes y pragmáticas, cortes, pleitos-homenajes y juramentos de fidelidad; el becerro de las Behetrias, muchas mercedes antiguas, testamentos de reyes, capitulaciones matrimoniales, derechos a Nápoles y otras Coronas, transacciones y ajus-

tes con moros y caballeros de Castilla y las relaciones diplomáticas más antiguas con las potencias extranjeras; varias fundaciones, entre ellas la de San Lorenzo el Real y muchos papeles pertenecientes al Patrimonio Real Eclesiástico, a Concilios y otras materias canónicas a los maestrazgos de las Ordenes militares, bulas de cruzada, subsidio y, en fin, otros documentos ricos y de mucha consideración e importancia. Todos ellos fueron extraídos del archivo por M. Guiter y conducidos a París en sus áreas por orden del emperador. Lo mismo aquí que en otras salas todo se violentó y atropelló; desquiciáronse puertas, rompiéronse alacenas y allanáronse en tales términos éste y algún otro aposento, que sólo las garduñas y lechuzas le escogieron para guarida durante algún tiempo.

De aquí, subiendo algunos tramos por la misma escalera, se halla otro pasillo, por cuya derecha se entra en una sala grande, llamada secretaría de Hacienda, con alacenas bajas y corredor, todo construido por el mismo orden que las del Registro. Los papeles de las alacenas bajas pertenecen a la ya dicha secretaría de Hacienda, a la de Millones y media anata, los del corredor a la Contaduría del suelo, más antigua. El techo es de bovedillas y el pavimento de ladrillo, con luces más claras que las de las piezas precedentes.

Pásase en seguida a la Escribanía Mayor de Rentas, que sirvió mucho tiempo de cuerpo de guardia a los franceses y de donde el mencionado M. Guiter sacó los libros de mercedes antiguas para conducirlos a París con la correspondencia diplomática. La armadura está hecha por el mismo orden y estilo que las anteriores y los papeles de su corredor pertenecen a contadores antiguos. El techo es de bovedillas y el pavimento de baldosa pequeña raspada para darle asiento y unión que no puede mejorarse. A la parte del Mediodía tiene un pequeño balcón voladizo, al que se sale por una puerta de hierro de sencilla pero excelente construcción, siendo de admirar el lienzo de esta parte por la unión de la obra vieja con la nueva.

Continuando la escalera interior se sube por ella al tercero y último piso y al finalizarla a su derecha, se encuentra el cubo de Obras y Bosques, que fue la pieza primitiva donde se pusieron los papeles que pudieron recogerse. Toda está armada con alacenas altas y bajas y su excelente bóveda tiene en el centro las armas de la Casa de Austria. Se percibe aún una cornisita o friso al remate de las alacenas del corredor, que parece indudablemente de Berruguete.

A la derecha se encuentra la Cámara de Castilla, donde se

custodian los papeles tocantes a las dos secretarías de este Consejo y Tribunal Supremo desde el tiempo de los señores Reyes Católicos. De aquí se extrajeron para Francia varios legajos de hidalguía. La pieza es larga y clara, con andenes de yeso, piso y techo de los mismos y a su entrada hay un balcón que domina bastante al Oriente.

Hállase en seguida otra pieza con los andenes, suelo y techo como la anterior, donde estuvieron colocados los papeles de las secretarías de Indias trasladados a la Casa de Contratación de Sevilla para formar el archivo llamado de Indias. Posteriormente, se han colocado en ella varios legajos de pleitos finalizados en el Consejo Real y otros libros de la Contaduría del Suelo.

A continuación está la sala que se llama Barras de Hierro, por ciertos barrones que parecen puestos para ligar y sujetar la pared y bóveda. Hoy se titula de Pesquisas y Averiguaciones y contiene muchos documentos importantes de Hacienda. Los andenes y el suelo son iguales a los de las piezas anteriores.

Al remate hay otra sala ovalada llamada el cubo de los Balcones, con los papeles del Patronato Eclesiástico. La figura es un octágono con andenes de yeso y suelo igual. Tiene en el centro tres hermosísimos balcones voladizos, cuya vista es, sin duda, sorprendente, porque se percibe sin dificultad desde ellos toda la amena campiña de Valladolid poblada desde la salida del puente de la vida de arbolado, viñedo y graciosas casas de campo. Divísanse también desde allí las sierras de Segovia, Guadarrama y las de Avila, a pesar de la gran distancia a que están y, por último, también desde aquí se nota el punto de confluencia de los ríos Duero y Pisuerga, que mezclan sus masas cristalinas a la inmediación de la Cartuja de Aniago, sitio deleitoso en primavera. Sin embargo, aconsejamos al que tan delicioso paisaje haya de disfrutar que no vuelva su vista a la triste población de la Villa, porque no puede darse desencanto mayor y por fuerza hay que separar de allí los ojos en busca de las bellezas del cielo y de los campos.

Después se pasa a las salas séptima y octava de Hacienda, que están al mismo piso. En la mayor de ellas, que es la octava, prendieron fuego al tejado los soldados franceses de la guarnición y a pesar de la prontitud con que se acudió a cortarlo no dejaron de perecer muchos papeles y estropearse otros, como es consiguiente en lances de esta naturaleza. Los estantes, suelo y techo todo es de yeso.

En seguida, bajando por otra escalera interior de piedra no menos bien entendida y ejecutada que la anterior, desde el se-

gundo ramal por dos o tres escalones que hay a la derecha se descende a un cuarto obscuro, o sea, pasadizo; de éste se pasa a otra sala bastante larga, a continuación y a la izquierda se halla otro cuarto bastante capaz, aunque escaso de luz, y a su salida y a la misma mano subiendo dos escalones se encuentra otra pieza grande dividida por medio. Esta y las anteriores están armadas con andenes de yeso y componen, entre todas, las salas quinta y sexta de Hacienda. Los suelos son de yeso y el techo de bovedilias.

Más adentro de la última de las salas precedentes está el cubo de la Corona de Aragón, de bastante local, con una bóveda de gran solidez, estantes de yeso y suelo de ladrillo, donde hay papeles pertenecientes al título de su denominación y de las secretarías de Aragón, Valencia, Cataluña, Mallorca, Menorca, Ibiza y Cerdeña, que también fueron conducidos a Francia en su mayor parte.

Retrocediendo de las piezas indicadas, después de subir los mismos escalones, a su frente hay otro cubo cuadrado por dentro, donde antiguamente estuvo la oficina de la Pagaduría de obras y dependientes del archivo. En la actualidad tiene estantería de yeso y suelo de lo mismo y está ocupado con papeles de la Contaduría mayor.

Partiendo de este tránsito, al finalizar la escalera se pasa a una pieza grande, sin andenes de estantería, con excelente bóveda, cornisa y suelo de jaspe, que da entrada a otra de igual extensión por medio de una portadita trazada con todo gusto, sobre la cual está el escudo grande de las armas reales abierto en piedra berroqueña con prolijo esmero.

Esta sala, que es la cuarta de Estado, es propiamente regia por su construcción en dos bóvedas, cornisas y pavimento de jaspe de colores. Dos grandes ventanas con rejas bien hechas, que miran al Mediodía, la bañan de luz y de sol y los estantes fabricados en el macizo de la pared en nada la desfiguran.

Pásase a continuación a la sala quinta de Estado, que es un cubo ochavado construido por el mismo orden y estilo que la pieza anterior y en ambas se conserva la correspondencia diplomática con las cortes extranjerías, conducida a París al principio de la guerra de la Independencia y devuelta después con las que contienen la segunda y tercera sala de este título. Los de la primera no pudieron ser llevados, porque se trasladaron desde Madrid al archivo en 1816. Alcanzan hasta la muerte de Carlos III.

De todos los papeles conducidos a París fueron devueltos la



mayor parte en 1816, excepto la correspondencia diplomática íntegra con aquella corte y otros interesantes instrumentos extraídos de diferentes negociados, cuya remisión no ha conseguido el Gobierno a pesar de las reiteradas instancias hechas al intento en diversas ocasiones.

Desde las salas de Estado altas y su recibimiento se pasa por la derecha a la escalera principal del edificio, toda de piedra perfectamente labrada y obra maestra en el arte arquitectónico. Toda ella es espaciosa y clara y está dividida en tres cómodos ramales.

A la izquierda de la galería del patio hay otra escalera principal, toda de piedra también y excelentemente trabajada, trazada en tramos bastante cómodos, concluida la cual se presenta otro tránsito como el primero, pero sin arcos, si bien con grandes ventanas de antepecho. A la derecha está la capilla que sirvió a la fortaleza, bastante antigua, porque los adornos de las bóvedas son del estilo arabesco y entre las fajas o cintas del techo se divisan algunas letras. El retablo que representa la Adoración del Señor es de mano regular.

Saliendo de la capilla, a la izquierda de la escalera hay una puerta grande de dos hojas que da entrada a la vivienda que tuvieron los secretarios del archivo en algún tiempo; pero escaseando el local por las últimas remesas de papeles, en 1826 fue preciso habilitarla dividiéndola en ocho salas bastante capaces. En las primeras seis se colocaron los papeles de la secretaría de Guerra y en las dos restantes los de Gracia y Justicia. La estantería, suelos, puertas, ventanas y vidrieras todo es nuevo.

Es ya muy escaso el local que falta habilitarse en el edificio para llenarlo todo de papeles, pues verificada la obra del último presupuesto hecho en el año de 1830, no podrán colocarse otros que los que hay aún en Madrid en las oficinas dependientes del Gobierno hasta acabar el siglo anterior. El ampliar el archivo, como estaba premeditado en tiempo del señor don Carlos III, con otro nuevo edificio, a cuyo objeto se mandaron ir juntando algunos materiales en aquella época, es ya dificultosísimo y, por lo mismo, tendrá el Gobierno que pensar en ello con alguna anticipación.

Otras razones hay más poderosas, si cabe, en el orden moral para el mantenimiento y conservación de este depósito venerando de nuestras glorias y grandezas, pues, aunque reducidas a tan breve espacio y compendio, sobrado alta y clara es la voz en que hablan a cualquier corazón generoso y verdaderamente español. Su importancia histórica, por otra parte, es grande a todas lu-

ces por las escenas diversas que han pasado en el recinto de sus murallas y la prisión de los comuneros vencidos en Villalar y el tormento y muerte del obispo Acuña a manos del feroz alcalde Ronquillo, componen un drama de extensas dimensiones y de vivísimo interés. Nunca estará de sobra, en verdad, el cuidado y la diligencia, cuando se trata de conservar estos monumentos famosos, páginas las más elocuentes de la historia de los pueblos.

Los trabajos, erudición y método del archivero don Tomás González, que en 1815 vino a reparar todos los desórdenes y trastornos causados por la guerra, tuvieron el resultado aventajado y meritorio que era de esperar de sus luces y laboriosidad. El servicio que entonces prestó a su país fue grande de todas veras y nos alegramos por nuestra parte de poder ofrecerle en esta ocasión nuestra buena memoria y sincero agradecimiento.

Por vía de apéndice insertamos a continuación las inscripciones y leyendas que hay en diversas partes del Archivo.

#### APENDICE

##### INSCRIPCIONES Y LEYENDAS QUE CON REAL ORDEN SE HAN PUESTO EN EL REAL ARCHIVO DE SIMANCAS.

Sobre la puerta de la entrada principal del archivo, que está en el patio, en un elegante cuerpo de arquitectura fingido, se ve escrito con letras de oro:

1.<sup>a</sup> *Ferdinandus. VII P. E. P. P. magnum. Castellae. Chartophilicium. injuria. temporum. Saevaque. in. Gallos. Belli. Clade. Pene. evulsum. infl novum. traxit. nitorem.*

Encima de las puertas de bronce que hizo Berruguete para el archivo de los testamentos de los reyes en el Rotundín, llamado Patronato Real Antiguo, en una lápida de buen gusto se escribió en letras de oro:

2.<sup>a</sup> *Vetustissimi, codice. Regii. Patronatus. hic. a Caroli. V. temporibus. custoditi. Gallorum. irruptione. Lutetiam. deportati. fuerunt. MDCCCXI. Ferdinandus. VII. paterna. sollicitudine. restituit. anno. MDCCCXVI.*

A la subida de la escalera principal, en una tarjeta de elegante composición y adorno, se lee la siguiente inscripción:

3.<sup>a</sup> *Ferdinando. VII Felici. Augusto. Una. Cum. Egregia. Conyuge. Josepha. Amalia. Reginun. Tabularium. Invisenti. X. Kalendas. Augusti. Anno. MDCCCXXVIII.*

En la mampara de la sala cuarta de Estado se lee:

4.<sup>a</sup> *Sacramentum Regis abscondere bonum est.*

(*Semanario Pintoresco Español*, 2.<sup>a</sup> serie, t. I, ent. 38, págs. 298-301, 22 de septiembre de 1839.)

## UNA VISITA A EL ESCORIAL

Mucho tiempo hace que ardía en deseos de visitar El Escorial, sin que las circunstancias particulares de mi vida me hubiesen permitido contentar esta natural curiosidad, que todos mis pensamientos y estudios contribuían a avivar y encender. No era una vana recreación de los sentimientos, ni el ansia de respirar aires más frescos y benéficos que los abrasados de la capital, la que sin cesar me hacía volver la vista a las faldas del vecino Guadarrama; el pasto de la imaginación y del entendimiento, junto con los ecos del corazón, era lo que yo buscaba en aquellos sitios y monumentos, testigos elocuentes, aunque mudo y en el día desamparados, de aquellos tiempos en que el poder, la sabiduría y el valor eran el carro de triunfo en que el nombre español paseaba los ámbitos del mundo.

En aquel emporio del arte esperaba encontrar la expresión viva y animada de nuestra nacionalidad a fines del siglo XVI y algún reflejo del sol de la Monarquía que entonces brillaba en mitad de los cielos y que tan rápidamente se avecinaba al ocaso.

Ocupado en estos pensamientos me encaminaba este año a El Escorial y no acertaré a decir si fue más de alegría que de tristeza la impresión que recibí, cuando desde las áridas cuestas de Galapagar vi dibujarse, sobre el fondo pelado y pardusco de las montañas, las torres

y el ventanaje del soberbio lienzo  
del templo augusto que ofreció famoso  
Filipo en San Quintín a San Lorenzo.

Verdad es que se me cumplía uno de mis votos más ardientes: pero, ¿en qué estado iba a encontrar ésta que si no puede llamarse la octava maravilla, con razón se cuenta entre las maravillas del mundo y puede apellidarse uno de los milagros del ingenio humano? No hace muchos años que un poeta ilustre decía de ella:

Que en destinos contrarios  
es palacio magnífico a los reyes,  
y albergue penitente a solitarios;

pero los solitarios ya no lo habitan y hace tiempo que la planta de los reyes no atraviesa sus umbrales.

Desde luego, cautivó mi atención la perfecta armonía que guardaba la casa de los cenobitas con los lugares en que tenía su asiento y con el objeto de su instituto. Situada a media altura de la desnuda y difícil montaña y dominando como señora los frescos vergeles de la Herrería y de la Fresneda, estaba en la actitud de un hombre que, decidido a levantar su espíritu a las regiones de la meditación y del sentimiento, se despide de los huertos deliciosos de la llanura y a la mitad de su penoso camino se para a cobrar aliento para mejor trepar a la montaña áspera de la abnegación propia. Ya sabía yo que la elección de sitio había sido objeto de la más viva solicitud del fundador y que sólo después de muy maduras deliberaciones habían merecido su aprobación las colinas que dominaban la entonces miserable aldea de El Escorial: pero tan acertado acuerdo comenzaba a poner de bulto ante mis ojos su alto espíritu y rara capacidad.

Mi primer cuidado al apearme fue lanzarme en busca de la entrada y fachada principal del monasterio. Deseaba juzgar por mí mismo, en cuanto mis escasos conocimientos alcanzasen, si eran fundados los cargos que había oído hacerle sobre la mezquindad que resulta de las medias cañas o columnas empotradas, del numeroso ventanaje y de la desnudez general y excesiva. Ajeno casi por entero a los conocimientos profundos que sirven de base al arte difícil de la arquitectura, poco peso debe tener mi opinión en tan arduas materias; pero los que de esta sencillez y severidad levantan un cargo al edificio me parece que se olvidan de la significación y filosofía del arte. Si la conformidad con el objeto es la primera ley de todo el edificio, fuerza les será convenir que el aire grave y modesto del conjunto era lo único que podía decir bien con la austeridad y recogimiento monacal y con el carácter del fundador. En vez del palacio de los poderosos reyes de España vean el monasterio de San Jerónimo y seguro es que su opinión se modificará.

De todos modos, y cualquiera que sea la impresión que resulte de la fachada, el soberbio patio de los Reyes es digno preliminar de la suntuosidad de la iglesia y de las demás riquezas arquitectónicas y de todas clases de la fábrica. La trabazón, ajuste y buena correspondencia de que resulta gran hermosura, a pesar de que ningún mérito especial tiene la arquitectura que forma los lienzos del Norte, Poniente y Mediodía; las seis magníficas estatuas colosales de otros tantos reyes del Antiguo Testamento y las dos gallardas y elegantes torres, forman un conjunto de todas veras sorprendente.

La iglesia era el principal objeto de la obra de Felipe II, así porque con ella cumplía el voto o promesa hecha a San Lorenzo el día de la victoria de San Quintín, como porque pensaba que sirviese de panteón regio estrenándola con el entierro y traslación del cuerpo de su augusto padre, que en su testamento le había dejado encomendada la elección del lugar de su eterno descanso. Así es que, como advierte muy bien el padre Sigüenza (1), a ella van a parar como a un centro común y están subordinadas todas las líneas y partes del inmenso edificio con tan exquisita armonía y tan completa unidad, que desde luego se conoce el particular amor y esmero del fundador y de los arquitectos. No ha sido ni es mi ánimo detenerme en la relación de sus partes y adornos de todos géneros, porque esto, además de prolijo y poco necesario, habiendo tantas relaciones precedentes, extendería demasíadamente los límites de este artículo; pero me parece digno de advertirse que en esté templo, que anonada con su grandeza, y debajo de su soberbia cúpula, es donde se concibe la inmensidad de la obra que emprendió y prosiguió con ejemplar constancia por espacio de treinta y ocho años uno de nuestros mayores monarcas.

Animado debía de ser el cuadro, no ya las cercanías de El Escorial únicamente, donde tantos millares de hombres y de bestias sin cesar iban y venían con tan maravilloso orden y concierto como pudieran las abejas en una colmena, sino también otros puntos más distantes en que nacionales y extranjeros trabajaban de consuno para dar cumplido remate a tan atrevida empresa. En las canteras de jaspe, vecinas a El Burgo de Osma, andaban sacando y labrando españoles e italianos los jaspes pertenecientes a la fábrica. En Madrid se hacía la obra de la custodia, el relicario y parte del retablo grande y en Zaragoza se fundían y labraban las rejas principales de bronce de la iglesia y los antepechos que corren por lo alto de ella. En las sierras de Filabres se sacaba mármol blanco y en las de las Navas y en Estremoz y en las orillas del Genil junto a Granada y en las sierras de Aracena y otras partes mármoles pardos, verdes, colorados, negros, sanguíneos y de cien hermosos colores y diferencias. En Florencia y en Milán se fundían grandes figuras de bronce para el retablo y entierros. En Toledo se hacían lámparas, candeleros, ciriales, cruces, incensarios y navetas de plata. Al mismo tiempo, se pintaban multitud de cuadros y de historias, los frescos

---

(1) *Historia de la Orden de San Jerónimo*, lib. 4.º, disc. XII.

de Peregrín de Peregrini y de Lugueto; los admirables cuadros al óleo de nuestro insigne Juan Fernández de Navarrete el Mudo; las no menos pasmosas iluminaciones de los legos fray Julián y fray Andrés de León; venían de Flandes otras innumerables pinturas de paisaje; cincelaba Juan Bautista Monegro sus hermosas estampas y se acopiaban libros riquísimos para llenar la magnífica biblioteca. No hablo aquí de las demás obras rurales o pertenecientes a este género que en la Huerta, en la Fresnada y en el Quejigar se continuaban con singular empeño, si menos de las fuentes, conductos, arcas de agua, fundiciones de todas clases, ornatos preciosísimos de iglesia; solamente he querido presentar un breve resumen del aliento y calor que entonces recibían del rey, inmediato inspector de todo, las artes más nobles y más dignas de levantar el ingenio del hombre a pensamientos sublimes.

Era Felipe II asentado y grave en demasía en todos sus planes y propósitos para pagarse de relumbrones pasajeros y ceder a la necia vanidad de ostentar lujo y esplendor. La solidez, la claridad y el buen concierto y correspondencia de las partes forman la base de este edificio, en que, sin embargo, el pormenor más insignificante y abandonado, al parecer, descubre de muy lejos la magnificencia del fundador. Los anchurosos y bien trazados escalones de la escalera principal, las jambas y dinteles de las enormes puertas, las columnas de la bella galería llamada de los Convalecientes, están labrados de una sola pieza, ofreciendo así líneas harto más puras y severas que si fuesen de materias más preciosas y careciesen de tan noble cualidad. En toda la obra se divisa la influencia de una inteligencia elevada y robusta, que con toda distinción abrazaba y clasificaba la portentosa unidad del conjunto y la no menos portentosa variedad de los detalles.

Cualquiera que fuese, sin embargo, la sencillez y llaneza del fundador en todo lo perteneciente a los usos de la vida y a las exigencias de la vanidad, dondequiera que se trataba de dar realce y desarrollo a una idea general, todo venía estrecho a su grande ánimo. Buenos testigos de ello son las innumerables riquezas con que supo adornar la iglesia y todo lo adyacente, el lujo de los ternos y ornamentos, las estatuas de bronce de Pompeyo Leoni, la custodia de Jacobo Trezzo, los frescos de Lucas Cambiaso, los cuadros al óleo de Peregrín, del famoso Fernández de Navarrete, de Alonso Sánchez Coello, el Tiziano portugués y de Federico Zuccaro, la exquisita labor, excelente diseño y riquísimas maderas de la sillería del coro, su librería numerosa y escogida y, por último, el maravilloso crucicrijo de Benvenuto Cellini que está en el trascoro y sirve de digno remate a todas estas grandezas.

El claustro principal, que, por andar a su alrededor las procesiones, forma también parte de la iglesia, contrasta con la extraordinaria desnudez de los laterales por los frescos atrevidos y vigorosos de Peregrini, que a tiro de arcabuz descubren la gran escuela de su famoso maestro Miguel Angel, por las estaciones o retablos cerrados y pintados por dentro y fuera, obra del mismo, de Rómulo Cincinato y de los españoles Luis de Carvajal y Miguel Barroso, por los lienzos del *Mudo* que adornan el claustro alto y por el bello templete de los Evangelistas que están en el medio con sus fuentes y estatuas de Juan Bautista Monegro. Tal y tan grande era la afición de este monarca a las pompas del culto católico, cuya unidad simbólica representaba a sus ojos una idea luminosa de gobierno y de fortaleza, única que en el siglo xvi podía comprender su vasta y enérgica capacidad.

Sin embargo, si a sólo esto se redujese su magnificencia, a los ojos de aquellos para quienes el arte no levanta su voz mágica pudieran pasar estos esfuerzos por hijos legítimos de un fanatismo poco ilustrado, pero el templo que levantó al saber en la suntuosa biblioteca prueba que su alma estaba templada para comprender a su gran siglo. Sabido es que uno de los objetos de su predilección fue fundar a la par del monasterio un establecimiento completo de educación, planteando y dotando competentemente un seminario destinado a la primera enseñanza y un colegio destinado a la segunda, que han durado hasta nuestros días. Harto conocía que las luces y la verdadera religión se hermanan por una lógica y natural conformidad, y así es que no sólo allegó para este gran depósito los libros propios de las ciencias eclesiásticas, sino que procuró convertirle en un centro común de cuantos conocimientos formaban entonces el patrimonio del entendimiento humano. Juntóse grandísima copia de manuscritos de la mayor antigüedad y respeto, griegos, hebreos, árabes, caldeos, latinos y los pertenecientes a las lenguas modernas; aquí vino a parar la famosa colección del célebre historiador y diplomático don Diego de Mendoza; aquí se reunieron en crecido número devocionarios riquísimos y volúmenes de grabados y dibujos excelentes para entonces, que podían servir de guía y de ejemplo a los que hubiesen de abrazar tan difícil carrera; aquí vinieron a parar también el Códice Aureo, joya inapreciable no sólo por la bibliografía, sino también para marcar los pasos del arte del diseño, el Apocalipsis del apóstol San Juan, con iluminaciones y figuras de gran precio para la historia del arte y, finalmente, infinito número de globos, esferas, astrolabios, mapas, instrumentos astronómicos y geográficos de todas clases y hasta

modelos de embarcaciones. Por duro y pesado que se hiciese el yugo de este rey en los puntos de fe y de creencias, fuerza es confesar que no era uno de esos tiranos vulgares que se convierten en centro de todas las combinaciones y para manejar y dominar mejor la situación tienden a igualar con su pequeñez el movimiento de los pueblos que rigen. Felipe II no ahogaba, sino que procuraba encaminar a un determinado fin los elementos de progreso intelectual y moral que tanto bullían en España y más bien acaudillaba que embarazaba la marcha general de las ideas. No debemos olvidarnos de que en su tiempo, con instrucciones en gran parte redactadas por él y escritas de su propio puño, acometió el ilustre Arias Montano la gigantesca tarea de su Biblia políglota, monumento, único en su tiempo, de saber y de grandeza, así en el pensamiento como en la ejecución. A sus expensas también, y por encargo especial suyo, emprendió el doctor Francisco Hernández, natural de Toledo, su viaje a las Indias orientales, de donde volvió al cabo de cuatro años con quince tomos en folio, en donde traía pintados con sus propios colores y proporciones las plantas, animales y trajes de aquellas remotas regiones y explicadas con gran orden y concierto sus virtudes, usos y condiciones (2). El rey acudió con larga mano a los gastos de esta importante obra y la hizo encuadernar con el esmero y decoro que merecía. Y, por último, para prueba de la tolerancia de este rey en todo lo que inmediatamente no se rozaba con las cuestiones de gobierno y con el orden establecido, baste advertir que Juan de Mariana escribió y publicó en su tiempo su libro *De Rege et regis institutione*, que poco después fue quemado en París por mano del verdugo y que en determinados casos abogaba por el regicidio, sin que a su autor le viniesen por eso disgustos ni persecuciones de ninguna clase.

Excusado parece añadir que quien tanto honraba la sabiduría y los sabios procurarían aposentar sus obras de una manera digna de su poder y de sus altos pensamientos. Efectivamente, la biblioteca de El Escorial, al decir de nacionales y extranjeros, es uno de los monumentos más notables que se han levantado a la gloria de las artes y las letras. Muchos de los segundos han atribuido a Miguel Angel los admirables frescos de la bóveda: tan valiente y atrevida manera desplegó Peregrín en ellos. Aunque de género distinto, no menos agradables parecen las composicio-

---

(2) En el año de 1790 se reimprimieron las obras del doctor Hernández en la imprenta de Ibarra, bajo la dirección del distinguido botánico don Casimiro Ortega.



nes de Bartolomé Carducci que corren a lo largo de las paredes por encima de la estantería, alusivas a la clasificación de las ciencias representadas por otras tantas matronas en la clave de la bóveda, comenzando por la filosofía y acabando por la teología, dechado entonces de perfección y término de todo esfuerzo y estudios. Con estos bellos adornos cuadra la estantería de orden corintio, tan bien concebida como labrada y donde se emplearon las maderas más ricas y costosas que entonces se conocían como ácana, cedro, caoba, naranjo y otras varias que forman excelente concordancia con el pavimento y zócalo de mármol y jaspe y con las mesas y demás adornos.

De esta hermosa colección, que aunque no tuviera otro mérito que el haber sido ordenada por el ilustre Arias Montano debería tener subido precio a los ojos de todos, consumió gran parte el desastroso incendio acaecido en tiempo de Carlos II. Allí perecieron la mayor parte de los manuscritos árabes, juntamente con el estandarte del profeta que tomó en Lepanto don Juan de Austria y a duras penas se pudo cerrar a las llamas el paso a la pieza principal, donde están las pinturas de Peregrín y Carducci. Perdiéndose aquí grandes riquezas y originales que ha sido imposible remplazar, y junto con ellos gran porción de instrumentos físicos y matemáticos.

Como según ya dejo indicado no es mi propósito dar menuda cuenta de las bellezas artísticas del edificio y prefiero hablar de aquellas cosas que más dan a conocer su índole y carácter, justo será decir algo del aposento del fundador. Si fuese necesario probar que su alma vivía en la región de las ideas y grandes hechos, bastaría la presencia de esta celda desnuda y pobre como la del último fraile para ponerlo de manifiesto. Hay un secreto impulso que hiela y comprime a vista de aquellas paredes blancas de aquel friso de azulejos, de aquellas mezquinas alacenas metidas en la pared, de aquella silla de simple terciopelo verde con la banquetta para extender la pierna mortificada de la gota y, finalmente, del aposentillo lúgubre y obscuro que da vista al altar mayor y donde sufrió su última y horrible enfermedad, cuya narración eriza los cabellos, con la constancia de un estoico y la resignación de un cristiano. Los padecimientos de Job, en realidad, no parecen sino símbolo y parábola incompleta de los de este monarca, que ni se quejaba ni disputaba sobre su inocencia, viendo su cuerpo consumido de podre y que ni podían llegar a él, ni refrescarle, ni aliviarle en manera alguna. Ordenó que su hijo se hallase presente al darle la Extremaunción y le dijo: "He querido que os halléis presente en este acto para que veáis

en qué para el mundo y las monarquías". Encargóle mucho mirase por la religión cristiana y defensa de la santa fe y por la guarda de la justicia y procurase gobernar y vivir de manera que cuando llegase a aquel punto se hallase con seguridad de conciencia; mandóse descubrir las llagas grandes que tenía y le dijo: "Ved, hijo mío, cómo trata el mundo y el tiempo a los reyes y la igualdad con que padecen todas las miserias a que está sujeto todo hombre y considerad que aunque yo he vivido con el cuidado que me ha sido posible de cumplir con mis obligaciones, aquí me ha castigado Dios hartas faltas que debo haber hecho, con lo que ha sido servido que padezca y allá no sé cómo será; mirad que hará a quien se derramare más", y mostrándole tras esto un crucifijo y una disciplina llena de sangre le dijo: "Con este crucifijo murió, hijo, vuestro abuelo el emperador, mi señor, tan católico como yo y con su ayuda acabó; haced vos lo mismo reverenciando esta santa imagen de Dios como lo debéis e hicimos su majestad y yo y mereceréis las mercedes que pueda haceros, y esta sangre de esta disciplina no es mía, sino del emperador, mi señor, y yo ejercité mal este bien, pero hela guardado porque, además que es nuestra, aprovecha para que nos acordemos de que nosotros, mejor que nadie, tenemos necesidad de derramarla en esta forma; tomad y guardad estas reliquias teniéndolas en mucho y quedad con Dios, bendecido de El como de mí": y "bendiciéndole como pudo le dejó y no le vió más".

He copiado este cuadro tan sencillo como enérgico del libro de Baltasar Porreño titulado: *Dichos y hechos de Felipe II*, persuadido de que darían harto mayor idea sus palabras que no las mías de este extraño carácter que con la muerte cobraba, si cabe, mayor realce, como un cristal de aumento. Carácter que con un sello indeleble está grabado en todas y en cada una de las partes del edificio, página en mi entender tan viva y elocuente de su historia y de la historia de la nación, que tengo por incompleto cualquier estudio que se haga sin tenerla a la vista. Ni concluye en su reinado, pues sucesivamente la piedad de los reyes fue adornando y embelleciendo este monasterio con los lienzos admirables de Velázquez, Zurbarán, Carreño, Pantoja y Coello y con los frescos de Jordán; que si bien incorrectos en su dibujo, con razón asombran por su imaginación riquísima, composición clara y atrevida, variedad infinita de escorzos y posturas, valentía en los términos, y, sobre todo, por su fecundidad y lozanía inagotables. De manera que allí patente se ve el vigor y decadencia en el arte, compañero del vigor y decadencia en la Monarquía, pues

para que ni aun contrastes falten a esta obra, al lado de la severidad magnífica y solemne del rey que sólo gastaba en su casa 100.000 ducados, se ven los púlpitos chillones y de perverso gusto y mezquino primor, mal pegados a la iglesia en tiempo del último monarca, que por su parte distaba tanto del fundador como su obra de los entierros reales y del retablo principal.

Si esta obra pasa con razón por una de las más nacionales, por la más nacional quizá de España, pues ninguna mejor ni más completamente que ella refleja la fisonomía de aquel tiempo, en que puesta debajo de la mano de Felipe II figuraba un cuerpo compacto y bien ligado, claro está que es deber muy estrecho de los que rigen sus destinos conservarla a toda costa. Mala cuenta darían de su encargo los que se olvidasen de que las naciones viven en su parte moral que no se despierta sino a vista de los grandes pensamientos y de las acciones elevadas. Si prescinden de las necesidades intelectuales de sus pueblos, otro tanto valdría que gobernasen un rebaño de animales. Abandonar El Escorial a la mala suerte que ha comenzado a caberle con tanta injusticia como responsabilidad de los que pudiendo remediarlo no lo han hecho, equivaldría a proscribir tácitamente en España todos los impulsos nobles del corazón y del entendimiento; equivaldría a ajar el resto de dignidad y noble orgullo, que heredado circula en nuestras venas a despecho de la suerte; equivaldría, finalmente, a cegar una fuente de riqueza material privando a los extranjeros de este estímulo para visitar nuestro país, dejando en él su dinero y cobrando estimación a un pueblo que si ha caído de la rueda inestable de la fortuna, todavía no ha abdicado por entero su antiguo carácter. Harto importante papel se han arrogado los intereses para que el culto de los sentimientos y de las ideas ande tan tibio y abatido y desamparado de los pocos hombres capaces de apreciarlo.

El Gobierno debe pensar en resolver con acierto el problema de la conservación de este joyel inestimable, cifra de nuestra pasada grandeza. En mi opinión, no hay más que un medio, que es establecer en el edificio una corporación que con espíritu de tal lo cuide y mantenga, cualquiera que su nombre sea, que en punto a nombres no es regular pararse ni asustarse, tratándose de un asunto de tanto interés: de lo contrario, la degradación sucesiva del edificio es inevitable. Ni en la diligencia del administrador del Real Sitio, ni en el estrecho círculo de sus escatimadas atribuciones cabe el atender a tan vasto cargo, ni reparar todos los quebrantos. Gotera que se remediaba con cortísimo desembolso, mientras va el parte, viene la orden, se forma el

presupuesto y se apuran los trámites oficinescos, levanta ya considerable costo, si no ha hecho daños irremediables. Unas cuantas han acabado con el techo de la galería de las Batallas, pintado de bellísimos grutescos por los hermanos Bergamascos, Fabricio y Granelo, y si en la bóveda de la escalera principal se abriesen algunas (cosa muy natural atendido el ventarrón casi continuo), a poco que se descuidasen darían en el suelo con los celebrados frescos de Jordán. Ya en el día, en un abandono deplorable, se empolva, reseca y descascara la famosa Cena de Tiziano que está en el refectorio y hace años que la torre del ángulo de Mediodía y Poniente rajada y ladeada amenaza mayores daños. Yo he sido testigo más de una vez del celo del actual administrador, pero además de tener las manos atadas, raya en imposible que la diligencia de un solo hombre pueda vencer tantas dificultades. En una palabra, creo difícilísimo que El Escorial se conserve sin una corporación que lo cuide y habite.

Al hablar de este viaje, que ha dejado en mi alma impresiones hondas y duraderas, me he creído obligado a dar mi pobre opinión y desinteresado consejo al Gobierno, opinión y consejo de que participan cuantos hombres celosos del nombre español he oído hablar de este asunto. Con él está ligada más íntimamente de lo que muchos creen la honra de la nación, pues cuando blasonamos de amigos de las luces y de la regeneración de nuestro país, sería ponernos en notable desacuerdo con nuestros propios principios, dejar venirse al suelo este monumento depositario de tantos nombres ilustres, muestra del gran ingenio de Juan Bautista de Toledo y de Herrera y de la capacidad y poderío de Felipe II (3). Estas páginas de la historia del mundo, escritas no con sangre, sino con los caracteres luminosos de las artes, encierran más elementos de civilización y de adelanto que otras muchas teorías y sistemas, cuyo único mérito consiste principalmente en no haberse ensayado en el teatro de la experiencia.

---

(3) "Fue [Felipe II] diestrísimo en la geometría y arquitectura y tenía tanta destreza en disponer las trazas de palacios, castillos, jardines y otras cosas, que cuando Francisco de Mora, mi tío, trazador mayor suyo y Juan de Herrera, su antecesor, le traían la primera planta, así mandaba quitar o poner o mudar, como si fuera un Vitruvio o Sebastiano Serlio; alcanzó tanto en esta facultad, que excedió a los más peritos de ella, y por ser tanta su destreza y afición, tenía mi tío todos los días una hora determinada para acudir a la consulta de las trazas de Su Majestad, que fue inclinadísimo a edificar como lo manifiestan las innumerables obras que hizo". PORREÑO, *Dichos y hechos de Felipe II*, cap. IX.



LEON.  
Cripta de San Isidoro.



LEON.  
Iglesia de San Isidoro.

Creaciones que con tanta claridad interpretan y desenvuelven los axiomas del sentimiento son de todos tiempos y lugares y tienen hecha la prueba de su nobleza y aun de su utilidad. El Escorial, por ambos conceptos, merece la afición de todos los españoles; tanto valdría arrancar de la Historia y de la memoria de los hombres las jornadas de Lepanto y de Pavía como dejar aparagarse esta antorcha resplandeciente del gran siglo xvi.

(*El Pensamiento*, t. I, ent. 10, págs. 217-223, 1841.)





## BOSQUEJO DE UN VIAJE A UNA PROVINCIA DEL INTERIOR

### I

Muchas son las plagas y desdichas que aquejan a España; pero una de las mayores consiste en los extraños juicios que fuera de sus confines se forman siempre que se trata de sus usos y costumbres, de su cultura y sus artes y, sobre todo, de la índole de sus habitantes. Extranjeros que, sin fijar apenas su atención y como de pasada, visitan las costas y países del Mediodía, se empeñan en no ver en los españoles sino árabes, un si es no es amansados y dulcificados por el cristianismo, pero árabes, en fin, bravíos todavía y feroces, que no viven en tiendas por la sencilla razón de parecerles más cómodas las casas, ni beben la leche de sus camellas por la no menos sencilla de no haberlas. Algunos otros (si bien muy contados) que cruzan las provincias vascongadas y observan la noble altivez de los caracteres, la patriarcal sencillez de las costumbres, la limpieza, comodidad y alegría de las viviendas y su extraño cuanto sabio régimen interior, regalan a la nación entera estos preciosos dones y a sus ojos la España es la patria y natural asiento de las libertades municipales, de las más respetables tradiciones históricas y de los usos más apacibles y benignos que imaginarse pueden. Por este raro mecanismo viene a resultar, en último caso, que, a no ser por una de sus muchas anomalías, andaría la Península aderezada con su turbante, que no habría más que pedir; o cuando no, se sentaría debajo de los árboles a elegir un gobierno y a danzar como los hijos de Guillermo Tell. Esto es España en la boca y obras de los concienzudos viajeros modernos. ¿Qué hacen de todas las provincias del interior y de su parte más occidental? ¿O no son para ellos España Castilla la Vieja, Extremadura, el reino de León y el de Galicia? ¡Raro suceso y ligereza incon-

cebible! ¡Olvidarse al tratar de una nación de los países que han sido cuna de su libertad y de su monarquía y hablar de su espíritu, costumbres y creencias sin tener en cuenta la patria de Pelayo, de Jovellanos y de Feijoo. *C'est ainsi qu'on écrit l'Histoire!*

Por lastimosa cuanto perjudicial que sea para nosotros tan errónea opinión harto arraigada en Europa, para nuestro mal, fuerza es confesar que sus autores merecen alguna disculpa. Hasta el día han sido tan escasos los medios de transporte y tan pocas las comodidades que, sin duda, se necesitaba superior estímulo para arrostrar tamaños inconvenientes y todo el mundo sabe que encaminándose generalmente los viajes más a la diversión que a la enseñanza, son muy contados los que se avienen con privaciones y estrecheces, propias más bien de peregrinos devotos que no de profanos y curiosos observadores. Por otra parte, acostumbrados al espectáculo de naciones ordenadas y compactas, ya por haber pasado encima de ellas el nivel revolucionario, ya por la energía y ciencia del Gobierno, que extendiendo su acción con igualdad y prontitud sabe asimilarse aun sus más discordes elementos, poco tiene de extraño que clasifiquen y juzguen por inducción al pueblo español, sin comprender los vivos y fuertes matices en que se reparte y *degrada* su nacionalidad.

De las grandes comunidades europeas tal vez la nuestra es la única que presenta el ejemplo de un conjunto formado sin la fusión de las revoluciones o de las conquistas, pues harto sabido es que los reinos en que antiguamente se dividía la Península Ibérica han venido a reunirse bajo la mano y gobierno de un solo monarca, más por enlaces y alianzas que no por guerras y sumisiones forzadas. En esto consiste la poca eficacia de los vínculos que atan los miembros de este cuerpo; en esto, las notables y profundas diferencias de sus provincias, que tan curiosas y dignas de observación las hacen a los ojos del filósofo y del artista; pero que tan doloroso síntoma de indisciplina e individualismo ofrecen en una época de concentración moral y material y, por último, ésta es la explicación de los yerros que cometen la mayor parte de los escritores extraños, siempre que para castigo de nuestros pecados nos toman por su cuenta.

Esta es su excusa; pero, ¿cuál será la nuestra cuando con tanta incuria y abandono tratamos los legados de nuestra historia y las tradiciones de nuestros padres? ¿Con qué específico podremos paliar este síntoma aflictivo, este cáncer tremendo, pudiéramos añadir con más exactitud aún, que así ataca y co-roee las entrañas mismas de nuestra nacionalidad? No somos

de los que llevan al campo de los hechos y de las cuestiones prácticas las ilusiones del deseo o los colores de la imaginación, ni pedimos a un pueblo que todavía lucha con los dolores de su parto político los grandes esfuerzos y duraderos monumentos que sólo nacen de la paz y de la fuerza para crecer en el regazo de la verdadera y sólida cultura, pero entre tantas publicaciones como ven la luz del día, sin que sus ojos sean, por cierto, muy dignos de nuestro noble sol, ¿no se podían tener en cuenta nuestros recuerdos y las condiciones de nuestra índole individual? Esta infinidad de periódicos *artísticos* y *literarios* que sin más norte que una ganancia inmediata y ruín se han ocupado en traducir a roso y belloso, ¿no podían adoptar siquiera una base nacional e indígena y cultivar nuestros gérmenes naturales sin empeñarse en aclimatar plantas que constantemente rechazará nuestro suelo? ¿Tan poco digna de respeto es la bandera especial del pueblo español, tan menguado su sentimiento íntimo, que así se deja arrinconada aquélla entre las inútiles antiguallas y así se tuerce y desnaturaliza éste, como si fuese menester buscarle fuera pujanza y vida con que existir y desarrollarse? La mayor parte de las publicaciones españolas, con leves y muy honrosas excepciones, prescinden de nuestra historia y de los monumentos de nuestras artes; de real orden se ha demolido y demuele, y cuando no, se deja caer lo que en pie queda después de tantas guerras y trastornos: lo pasado va hundiéndose en las tinieblas eternas del olvido: lo presente nos aflige y desconsuela: el porvenir está preñado de incertidumbres y temores y sin un esfuerzo de las inteligencias elevadas y de los corazones generosos pronto nos veremos como un bajel que encalla en una playa inhospitalaria y desierta.

Un viaje emprendido en este año desde la capital, sólo por motivos de salud y esparcimiento del ánimo, nos ha inspirado todos estos pensamientos. De paso por Palencia, León y Astorga, hemos procurado observar lo que quedaba de su antigua grandeza, y al llegar a las risueñas montañas del Bierzo, término de nuestra peregrinación, debemos decir en obsequio de la verdad que más acopio habíamos hecho de tristes ideas que no de sensaciones halagüeñas. ¿Quién habla en el día de la catedral de León y de los conventos de San Isidoro y San Marcos? ¿Quién, después de Ponz, ha vuelto a mentar la iglesia de Astorga con el asombroso retablo mayor, obra de Gaspar Becerra? ¿Quién, antes ni después, se ha acordado de este rincón maravilloso del Bierzo, de las raras propiedades y milagrosas riquezas de su suelo, de sus agraciados paisajes y variadas perspec-

tivas, de sus interesantes monumentos y del sinfín de recuerdos que encierra? El padre Flórez, en su *España Sagrada*, ha recogido datos y noticias preciosas, pero que al cabo apenas tienen relación sino con la historia y arqueología y desde entonces todo ha quedado en silencio. Lástima grande, por cierto, pues las artes y las ciencias a la par podrían, sin duda, ensanchar su esfera registrando este país hasta el día olvidado si no ya desconocido. Tal vez la extraña formación de los montes y la disposición poco común de los terrenos harían dar un paso más a la geología en su nueva y gloriosa carrera. Tal vez la mineralogía ganaría algo en sus relaciones con lo presente y lo pasado, reconociendo el depósito inmenso de metales que encierran estas montañas y observando los gigantescos trabajos con que los romanos supieron beneficiar las ricas minas de las Médulas, abandonadas en el día, aunque probablemente no agotadas. Acaso en la cumbre de estos cerros y en sus valles escondidos un nuevo Lagasca encontraría medio de abrir a la España otro manantial de riqueza. Pero aun cuando por semejante camino nada llegase a adelantar el entendimiento humano, de seguro podría enriquecer su herencia en otros puntos no menos capitales. De seguro, la arqueología encontraría ocasión de emplearse con provecho en el examen de los diversos objetos hallados en las ruinas de las poblaciones romanas. De seguro, daría por bien empleado su tiempo y su trabajo el arquitecto que estudiase los restos que del género lombardo nos quedan todavía y, sobre todo, la curiosísima iglesia de Peñalva. Y, por último, el pintor que dibujase las vistas de las Médulas, del apacible y hermoso lago de Carucedo, de la cuenca deliciosa de Vilela y del campestre anfiteatro de Corullón, de la frondosa ribera de Bembibre y de las fértiles orillas del Sil, si a esto añadía la perspectiva de sus castillos y conventos colgados unos sobre el abismo, señoreando otros lindas colinas y otros, por fin, asentados en verdes y risueñas llanuras, conocería que dentro de nuestro país hay substancioso y delicado alimento para la imaginación y que en amanciparle de los eternos lagos de Suiza y de los no menos monumentos de Italia se le haría un servicio no pequeño.

De lo que no ha muchos años permanecía en pie ha desaparecido ya gran parte, otra no menor de lo que resta está para seguirlo muy en breve. En cuanto a nosotros, que hemos nacido en el regazo feliz de esta tierra y pasado en ella los alegres días de la infancia y los no tan alegres de la primera juventud, hemos creído justo dedicarle este leve testimonio de nuestro amor

y recuerdos. Tal vez el torbellino de la suerte nos arrojará a una playa extranjera dentro de poco (1); tal vez la mano se helará cuando quiera coger de nuevo la pluma. El tiempo y las cosas pasan como las hojas de los árboles, sin que para ellos haya primavera vivificadora: ¡extraña manía la del pobre entendimiento humano, que a toda costa quiere dejar estampada su huella en la arena movediza de su camino!

De los pueblos que hasta ahora han aparecido en el Bierzo para eclipsarse en seguida, el romano es el que ha dejado vestigios más indelebles por la extraordinaria energía de que estaba dotado y los grandes pensamientos que abrigaba. Como frontera de los indomables astures, como punto de comunicación con Galicia, y, en fin, como emporio de la mayor riqueza mineral que en aquellos tiempos se conocía, conservaba esta tierra con el esmero que dan a entender los trozos de sus vías sembrados aún por varias llanuras, la línea eminentemente militar de fuertes que se extendía hacia Asturias y la cuidadosa elección de sitios para edificar sus poblaciones, que todas podían rápidamente comunicarse por medio de humaredas y lumbradas, telégrafos eternos, hijos de la naturaleza y propios de todas las Edades.

A la izquierda del pueblo de Pieros, caminando a Galicia, se encuentra una espaciosa colina que, desde luego, cautiva la atención del viajero, porque todas las de los alrededores tienen la figura cónica más o menos pronunciada, al paso que ésta aparece truncada y con una bellísima explanada en su cima. Crece la curiosidad y el interés al verla rodeada de algunos fragmentos de muralla vestidos de hiedra, vides y zarzas, que parecen empeñados en contener el sucesivo y forzoso desmoronamiento. Son sus laderas fértiles viñedos que crecen en una tierra rojiza de muy buen tono y efecto, y descienden a las riberas del Cua y del Burbia por ambos lados en plácido y manso declive. En esta eminencia estaba situada la ciudad de *Belgidum*, capital de todo el distrito que de ella tomó su nombre y que Antonino menciona en su *Itinerario*, señalando la ruta desde Braga a Astorga. La distancia a que pone esta ciudad del pueblo en cuestión, los pedazos de muro que se ven en su circun-

---

(1) Demasiado pronto se realizó este melancólico presentimiento. El autor salió a los dos años de España con una honrosa comisión del Gobierno, y a los tres murió en el extranjero víctima de su aplicación, sin volver a pisar el país que le vio nacer. (Nota de la edición de 1883.)

ferencia y las medallas, monedas, lámparas, instrumentos de labranza, lápidas y armas que en él se han encontrado manifiestan claramente su stirpe romana.

Aunque desde cualquiera parte de su falda que se mire esta extraña colina al punto se conoce su hermoso situación, pues en el corazón de un país rico y variado se dibuja sola y orgullosa sobre el fondo del cielo, todavía se experimentan al llegar a su cresta sensaciones tan nuevas como deliciosas. Era una tarde de julio, cuando en compañía de dos amigos de aquellos que, sin duda, por su precio concede tan escasamente el cielo, subimos a ella. Un viento fresco del Poniente movía las vides sobre los escombros del templo de Baco, el cielo estaba claro y diáfano, sólo unas nubes de color de plomo con vivas franjas de púrpura servían de lecho al sol que se ponía. A nuestros pies teníamos la villa de Cacabetos, el Cua, que corría por entre sotos y arboledas fresquísimas, y la grande y blanca mole del monasterio de Carracedo. Un poco más adelante, Ponferrada, cubierta en gran parte con su magnífico castillo de Templarios, se extendía por un hermoso altozano, y muy cerca de ella se alzaban iguales como dos gemelos los castros de Columbrianos y San Andrés, antiguos campos atrincherados de los mismos cuyo polvo removíamos a la sazón con nuestras plantas. A la derecha se desplegaban la cordillera altísima de la Aguiana, el Sil centelleante como una serpiente de escamas de oro a los últimos resplandores del sol se deslizaba besando su falda, y al paso en su orilla derecha, llana y sosegada, se esparcían las praderas de Villaverde y Dehesas. En la izquierda, ya más quebrada y pintoresca, veíase desembocar el río Oza por la vega de Toral de Merayo; Rimor, enclavado en un angosto valle; Piaranza, vistosamente asentado en la cuesta; el castillo de Cornatel, semejante a un nido de águilas colgado sobre un horroroso precipio, y, por último término, las tajadas cárcabas y caprichosos picachos encendidos de las Médulas que a lo lejos parecen vivas llamas sin cesar alimentadas por una mano invisible. A nuestra espalda, aunque más reducido, no era menos agradable el paisaje. La cuenca deleitosa de Vilela dilatada a orillas del Burbia sus huertas y prados, sus campos de trigo y sus castañares, y a su frente, en un recogido seno de los montes, subía en lucida y desordenada gradería con sus higuerales y vergeles el pueblo de Corullón, coronado por un antiguo y alto castillo. Describir ahora todos los accidentes, la diversidad de tonos y la variedad de contrastes de este riquísimo paisaje excedería los límites de un bosquejo: baste decir que el paisista

más exigente no tendría motivo para quedar descontento. La plataforma tendrá como dos mil varas de circunferencia. Su figura es ovalada más que redonda, y desde ella se registra y domina todo el país.

Cuando bajamos de este maravilloso mirador donde nuestro silencio habló más que nuestras palabras, versó, naturalmente, la conversación sobre aquel pueblo de reyes que Dios mostró sobre la haz de la tierra para que la domeñase y juntase bajo su mando y disciplina, y de esta suerte preparada, recibiese mejor y más prontamente la divina luz del Evangelio. La sola elección del terreno en que fundaron a *Belgidum* prueba muy bien la audacia de sus pensamientos y el poder de sus medios; porque la montaña debió de ser rebajada en su mitad para dejar su espaciosa mesa en el estado en que hoy se ve. Como centro administrativo y militar, nada deja que echar de menos al deseo; como punto a la vez saludable y pintoresco, apenas la imaginación acierta a trazárselo mejor, y no titubeamos en decir que si del lado del Norte, en vez de los montes monótonos y cerrados que en el día se levantan, encontrase la vista la inmensidad del mar, sería, sin duda, uno de los más hermosos puntos del globo.

*Belgidum* resistió a las invasiones de los pueblos del Norte y, sin duda, pereció en la irrupción de los árabes. Según el padre Flórez, duraba todavía en tiempo del rey suevo Teodomiro, y una rarísima medalla que inserta del rey Sisebuto manifiesta que aún existía en el siglo VII. Cuando después de la restauración de la Monarquía se vuelve a mencionar este pueblo, ya se trata de su reedificación. Vivos los recuerdos y tradiciones de su grandeza, y prendados los reyes de su bella situación, intentaron varias veces restaurarlo, pero los monjes bernardos de Carracedo se opusieron vigorosamente y compraron del rey Fernando II y de su hijo don Alfonso IX la seguridad de que jamás se reedificaría. Don José Fernández Carús, abogado de Ponferrada, sujeto de instrucción y talento nada comunes, conserva en su poder una copia de estos documentos que no dejan de ser curiosos. Nada tenía de extraño, en verdad, que los religiosos, con tal viveza, solicitasen la perpetua desolación de aquel lugar, porque, además de pertenecerles su terreno, fácil era de columbrar que el nuevo pueblo crecería como la espuma y bien pronto menguaría su autoridad y poder.

Villafranca, a despecho de una situación infelicísima, se había ido formando poco a poco el calor que le daba el tránsito extraordinario de peregrinos extranjeros que por el camino fran-

cés iban a adorar las reliquias del Apóstol Santiago, y es seguro que el castro de la Ventosa (nombre con que olvidado entre el vulgo el romano había comenzado a designarse el collado de *Belgidum*) hubiera caminado con rápidos pasos por la senda de las mejoras y del engrandecimiento.

En este sitio se escribió durante la guerra gloriosa de la Independencia una sangrienta si no principal página de su historia. El general inglés Moore, acosado en su retirada más que por las fuerzas del mariscal Soult por la indisciplina de su propio ejército, paró en Pieros en 3 de enero de 1809, resuelto, al parecer, a hacer rostro al enemigo. Envió más allá de Cacabelos cuatrocientos tiradores y otros tantos jinetes, ocupó el castro de la Ventosa, asentó una batería en la cuesta del camino real que media entre aquel pueblo y Villafranca, y en esta actitud aguardó a los franceses.

Al frente de su vanguardia venían unos cuantos escuadrones mandados por el hermoso y gallardo general Colbert. Receloso algún tanto del número del enemigo y de su ventajosa posición, mandó a pedir refuerzo al mariscal; pero éste le contestó secamente que avanzase sin aguardar a más. Herido en lo vivo con semejante respuesta, arremetió Colbert con furioso arranque, atropelló y volcó cuando encontró al paso y desembocó como un torbellino por el puente del Cua. Los ingleses que en esta embestida no cayeron prisioneros se reunieron al punto a los que la previsión de su general había apostado en los viñedos que ciñen por ambos lados del camino y rompieron un vivo fuego a quemarropa. La artillería comenzó a jugar por su parte, y los aldeanos, que con sus párrocos se habían encaramado a las alturas vecinas y que desde la guerra de Sucesión tal vez no habían oído disparar un fusil, aguardaban con la consternación pintada en el semblante el desenlace de aquel sangriento drama. Con el repentino y mortífero fuego que sufrían por el frente y los costados desconcertáronse y arremolináronse un poco los franceses. Colbert, caracoleando en su caballo, expuesto a las balas, a cuerpo descubierto y con el semblante colorado por la ira y el despecho, comunicaba las órdenes oportunas, exhortaba a todos con la voz y con el ejemplo, y para aparentar la calma y sangre fría que distaban de su agitado corazón acariciaba una perra de aguas que no se apartaba de su lado. Algunos de los asustados espectadores de esta escena que, con la ayuda de los anteojos podían observarla minuciosamente, convienen en que la briosa actitud, denuedo y distinguida belleza del oficial francés merecían un pincel inspirado. Ordenados los suyos, por fin, vol-



vió a la carga con temerario arrojo y se encaminó en derecha a la batería; pero al llegar a la cuesta cayó muerto. Sobrevino a poco la división de Infantería del general Merle, pero la batería, que sin cesar jugaba, y la noche que se venía encima a más andar, le estorbaron pasar adelante. Recogió, pues, el cuerpo de su malogrado y gentil compañero y acampó a la falda de aquellas eminencias.

Moore, en cuanto entró la noche, reconcentró sus fuerzas en la explanada del castro de la Ventosa, armó porción de tiendas, encendió sus fuegos y pareció dispuesto a mantener sus posiciones en el siguiente día. Los nietos de César pudieron oír entonces desde sus sepulcros el relincho de los caballos britanos y los acentos de la lengua del Norte resonaron en los mismos sitios que habían escuchado los versos de Virgilio y las cláusulas de Cicerón. A las pocas horas el general inglés mandó cebar de nuevo las hogueras y sin alzar las tiendas emprendió con tanto sigilo su retirada, que las rondas del ejército francés sólo al amanecer la conocieron, cuando ya les llevaban considerable delantera. Trece días más tarde exhalaba sir John Moore su último aliento en La Coruña, después de haber peleado noblemente y salvado los indisciplinados restos del ejército que su país le confiara.

Este es el último suceso notable de que ha sido teatro el antiguo *Belgidum*. En el día ya son muy contados los trozos que quedan en pie de la muralla que ceñía la plataforma. De los edificios nada absolutamente se conserva, ya por haberse empleado el terreno en viñas y ya más especialmente por el abuso de autoridad de los monjes de Carracedo, que, según informes de personas respetables, demolieron a fines del siglo pasado lo poco que todavía restaba, para utilizar la piedra. De sus reliquias se guarda aún en uno de los patios del monasterio un magnífico pilón de piedra berroqueña de una pieza con un genio sobre su pedestal que tiene asidos dos cántaros. El color de la piedra y la corrección del dibujo claramente dan a conocer su origen. El tazón tendrá como seis varas de circunferencia.

Del camino que conducía desde *Belgidum* a *Interannium Flavium* y Astorga y al mismo tiempo lo ligaba con los fuertes o campos atrincherados que estaban sobre Columbrianos, San Andrés de Montejos y Finolledo, perseveran todavía trozos muy lucidos en el campo de San Bartolo, junto a Cacabelos, a la vera de la dehesa de Fuentes Nuevas y entre los pueblos de Cortiguera y Cubillos. Estos fuertes conservan todavía con poca alteración el nombre latino, pues a todos los llaman *castros*.

Perfectamente enlazados y en situación eminentemente militar, sin duda estaban destinados a celar y guardar la frontera de los belicosos astures y a mantener el país en obediencia. Aun desde lejos se nota una especie de corona alrededor de su cumbre, formada por sus fosos y trincheras que en lugares altos, poco frecuentados y menos expuestos a la acción de los raudales lloviznos de invierno, han podido mantenerse sin graves alteraciones. En alguno de estos picos se distingue claramente todavía un recinto cuádruplo de cavas y paredes.

La construcción parece ruda y puramente bélica. El terreno está por nivelar y las piedras medio enterradas que guardan la forma de muro no tienen liga ni argamasa de ninguna especie. La vista que desde estas alturas se descubre se acomoda a la naturaleza del sitio, pues si bien de la parte de la llanura presenta una perspectiva risueña y agradable, del lado de los montes sólo ofrece un paisaje silvestre, solitario y obscuro.

Por lo que hace al pueblo de *Interannium Flavium* que el *Itinerario* de Antonino sitúa en el Bierzo, sólo por conjetura se puede venir en conocimiento de él. Vadeando el Boeza frente a la ermita de San Blas y caminando a Molina Seca se encuentra a la izquierda un sitio llamado vulgarmente el Castro, plantado en el día de viñedo, pero que pudo muy bien ser en otro tiempo la *Interannium* de que nos habla el *Itinerario*. El cultivo de las viñas, que en todo el país es esmeradísimo, ha alterado algún tanto la forma rigurosa de cono truncado en cuya planicie debió de estar la población, pero todavía se conoce claramente. Desde *Belgidum* se divisa también este sitio y los que hayan observado el cuidado con que buscaban los romanos esta circunstancia que tanto favorecía su sistema de comunicaciones rápidas y seguras, no dejarán de dar importancia a este dato. Por otra parte, la cualidad de *interanniense* o entre ríos, cuadra perfectamente a este terreno por hallarse situado entre el Boeza y Valtejada. Y últimamente, la distancia a que el *Itinerario* lo coloca de Astorga puede ser muy bien la que conviene a nuestro propósito, pues si es cierto que por el camino actual median entre ambos puntos algo más de ocho leguas, no lo es menos, según todas las probabilidades, que la antigua vía romana no seguía la misma dirección sino la de Parada-Solana, que a la ventaja de mayor suavidad y abrigo reunía la de ahorrar distancia, en cuyo caso parece natural que fuera ésta la que señala el emperador de treinta millas o siete leguas y media. Sentimos que semejantes conjeturas, en nuestro entender no desprovistas absolutamente de fundamento, no encuentren más sólida con-

firmación en algún monumento arqueológico que las diese mayor grado de consistencia; pero de todas maneras, el objeto de este trabajo se lograría por entero si la curiosidad de los inteligentes se despertase y se corrigiesen en provecho de la ilustración general los yerros que en él se hayan cometido (2).

Y, ciertamente, no sería su menor premio llamar la atención de la Academia de la Historia y de su digno presidente sobre un país donde el general olvido y abandono le habrá impedido tal vez extender su correspondencia. Si así fuere, urgente es remediar la falta y por nuestra parte estamos seguros de que encontrarán personas que secunden sus miras con calor. Bien conocida nos es la escasez de medios a que está reducida esta corporación respetable. Pero cuando no alcanzase más que atajar con su influencia el espíritu de vandalismo que puede desatarse aquí, como se ha desatado ya en otros puntos de la provincia, debemos creer que lo miraría como galardón cumplido de sus afanes. De ello avisamos aquí a sus individuos, como en lugar más oportuno daremos cuenta a los redactores y colaboradores de la *España Monumental y Artística* de otras cosas que, sin duda, cumplen a su noble propósito.

En un próximo artículo hablaremos de otras antigüedades romanas enteramente distintas que contiene el Bierzo, en más abundancia quizá que ningún otro distrito de España.

Ponferrada, agosto de 1842.

## II

Prometimos hablar en el artículo anterior de un género nuevo de antigüedades romanas que abundan infinito en el Bierzo. Estas antigüedades son los restos que nos quedan de los trabajos

---

(2) Noticias posteriores, y una inspección más detenida del terreno nos han dado una certidumbre moral de que el pueblo en cuestión no podía ocupar otro sitio. Por una coincidencia singular, ningún cerro del Bierzo se apellida Castro, sino los que tuvieron población romana y esto confirma nuestra conjetura, amén de la raíz latina del nombre. Además de *Belgidum*, descúbrese desde allí el castro de Columbianos, por encima del monte de Arenas, con cuya circunstancia se añadía un eslabón más a la cadena de comunicaciones. Y, por último, una porción de personas respetables nos han asegurado haber visto varias medallas romanas encontradas en aquella eminencia, y por nuestros mismos ojos hemos examinado piedras y sillares que, aunque mutilados por el tiempo, todavía hablaban de los edificios a que habían pertenecido.

empleados en beneficiar las minas de Las Médulas, que bien claro dicen la importancia que sus dueños sabían darles y el gran provecho que de ellas sacaban. Hablando Plinio de las riquezas que producía la España, dice lo siguiente: "De esta manera dijeron algunos que daban las Asturias, Galicia y Portugal 20.000 libras de oro; pero que las Asturias producen la mayor parte. Y en ninguna parte del mundo por tantos siglos ha habido esta fertilidad de oro" (3). *Aurífera* llama también Floro la naturaleza de estas regiones y es cualidad que hasta el día no ha dejado de poseer.

Aunque según la opinión más acreditada los límites de la provincia *Astúrica*, a quien Plinio atribuye tanta abundancia del precioso metal, no llegasen sino hasta la vertiente oriental de la cordillera de Fucebadón, no estamos distantes de creer que para su aserción incluyó en sus términos Las Médulas por más que entonces perteneciesen a Galicia. No hemos recorrido los montes de Asturias, ni sabemos los vestigios que en ellos ha dejado la civilización romana, si alguna vez sus águilas volaron por sus más ásperas y enriscadas cimas, pero no hemos leído ni menos oído que ofrezcan un espectáculo semejante al de las montañas que por el lado del Mediodía parten términos entre el Bierzo y Cabrera. Sin querer dar a nuestra ignorancia sobre el particular un peso que no tiene, porque sobrado se nos alcanza que, en último lugar, no pasaría de una prueba negativa, debemos creer de todos modos que una no pequeña parte de las 20.000 libras de oro que menciona Plinio salía de nuestras montañas.

El viajero que se dirija a Orense por la orilla izquierda del Sil, después de atravesar los fértiles pueblos de Toral, Villalibre, Piaranza, Santalla y Borrenes, se encuentra con un lugar de pobre y mezquina apariencia, situado en una especie de llano sembrado de innumerables montones de canto rodado negruzco y musgoso y a la raíz de una montaña de la más caprichosa forma que imaginarse puede. Cortada en general como a pico, revestida en su mayor parte de robles y castaños silvestres, surcada de profundísimos barrancos, descubiertos a veces sus costados de un encarnado vivo y crudo, y coronada por picachos

---

(3) *Vicena milia pondo ad hunc modum annis singulis Asturiam atque Gallaciam et Lusitaniam proestare quidam prodiderunt ita ut plurimum Asturia gignat: neque in alia parte te rarum tota saeculis hoc fertilitas* (PLIN., *Hist. Nat.*, lib. XXIII, cap. III).

y torreones del mismo color, que ofrecen a la vista tantas figuras y accidentes como la fantasía puede forjarse, nada tiene de común con los montes circunvecinos: y se asemeja a un monumento levantado por la mano de una raza de gigantes, que sólo ha podido conservar algunos restos dignos de su grandeza en su lucha desesperada con la Naturaleza y el tiempo. La miserable aldea es la que tiene el nombre de Las Médulas y la montaña es probablemente el *Monte Medúleo*, uno de los más ricos almacenes de oro que la naturaleza abrió a los romanos en este suelo, testigo de su grandeza y de sus crímenes.

En pocas partes ha dejado el pueblo rey un testimonio más vivo y elocuente del atrevido espíritu, en cuyas alas volaba su pensamiento. Fecundas eran, sin duda, las entrañas de aquellos cerros, purísimo el oro que les brindaban, sano y templado el país que los cercaba y sereno el cielo que los cubría; pero la naturaleza se había empeñado en poner a su codicia un valladar insuperable, si alguno hubiera para ella. En el estado de las ciencias naturales, en aquel entonces, la mineralogía era tal vez la que más se resentía del común atraso. Plinio nos describe prólijamente en el lugar ya citado el método de que en su tiempo se usaba para obtener el oro; método verdaderamente primitivo, pues tenía por base y principio el mismo lavado, que si no en la forma, por lo menos en la esencia emplean aún en el día las muchas mujeres que en el valle de Valdeorras ganan su vida sacando oro de las arenas del Sil.

Pero ¿dónde buscar las corrientes de agua necesarias para semejante procedimiento en un paraje alto y sin más raudales que los diminutos de las fuentes de los valles? ¿Aprovecharían los caudales del Sil que corre a bastante distancia separado por alturas y hondonadas y a una profundidad extraordinaria? Esta era empresa superior a las fuerzas mismas de los romanos. ¿Pondrían los ojos y la atención en el Oza, que riega el hondísimo Valdeusa, o en el río de Cabrera, que poco más abajo desemboca en el Sil, ambos divididos por escabrosas cordilleras y a un espantoso desnivel del lugar en cuestión? Pero éste parecería un loco intento al que apenas podría dar cima el poder humano. Sin duda, los romanos no hubieron de calcular de la misma manera; antes remontando el curso de estos ríos, registrando las curvas y proyecciones del terreno y midiendo exactamente las alturas, hallaron que sus aguas podían venir a pulimentar y laborar cuanto mineral sacasen del seno de Las Médulas. Entonces contaron, sin duda, los rebaños de sus esclavos y la población que por fuerza habrían de diezmar los espantosos tra-

bajos que iban a emprender y tomaron el camino de las montañas de Cabrera y de la Aгуiana.

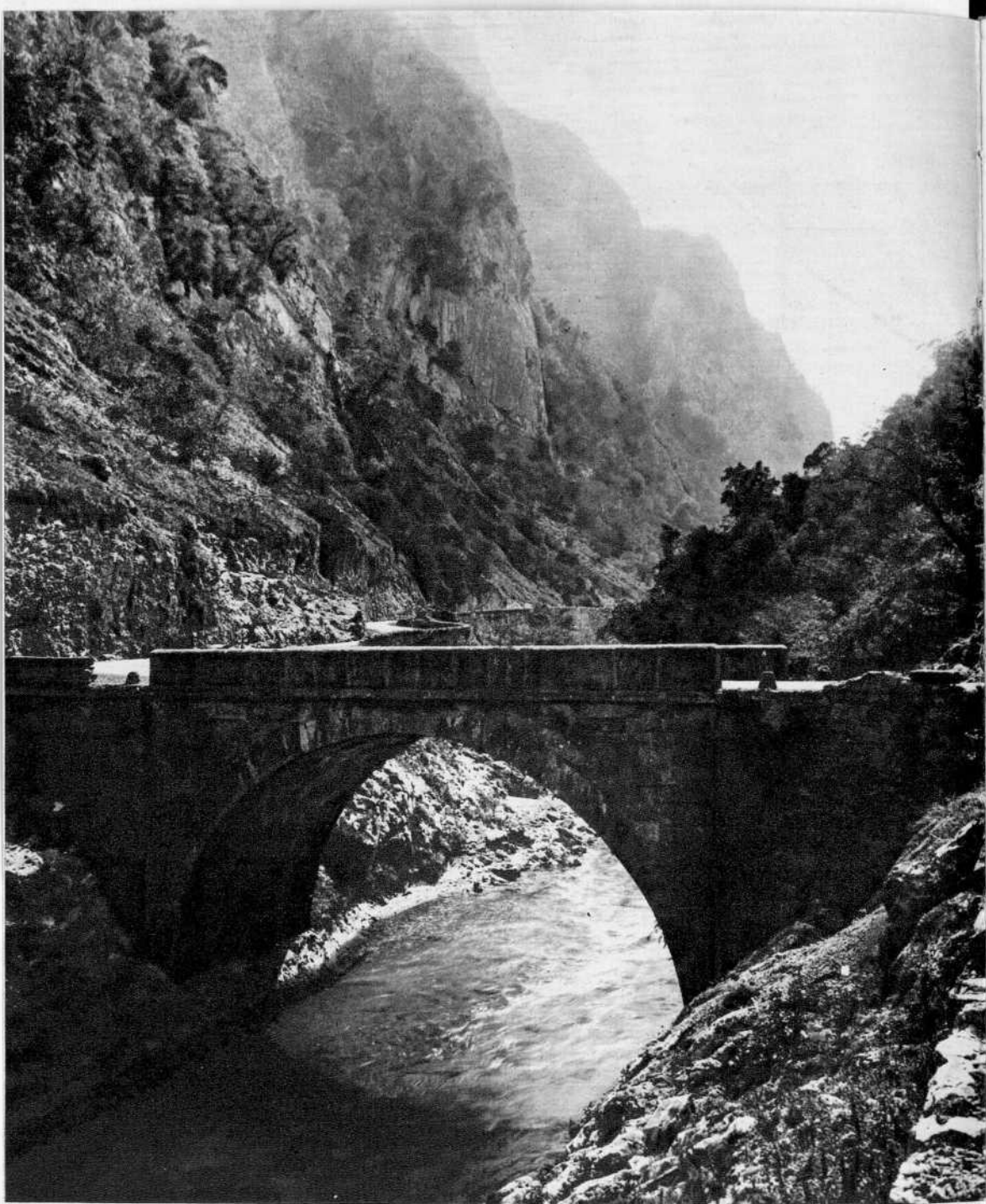
Si alguno de los lectores ha cruzado estas cordilleras y visto su naturaleza peñascosa y ruda, las tajadas quiebras y profundos valles que las surcan, conocerá la penalidad infinita con que debieron abrirse los canales que colgados en escarpadísimas pendientes todavía hoy nos suspenden y hielan de pasmo. Sujetos a seguir en su dirección todas las inflexiones y desigualdades de los cerros, sus rodeos son mayores de lo que a primera vista parece y una distancia que por el aire apenas llegaría a dos leguas, tal vez pase de ocho o diez en la forma actual. ¡Dichosos los trabajadores cuando en aquellas agrestes y empinadas cuevas tropezaban con una veta de tierra por donde no se extendían los enormes bancos de piedra viva que las pueblan! Dondequiera que éstos se presentaban despedazábalos el pico lentamente hasta abril paso al cauce por sus entrañas y en muchas partes se encuentran tan enteras las señales de estos trabajos, como si del día antes estuvieran concluidos.

Dividíanse ambas líneas en varios ramales, sin duda con el objeto de aprovechar cuantos manantiales encontrasen en su tránsito. Cuéntanse en Cabrera, según nos han informado, hasta siete cauces escalonados en la vertiente de las montañas que mira al Norte, y desde un punto que domina el pueblo de Orellán se divisan algunos todavía. La otra línea, repartida en menos conductos por llevar también algo menos cantidad de aguas, arrancaba de las alturas que dan cima al Oza, pasaba por encima del monasterio de San Pedro de Montes, torcía más adelante el paso por el valle de Villanueva y después de seguir todavía algunos recodos, iba a desembocar en los lavaderos de las minas. Agradable debía ser la vista de todos estos raudales que, como otras tantas cintas de plata, culebreaban perdiéndose y volviendo a aparecer en los senos de aquellas montañas tan ásperas, solemnes y silenciosas. Desde las negruzcas y peladas rocas de Ferradillo, que enseñorean a la vez el apacible lago de Carucedo, las montañas y llanura de las minas y los sitios por donde venían aquellos milagrosos canales, debería aparecer este espectáculo en toda la deformidad y grandeza que imprimían a sus escenas y a sus obras las naciones antiguas que abrigaban la esclavitud como un síntoma necesario de vitalidad.

Semejantes empresas, una vez llevadas a cabo, debían agotar al parecer el ánimo y las fuerzas de los mismos señores del mundo, pero la naturaleza les disputaba sus dones con tal tesón, que hubieron de continuar su esfuerzo todavía. El reducido llano



LEON.  
Fachada de San Marcos.



CANGAS DE ONIS (Asturias).  
Carretera a Panes.



que se extiende al pie de los montes y donde hoy está asentado el pueblo de Las Médulas es una especie de cuenca circunvalada de montañas y que no ofrecía salida a las aguas que servían para el lavado del mineral. Forzoso fue, por tanto, abrirla, y la profunda y terrible garganta de Balouta, cortada a pico, como todavía lo publican sus paredes llenas de recortes y esquinas vivas y salientes, vino a coronar sus inmensas obras preparatorias.

Entonces fue, sin duda, cuando, desembarazados de todos los cuidados preliminares, volvieron sus ojos al objeto de tantos desvelos y emprendieron la explotación de las minas en su acostumbrada escala. Los infelices que al morir extenuados de cansancio podían respirar el aire fresco de las cañadas y mirar por última vez el claro sol de España, sin duda encontraron más triste y estrecho sepulcro en las entrañas de los montes.

Gran parte de las galerías que los taladraban se han hundido, pero todavía quedan enteras y prolongadas infinidad de ellas marcadas con el mismo sello. La tierra parece de bermección puro, según lo encendido del color y todas las señales son de un criadero abundantísimo de oro.

La última vez que visitamos estos lugares fue en el otoño de 1840. El guía que debía conducirnos por los enmarañados laberintos subterráneos era un hombre no menos extraño por su traza que por sus discursos. Pasaba ya de los sesenta, era seco, andaba un poco encorvado y en su semblante se traslucía aquella malicia y sutileza que viene a ser la cualidad dominante de los aldeanos de este país. Todo su atavío consistía en unos pantalones de lienzo blanco, una chaqueta que llevaba echada por encima de los hombros y un pañuelo rodeado a la cabeza. Iba descalzo y aunque cuando le mirábamos se apoyaba con más fuerza en su palo y deslizaba alguna indirecta sobre el estado de sus pies, el hecho es que con ellos desnudos caminaba sobre los erizos de las castañas y los garranchos de las malezas como si pisara una mullida alfombra turca. El equipaje de su entendimiento no tenía menos de extraño que el de su persona, porque era hombre que, sin duda, con alguna expresión que había atrapado al vuelo a las pocas gentes instruidas que han ido a examinar estos parajes y con los consejos y cuentos de las viejas había llegado a formar el más descomunal maridaje que imaginar se puede.

Hablaba del *emperador Plinio* que había tenido su corte en aquellos cotarros y barajaba moros y romanos en la más chistosa confusión del mundo. Dijonos su nombre de bautismo, que

a causa de las hazañas y diabluras de su juventud, un digno tío suyo, su protector y maestro, había trocado en el de Ferrascús, que él, por su parte, con su acostumbrado respeto a la exactitud histórica, había convertido en el de *Ferrascús*, más sonoro y significativo en su entender. Por muy dado que fuese a los estudios de la Historia, según se dejaba traslucir, algo más aficionado se mostraba a la metalurgia, y sobre hallazgos preciosos y sobre ocasiones de hacerse rico tontamente desaprovechadas, nos ensartaba a cada parada sendas y curiosas mentiras.

En compañía de este digno personaje y de algunos amigos y bien provisto de luces y cordeles por si fallaba la ciencia topográfica del valeroso Ferrascús, comenzamos a trepar la montaña en una hermosa y clara mañana. Poco tardamos en vernos encerrados entre barrancos profundísimos, flanqueados de altas y tajadas murallas de barro colorado, coronadas con remates de caprichosas formas. Aquí se levantaba un castillete de la estrellada figura moderna, allí una atrevida pirámide redonda, elevada y aguda, acullá un torreón arruinado de un alcázar de la Edad Media y algo más lejos grietas y aberturas puntiagudas que se asemejaban a las afiligranadas ventanas de una catedral gótica. La tierra parecía profundamente atormentada, crecían los castaños silvestres en aquellas laderas inaccesibles y apenas se conocía más huella que la de los jabalíes que venían a roer su fruto. Preguntamos a nuestro guía la causa de este fenómeno y nos lo explicó tanto más lisa y sencillamente cuanto que no tuvo que implorar la ayuda del *emperador Plinio*. Las galerías que se han ido hundiendo han ofrecido a los torrentes de invierno un cauce tan estrecho, que, aprisionados en él, han doblado su fuerza y cavado al fin unas cárcavas de extraordinaria profundidad; pero como las cepas de las bóvedas subterráneas quedaban en pie, ha resultado que ganaban en elevación lo que los barrancos en hondura y que, modificados sus restos por los diversos accidentes del hundimiento y luego por el sol, el viento y la lluvia, han llegado a presentar el fantástico aspecto que hoy las distingue.

Reconocido de esta suerte el terreno, entramos en las galerías que aún se conservan y las examinamos atentamente. Son la mayor parte de gran altura y algunas tienen una forma puntiaguda que les da cierto aire de semejanza con las naves de las catedrales góticas. La montaña está surcada y abierta en mil direcciones distintas y estos trabajos guardan cabal consonancia de atrevimiento y de grandeza con los que ya conocen los

lectores. Cansados por fin de vagar por aquellos oscuros callejones, dirigímonos a una claridad que se advertía en el fondo de uno. Era una abertura de forma irregular con una mata de roble en su orilla por donde entraba el sol del otoño. El que iba delante se asomó a la rústica ventana, pero retrocedió sin color y turbado, no sin razón, la verdad, porque había visto a sus plantas el abismo. Era un despeñadero de más de doscientos pies perpendicularmente cortado y los castaños del valle parecían albahacas, cabras los bueyes y muchachos los hombres que se ocupaban en recoger la castaña. El costado del derrumbadero que teníamos enfrente y a pocas varas de distancia se asemejaba al nuestro, pero las lluvias le habían adornado con labores confusas de barro, que parecían unas plantas exóticas incrustadas en él. En el marco de aquel extraordinario mirador estaban grabados varios nombres, de sujetos conocidos del país y algún otro extranjero, pero casi todos borrados ya. A instancias de Ferrascús pusimos también los nuestros que las lluvias del invierno siguiente no dejarían de lavar, privándonos así del consuelo de que algún pastor los rayase con su cayado, después de delectarlos torpemente.

Frustrado así nuestro propósito de encontrar salida por esta parte, tuvimos que deshacer lo andado y buscarla por algunos agujeros prolongados, estrechos y en cuesta que un amigo nuestro llama con cabal exactitud *buzones*. Arrastrando como culebras salimos uno por uno a ver la luz, pero esta natural satisfacción se enturbió no poco a vista de un sendero de dos pies escasos de anchura, flanqueado de dos precipios semejantes al de la ventana que era preciso atravesar. Atravesámoslo por fin no sin temor de que algún perdiguero de los que llevábamos nos hiciese dar un esguince que pudiera conducirnos al fondo en no muy grandes pedazos y nos sentamos en un ribazo a descansar y disfrutar del magnífico panorama que delante de nosotros se desplegaba.

Teníamos a nuestra derecha la risueña llanura del Bierzo, que, cubierta por una ligera neblina y terminada por una cadena de azuladas montañas, parecía al primer aspecto el mar con un horizonte de nubes. Observando un poco más, se divisaban sus pueblos y sus ríos, sus praderas y viñedos, sus llanos y colinas, la explanada del antiguo *Belgidum* y los conventos de Carracedo y de Cabeza de Alba con sus contornos y perspectiva general extraordinariamente suavizados por aquel transparente vapor que los envolvía. Casi a nuestros pies, el tranquilo lago de Carrucedo parecía un verdadero espejo, pues en sus aguas

se pintaban las blandas colinas y encinas viejísimas que lo cercan, con sus naturales formas y colores, sin que el soplo más fugaz viniese a alterar su esmaltada y reluciente superficie. Y luego, enfrente y como para contrastar con estas escenas tan sosegadas y llenas de quietud, veíamos de perfil y como en esqueleto las despeñadas cárcavas de las minas, sus tonos crudos y ensangrentados, sus senos cuarteados y rotos y las naturales fortificaciones de sus picos, que todavía parecen sobrevivir a la ruina universal para abrigo y morada de los espíritus errantes de sus antiguos amos, verdadera raza de Nemrod que desafiaban al tiempo con sus obras y al cielo con sus delitos. Los destrozos causados por la mano de los siglos realzan la escena, y la miseria, soledad y abandono presentes corresponden a la pasada opulencia, animación y vida. Aquel Mario tan grande entre los últimos romanos, sentado en las ruinas de Cartago, se nos vino a la imaginación y el tropel de reflexiones amargas, que siempre inspiran las severas lecciones de la Providencia y del tiempo, nos atajó por muchos minutos el uso de la palabra.

Todavía teníamos por ver la ruina llamada de Orellán, por estar abierta en una montaña que domina este pueblo. Echamos a andar por un canal seco que venía por el costado del a cordillera y que todavía está a trozos tan entero como el del Manzanares. Más de medio cuarto de legua caminamos por él no sin admirarnos de su solidez, e, internándonos en un país enteramente áspero y montaraz, llegamos por fin a la boca de la mina. Desde ella se alcanzaban a ver todavía otros dos o tres cauces de los que traían las aguas de Cabrera, llamados impropiamente carriles por los naturales, abiertos a diversas alturas y que se perdían en uno de los muros recodos de aquellos cerros. Como la entrada de la mina estaba casi del todo obstruida, tuvimos que emplear para introducirnos el mismo medio que habíamos usado para salir de la anterior: es decir, el de arrastrarnos. Encendimos las luces y procedimos a un registro.

De las galerías que se conservan ésta es, con razón, la más famosa por su extraordinaria extensión y anchura. La bóveda es perfectamente semicircular y el piso está formado de una arcilla ligeramente humedecida que proporciona un pavimento cómodo y mullido. Las infinitas gotas de agua filtrada que pendían de la bóveda o asomaban a las paredes, heridas por las luces semejaban una inmensa pedrería compuesta de diamantes, esmeraldas, zafiros y rubíes y la oscilación de las velas y nuestros continuos movimientos les prestaban unos cambiantes y co-

lores que robaban la vista. El aire era grueso y húmedo, la obscuridad semejante a la que nos pinta lord Byron en su poema de *Las tinieblas*, y el buen Ferrascús, que con su escaso traje blanco y su cuerpo compuesto, al parecer, de raíces, según era de flaco, iba delante a cierta distancia con una vela encendida en la mano y envuelto en su moribundo resplandor, parecía el alma en pena de algún hambriento esclavo que andaba en busca de las sobras del festín de sus señores. El buen hombre, que hasta entonces había tenido la prudencia de no mentar fantasmas ni apariciones, hablaba entonces de ellas con frecuencia y en el estudiado desprecio con que las trataba y en las bravatas que vertía mostraba bien a las claras y con gran diversión nuestra que no las llevaba todas consigo. Por nuestra parte, aunque de cierto hubieran salido, acostumbrados a la facha grotesca de nuestro guía, ninguna impresión nos hubieran hecho.

Durante un largo trecho la galería no tiene más que un ramal, pero al fin de éste se encuentra una plazoleta, desde la cual arrancan varios, que luego se subdividen por su parte. Aquí atamos nuestro cordel a un canto grande con suma desaprobación de Ferrascús, que llevaba muy a mal la poca fe que poníamos en sus protestas y experiencia; pero había entre nosotros quien se acordaba de una aventura sucedida a ciertas personas conocidas del país, que después de andar todo un día perdidas por aquellos laberintos con su guía, sólo debieron su restitución al mundo de los vivos a un pastor que acertó a pasar por un despeñadero al cual daba una abertura de la mina y que según sus instrucciones trajo todo un lugar en su auxilio. La escena nos parecía mejor para contada que no para pasada y por eso fiábamos más del expediente de Ariadna que no de nuestro hombre. Echamos por el ramal de la derecha y después de recorrer muchos subalternos llegamos por fin al que tuerce en dirección a Orellán y que está enteramente inundado. No pudimos calcular su extensión, pero nos aseguró nuestro *cicerone* que se oía desde él el canto de los gallos del pueblo, en cuyo caso deberá ser muy largo. Atajados así en nuestras investigaciones, hubimos de volvernos por los pasos que habíamos traído y ya a la boca de la mina se nos ocurrió experimentar la elasticidad del aire con nuestras escopetas. Disparamos, en efecto, varias veces y cada explosión parecía la de una pieza de artillería, que perdiéndose y quebrándose a lo lejos por aquellas concavidades, figuraba un sordo temblor de tierra. Salimos en seguida a la luz, que ya teníamos ganas de ver, y después de

haber comido con apetito bajamos por una senda de cabras que era un zigzag, continuando a la aldea de Las Médulas, que cruzamos de largo en busca de otra mina llamada La Palomera, cercana a Salas de la Ribera.

Está abierta en peña viva y ha sido bautizada con el nombre que tiene, a causa de la infinidad de palomas que en ella se albergan. Dícese en el país que era de plata, pero como el agua que la encharca llega hasta la entrada misma, nuestras observaciones no fueron de provecho alguno. Sólo vimos y tomamos un poco de ocre finísimo del que había bastante abundancia a orillas del agua. Cerca de La Palomera y en el terrible desfiladero de Balouta hay una gruta llena de bellísimas estalactitas que figuran gran porción de musgos y otras plantas petrificadas, teñidas todas de frescos y vivos matices.

Aquí tuvimos el disgusto de separarnos de nuestro buen Ferrascús, que nos hacía muchas protestas de agradecimiento por haber provisto a la desnudez de sus pies, aunque no faltaba entre nosotros algún descreído que afirmaba que la perspectiva de la taberna era la que así le desataba la lengua y alegraba el corazón.

Los restos de la población romana han desaparecido enteramente y ni aun por tradición se sabe exactamente su sitio, pero además de las obras ya mencionadas, hay vestigios que no se borrarán tan pronto. Los inmensos montones de canto rodado que cubren la corta llanura de Las Médulas atestiguan el ahínco y constancia de aquellos trabajos y no menos lo prueban los amontonamientos de tierra hechos cerca de la orilla meridional del lago de Carracedo. A poca atención que se ponga, fácilmente se conoce que aquella especie de collados no son de formación geológica, sino artificial, porque como las capas no tienen entre sí cohesión natural alguna, las aguas invernalizas las han minado fácilmente, separándolas por zanjas profundas que en ninguna de las colinas cercanas se observan.

Con estas señales dejó marcado su tránsito por esta tierra el pueblo rey. El tiempo ha revestido sus ruinas de su severa y tremenda majestad, y en el día, tan curioso estudio ofrecen al mineralogista y el geólogo como desconocidas y sublimes escenas al dibujante. La vista de las minas por detrás tendrá poco semejante en el mundo entero, porque no es fácil reunir todos los accidentes naturales y artificiales que han concurrido a darle su raro aspecto. Por nuestra parte, no hemos leído ni oído cosa igual.

Y ya que la ocasión se brinda tan oportunamente, llamare-

mos sobre este país la atención de las infinitas gentes que van a buscar en las entrañas de la tierra el aumento de su fortuna y el ventajoso empleo de sus capitales. Sepan (porque muchos habrá que lo ignoren) que en este país son infinitos los manantiales de aguas minerales, que sólo de las arenas auríferas que el Sil arrastra se alimentan muchísimas personas y que las minas de Las Médulas, de La Chana y La Palomera, abundantísimas en sus respectivos metales, están dentro de un radio de una legua. El sol no sale en Cartagena para ponerse detrás de sierra Almagrera; desde los romanos acá nadie ha escarado siquiera la superficie de esta tierra: a poco tiempo se encontrarían obreros en abundancia y jornales baratos y en nuestro entender no tendrían motivos para arrepentirse. Piénsenlo bien y venga a cerciorarse por sus ojos de que cuanto llevamos dicho no es más que una parte de lo que hay y tal vez no la mayor. El distrito se lo agradecería muchísimo, pues sólo a la sombra de grandes empresas puede remediarse el grave síntoma de prostración que le aqueja, la dispersión y subdivisión infinita de los capitales. De esta suerte podrían abrirse los caminos y comunicaciones de que tanta necesidad tiene un país a quien su misma fertilidad ahoga y empobrece y la provincia entera ocuparía el lugar a que la llama su situación, las propiedades de su suelo y el natural despejo de sus habitantes.

NOTA.—Recientemente se ha formado en el Bierzo una sociedad minera, a la cual, sin excepción, todos han prestado su apoyo. La idea no ha podido ser más popular. ¡Ojalá que los resultados correspondan a esta idea tan noble como beneficiosa para el país!

### III

Las memorias que los bárbaros sucesores de los romanos dejaron en el Bierzo son también numerosas, si bien en su mayor parte se ligan al orden religioso. El monasterio de Compludo, el primitivo de San Pedro de Montes y el de San Félix Visuniense fueron fundados por San Fructuoso, vástago de la estirpe real de los godos y de otra porción de monumentos de esta clase y de santos que los poblaron e ilustraron con sus virtudes se conservan recuerdos bastante claros. Pero las devastaciones consiguientes a la irrupción de los moros, la ausencia de los sacerdotes y la fuga y espanto de los fieles fueron causa de que viniesen al suelo todas las obras levantadas por la piedad de los

príncipes y señores godos. Nada de este período se conserva que pudiera suministrar alguna luz sobre sus artes y cultura, y a no ser por los instrumentos que en los archivos de la catedral de Astorga y de los monasterios restaurados se guardan, ni sospecharíamos quizá su existencia.

Cuando los españoles arrinconados en las montañas del Norte volvieron en sí y, despertando el innato valor, fueron reconquistando con el acero la herencia de sus padres, todo el territorio actualmente comprendido en la provincia de León fue el primero tal vez que se arrancó de las manos de los infieles; pero en tan azarosa época era muy común ganar y perder sucesivamente varias veces una plaza en un breve espacio de tiempo. En cada una de estas vicisitudes la población o perecía bajo la cuchilla del vencedor o solía en gran parte emigrar cuando las capitulaciones se ajustaban sobre bases más humanas; pero, de todos modos, alternativas tan dolorosas y frecuentes hacían mediar generalmente mucho tiempo entre la reconquista de un territorio y su repoblación. Por todas estas razones, el Bierzo debió de estar mucho tiempo en manos de la soledad y del abandono, bastantes de por sí para dar al traste con obras en que probablemente la rudeza de la edificación no había asegurado duración dilatada. Aun recobrada esta tierra y asentado en ella con alguna solidez el poder de los cristianos, ocupados los ánimos exclusivamente por las artes de la guerra, mal podían emplearse en las que son hijas de la paz y del orden; de manera que hasta los siglos ix y x la arquitectura no comenzó a dar señales de vida.

Nadie duda en el día que sin la providencial organización del catolicismo, el caos de la Edad Media se hubiera prolongado indefinidamente y que en el altar se encendían las luces que iban guiando al mundo por la obstruida senda del progreso. Nadie duda que la unidad teocrática, única posible en aquel revuelto orden de cosas, fue el estandarte y la lumbrera del mundo, pero si alguno hubiera que vacilase todavía en adoptar semejante opinión (dado que nombre de tal merezca un axioma histórico), fácilmente disiparía toda clase de incertidumbre la vista de este país. Los monasterios fueron los centros de su resurrección moral y material; a su sombra se alzaron los pueblos, a su impulso se desmontaron los bosques, se abrieron caminos, se cruzaron ríos y se animaron los desiertos. Ponferrada se formó en un principio alrededor de un puente fabricado por el obispo Osmundo sobre el Sil en el siglo x y luego llegó a ser población y fortaleza de importancia bajo los templarios. Villa-



franca nació de una ermita levantada por unos sacerdotes de Cluny que administraban los sacramentos a los infinitos peregrinos que iban a Santiago. Carracedo, Vega de Espinareda, San Pedro de Montes, Peñalva y otros pueblos han crecido a la raíz de sus monasterios como otros tantos retoños; y si montañas inaccesibles y valles desiertos abrieron su seno a la cultura, si las artes y el saber han derramado sus resplandores divinos aun en medio de sus obscuras soledades, es porque las Ordenes religiosas desenvolvían ya entonces, aunque imperfectamente y atendiendo principalmente al orden moral, las milagrosas fuerzas hijas del espíritu de asociación.

Del siglo IX hasta el XII datan los monumentos más notables de este país. San Genadio, obispo de Astorga, reedificó a San Pedro de Montes en 895. Salomón, su sucesor, levanto la iglesia de Peñalver por los años de 933. La bailía de los templarios de Ponferrada llegó en el siglo XII a un esplendor extraordinario y en el mismo siglo el rey Alfonso VII y su hermana la infanta doña Sancha fundaron de nuevo y ensancharon el monasterio de Carracedo con su bella iglesia. Las de igual género que se ven en Corullón, Villafranca y Otero de Ponferrada tienen todas, sin duda, la misma fecha. Hablaremos de estos monumentos, aunque brevemente, según su orden cronológico.

El camino que conduce desde Ponferrada a San Pedro de Montes está adornado de todas las bellezas y accidentes graves, terribles y risueños propios de un país montañoso. El Valdueza o valle de Oza, por cuyo fondo corre este río, presenta desde San Esteban una faja de frondosidad y frescura infinita, pero sumamente estrecha, flanqueada en ambas orillas por dos cordilleras que le aprisionan hasta su fin. Las huertas y prados, los frutales y árboles silvestres, los emparrados que a veces extienden sobre el camino su rústico dosel y los pueblecitos que a cada paso se encuentran a la margen de aquel río tan cristalino, donde se ven las truchas deslizarse sobre las guijas y ocultarse en las raíces de los árboles, entretienen agradablemente al viajero. Pero si por casualidad alza la vista, la estrechura del paisaje le acongoja y conoce que, aunque embalsamado, respira al cabo el aire de una prisión. Afortunadamente, semejante reflexión rara vez ocurre al que cruza de paso estas honduras, porque son tantas sus gracias y variedad, que la vista se da por satisfecha con tan lindos cuadros.

En el último tercio del valle el camino se aparta de él y sube a la montaña. Allí comienza la soledad con sus peculiares escenas y sensaciones. Los ruidos del valle se apagan, desaparecen

los pájaros de sus jardines, el silencio es el único señor de aquellos ásperos collados y solamente se percibe confuso y quebrado por los ecos el rumor sordo y monótono del Oza que corre por aquella angostísima garganta a una profundidad tremenda. Crecen los matorrales con pujanza y el camino que en las revueltas de los cerros y bajo sus sombras se oculta da al país el aspecto ciego y enmarañado de aquella *selva selvaggia ed aspra é forte* que Dante encontró en la mitad del camino de su vida. El valle del Silencio que a la izquierda se extiende, es el único paisaje por donde puede espaciarse la vista del viajero, pero al punto desaparece y los mismos empinados montes y el mismo río con su voz lejana y doliente vuelven a derramar en su alma la anterior impresión de melancolía.

Por este desierto a la sazón horrible dirigió sus pasos en el siglo XII un godo de sangre real en busca de aquella quietud interior que aun en el monasterio de Compludo, fundación suya reciente, huía de su ánimo. Cerca de las fuentes del Oza, en el seno más apartado de aquellas asperezas, en un principio colgado sobre el río y debajo de un fuerte o castillo romano destinado a proteger las líneas de canales que ya dimos a conocer en el artículo anterior, encontró por fin San Fructuoso un paraje acomodado a su intento y allí fundó el monasterio de San Pedro de Montes. Con la irrupción mahometana, abandonado de los fieles, se vino a tierra, y cuando tres siglos después quiso volverlo a su antigua fama y santidad San Genadio, obispo de Astorga, sólo encontró un montón de escombros, zarzas y malezas en el antiguo jardín de la esposa del Señor. Reedificó el convento y la iglesia (4); "más con el sudor propio y de sus compañeros que con la opresión del pobre", y no contento con esto, levantó más tarde otro mejor y más digno templo.

La elección del sitio no podía ser en verdad más acertada para los pensamientos severos de aquellos anacoretas, y la sensación que produjo en nosotros el monasterio con su aldea en una tarde nublada y lluviosa es de aquellas que tarda mucho en borrar la mano del tiempo. A vista de aquellas montañas enriscadas en aquella soledad triste y oscura, donde al rasgarse las nubes del invierno tal vez se mostraron los cielos a los contemplativos monjes en todo su esplendor y majestad, sobran, en verdad, los devaneos mundanos y las frágiles esperanzas terrenas.

---

(4) Testamento de San Genadio.

Aprovechamos lo que nos quedaba de tarde en examinar las cercanías del monasterio y su huerta, que es una verdadera escalera cultivada, y por último bajamos a la iglesia edificada por San Genadio y bendecida en 919. Es de tres naves y bastante alta y espaciosa, pero tan ruda y tosca en su fábrica, que bien se descubre el atraso del arte. Las naves están compartidas por una especie de pilares gruesísimos de los cuales arrancan unos arcos tan tenues y delgados, que más que otra cosa parecen unos puentecillos de madera con dos enormes peñascos por estribos. Ninguna especie de labores adornan sus ventanas y puertas y toda ella es un embrión arquitectónico confuso en que ningún estilo se presenta claro y determinado.

Entre los retablos hay uno pintado con unas tablas pertenecientes, sin duda, a la escuela alemana, en que resaltan todas las bellezas y defectos propios de sus autores; gran corrección en el dibujo, vivo sentimiento en las cabezas y extraordinaria prolijidad y esmero en los pormenores junto con un colorido desmayado y lánguido, una composición poco hábil, unas formas prolongadas y flacas y un plegar duro y esquinado. El resto de los altares no sólo es inferior, sino de un gusto detestable y churrigüesco. El convento, asimismo, no ofrece nada notable, porque el de San Genadio hace tiempo que había venido a tan ruinoso estado que hubieron de levantar los monjes de nuevo.

Bajo su techo hospitalario pasamos la noche y muy de madrugada emprendimos nuestra caminata a la ermita de Nuestra Señora de la Aguiana, que si bien muy inmediata a nosotros, apenas habíamos visto despojada de su ropaje de nubes el día anterior a causa de su extrordinaria altura. La atmósfera se había ido despejando después de la tormenta de la noche y un viento del Norte iba barriendo rápidamente sus vapores hacia el Mediodía. El olor de las jaras y tomillos humedecidos por la lluvia embalsamaba el aire y sus infinitas gotas pendientes de los brezos y relucientes a los primeros rayos del sol fingían por dondequiera aderezos de diamantes y pedrería de formas caprichosas.

Cuanto tiene de vestido y frondoso el paisaje hasta llegar al convento, otro tanto tiene de desnudo y estéril hasta el pico de la Aguiana. Las plantas más crecidas que se encuentran son brezos y una especie de retamas espinosas, pero, en cambio, aquellas laderas son abundantísimas en hierbas medicinales. La subida es tan penosa, que cerca de su mitad hubimos de detenernos a tomar aliento al pie de unas altísimas peñas de líneas muy hermosas y agradables tonos. Brotan a su raíz unas fuentes con

cuyo jugo se alimenta una pradera en donde paraba un rato la procesión y descansaba la Virgen cuando peregrinaba del monasterio a su santuario. Allí nos sentamos, cuando una perdiguera nueva que llevábamos, asombradiza a fuer de tal, ladró espantada probablemente de tanto silencio y al punto salió de las rocas otro ladrido distinto, luego otro más apagado, otro más débil después y, por último, uno casi imperceptible. El animal, encolerizado y asustado a un tiempo, repitió los ladrillos y eran tantos los que devolvían los peñascos que parecían contestación de una numerosa trailla.

Sorprendidos con este fenómeno, acallamos nuestro animal como pudimos y empezamos a gritar palabras de tres o cuatro sílabas, que el eco repetía fielmente. Disparamos, por último, un escopetazo, y la explosión, perdiéndose en aquellas quiebras innumerables y sonoras, parecía una descarga hecha por una extensa línea de infantería detrás del monte. Al estrépito salieron de ellas las águilas y aves de rapiña que las habitan y poblaron el aire con sus ásperos y desacordes chillidos (5).

Sin ver huella humana ni oír más voz que la de estos pájaros carnívoros, continuamos nuestro camino. A medida que subíamos, el aire se iba haciendo más frío y agudo, de manera que a dos tercios de la altura tuvimos que envolvernos en nuestras capas, sin embargo de ser aquel día el 3 de agosto. Seguía el viento impeliendo las nubes, y la ermita, tan pronto cubierta con ellas como descubierta, parecía una nave combatida de la tempestad. Llegamos, por fin, a la cumbre y las postreras se estrellaron a nuestros pies, envolviéndonos por unos instantes en su manto húmedo. Sólo una que parecía la reina de todas por su majestuoso contorno y su masa blanquecina y densa venía flotando lentamente hacia nosotros, semejante al casco des- arbolado de un navío de nácar. Pasó, por fin, a nuestro lado con extraño ruido y entonces todo quedó sosegado y sereno, presentándose a nuestra vista un espectáculo maravilloso. Al principio estuvimos un buen rato como mareados y desorientados de todo punto; pero pasada esta primera impresión de aquel aire sutilísimo y ordenadas algún tanto nuestras ideas, pudimos disfrutar de las escenas que nos rodeaban.

A nuestros pies teníamos el monasterio que acabábamos de

---

(5) Junto a Montes nos enseñaron una roca aislada e inaccesible a donde un águila arrebató un niño a vista de su madre y lo devoró con todo desahogo. Todavía hay testigos oculares de este suceso espantoso, y la peña se llama desde entonces la *Peña del Águila*.

dejar y el Oza con su despeñado curso, que a un tiempo veíamos nacer y morir en la hermosa vega de Toral de Merayo, por donde va a perderse en el Sil. A nuestra derecha descollaban los picos blancos y altísimos de Peñalva y más allá se extendía un horizonte extensísimo, en donde se descubre hasta La Bañeza. A la izquierda de toda la parte de Valdeorras hasta el valle de Monterrey, por espacio de muchas leguas. A nuestra espalda, la Cabrera agreste, altísima y erizada de montañas. Y a nuestro frente el Bierzo en toda su extensión, desde Villafranca hasta Manzanal, desde nuestro sitio hasta las montañas de Ancares, con su variada y vistosísima escala, con las cordilleras que lo surcan, los ríos que lo bañan, los castillos que lo decoran, los monasterios e iglesias que lo santifican, las poblaciones que lo adornan, las arboledas que lo refrescan y los campos, praderas y viñedos que derraman en él sus raudales de abundancia. La ribera de Bemibre se presentaba risueña con su fértil llano de linares y trigo, las graciosas ondulaciones de sus laderas y el convento de la Peña que la enseña como una atalaya desde su escarpada altura. Ponferrada, aunque casi la mirábamos a vista de pájaro, ofrecía en un bellissimo escorzo su orgulloso alcázar templario y el alegre mosaico de sus tejados encarnados y azules. Cacabelos y Carracedo aparecían rodeados de verdes parques a la margen del Cua y el collado del *Belgidum*, semejante a un estrecho terrado, apenas se distinguía. Las orillas de los ríos parecían otras tantas alamedas y frondosos paseos, según las masas de verdura que les sombreaban, y las montañas lejanas las últimas gradas de aquel soberbio anfiteatro natural. Por desgracia, el lago de Carucedo y los montes y barrancos de Las Médulas se escondían detrás de las obscuras rocas de Ferradillo, pero aun a pesar de estas sensibles faltas, estamos seguros de que será una de las vistas mejores de la Península.

Desde aquella altura se distingue claramente la extraña figura geológica del Bierzo, pues se ven los tres grandes estanques que en otro tiempo la dividieron y las estrechas gargantas que fueron dando paso a las aguas. Desde allí se divisa también la excelente línea militar con que los romanos ponían a cubierto este rico distrito de las invasiones de los astures y algunos restos de sus trabajos mineros. Desde allí se descubren, por último, los sitios ilustrados por los godos y por los templarios y en medio de este círculo de recuerdos, en el centro de todas estas grandes ruinas, el hombre reconoce por su padre al barro y por su única fortaleza y esperanza al Dios que le animó con su soplo divino. ¡Dichoso aquel que lleva limpias y sin amargos borro-

nes las páginas del libro de la memoria a semejantes sitios! ¡Dichoso aquel para quien el porvenir es el crepúsculo de la mañana! ¡Venturoso mil veces, porque la voz de las muertas alegrías no le murmurará al oído aquellos dolorosísimos versos de un amigo cuya imagen querida jamás se apartará de nuestro corazón.

¡Ay! Aquel que vive solo en lo pasado...  
 ¡Ay! El que su alma nutre en su pesar,  
 las horas que huyeron llamara angustiado,  
 las horas que huyeron y no tornarán... (6).

Nos habíamos propuesto dirigirnos a Peñalva, siguiendo la ceja de las montañas, pero hubimos de desistir de semejante propósito, no sólo por el frío penetrante que sentíamos a tamaña elevación, sino porque hubiéramos tenido que emplear cinco horas de camino, que sobre las dos gastadas ya en subir, hubieran acabado con nuestras fuerzas. Recogimos, pues, nuestro anteojo y bajamos de aquella eminencia, cuya altura no pudimos calcular por no llevar barómetro ni instrumento alguno. Deshicimos lo andado hasta Montes y cruzando el Oza nos internamos en el valle del Silencio, estrecho y escarpado no menos que el que dejábamos, aunque más solitario y silvestre todavía. A su cabecera hay un pequeño altozano con su linda planicie, que, saliendo de tan lóbregas angosturas, parece muy iluminado y alegre. Tres montañas paralelas, blancas y desnudas, se levantan junto a él y abren paso a otros dos reducidos pero hermosos valles. En vano el corzo buscaría la sombra de los arbustos en sus descarnadas laderas: ni plantas ni yerbas crecen entre sus grietas blanquecinas y sólo en uno de ellos vimos tal cual pie de encina menguado, raquítrico y medio seco. Una maldición misteriosa pesa, al parecer, sobre estos picos, calcinados y trastornados quizá por algún antiquísimo volcán y condenados a perpetua esterilidad en medio de una naturaleza pomposa y llena de lozanía.

En el seno de estas rocas hay varias cuevas donde San Genadio y sus monjes se retiraban por la Cuaresma y Adviento a hacer rígida y severa penitencia. Los senderos que a ellas conducían se han borrado y apenas las cabras mismas pueden frecuentarlos, pero la del santo conserva su camino que la devoción persevera en trillar. Es bastante espaciosa, aunque no ofrece cosa notable de cristalizaciones y estalactitas. En el medio hay una cruz de madera que todavía vimos coronada con una guir-

(6) ESPRONCEDA, *El estudiante de Salamanca*.

nalda de azucenas puestas por mano de los romeros el día de San Juan. Era, como dejamos dicho, el 3 de agosto, y, sin embargo, las flores conservaban algo de su cándida hermosura, debido, sin duda, a la frescura y retiro del sitio.

El paisaje es tan grave y ascético, que el espíritu religioso de aquellos tiempos no podía menos de elegirle para teatro de sus contemplaciones, si alguna vez acertaba a verlo. San Genadio, que vivió a últimos del siglo ix y principios del x, lo amó con particular afición y fundó la iglesia de San Andrés, el monasterio de Santiago de Peñalva, otro monasterio llamado solamente de Peñalva y un oratorio, además, a Santo Tomé en el sitio dicho Silencio, como el mismo santo refiere. Probablemente semejantes fábricas no tenían toda la solidez que era de desear, pues en el día nada queda de ellas, si se exceptúan las cuevas que la naturaleza labró por su mano, el nombre del Silencio dado al río, más por las calladas y solemnes escenas que presenciaba en su origen que no por su retorcido y despeñado curso y, por último, la iglesia levantada por el obispo de Astorga, Salomón, segundo sucesor de San Genadio y su discípulo.

Ocupa ésta, con el actual pueblo, la linda rinconada que hace el valle en su principio. Por fuera nada la recomienda, pues su pórtico está compuesto de una tosca galería cubierta que la ciñe y que desde muchos siglos acá sirve de cementerio. Pero ¡cuál no debió ser nuestro asombro cuando al abrir las puertas nos encontramos con una entrada de dos arcos de herraduras, con una columna enteramente árabe de mármol en el centro y otras dos de igual clase y materia empotradas en la pared! El corte y los dibujos, todo revelaba la mano del artífice infiel. Pasamos adelante y esta idea se arraigó más en nuestro entendimiento. La planta de la iglesia no era cruz griega ni latina: su forma enteramente oval presentaba por ambos extremos una identidad absoluta. Elevábase en el centro una cúpula redonda altísima, todas las aberturas y proyecciones tenían por tipo el arco de herradura; no había capillas ni natural proporción para los altares, que de consiguiente parecían miembros mal pegados, si se exceptúan el mayor y el del fondo, en que descansan las cenizas de San Genadio, que tienen sus apartamentos respectivos de forma semicircular, y, por último, la luz del templo debía introducirse por alguna lucerna de la cúpula, en el día tapiada, pues las ventanas que ahora se la suministran son unos feos agujeros cuadrados abiertos de cualquier modo a trueque de no dejarlo enteramente a oscuras. Todas estas circunstancias po-

dían cuadrar muy bien a una mezquita mahometana, pero de ningún modo a una iglesia de Jesucristo.

Esta fábrica estaba ya concluida en el año de 937, reinando en León Ramiro II; pero del nombre del artífice no ha quedado memoria alguna. De todas maneras, semejante monumento, bello, airoso y construido de materias preciosas, enclavado en las montañas tal vez más salvajes y rudas, pero de seguro las menos frecuentadas de España, es un peregrino hallazgo, una verdadera sorpresa para el viajero. No es éste el lugar propio de las muchas reflexiones a que da margen, pero nos contentaremos por ahora con decir que si la historia de los monumentos de un país es la historia de su civilización, su historia, en fin, escritas en las más bellas páginas posibles, muy amargo y desconsolado es ver que se van borrando las más elocuentes sin que haya una mano benéfica que se ocupe en sacarlas a la luz pública.

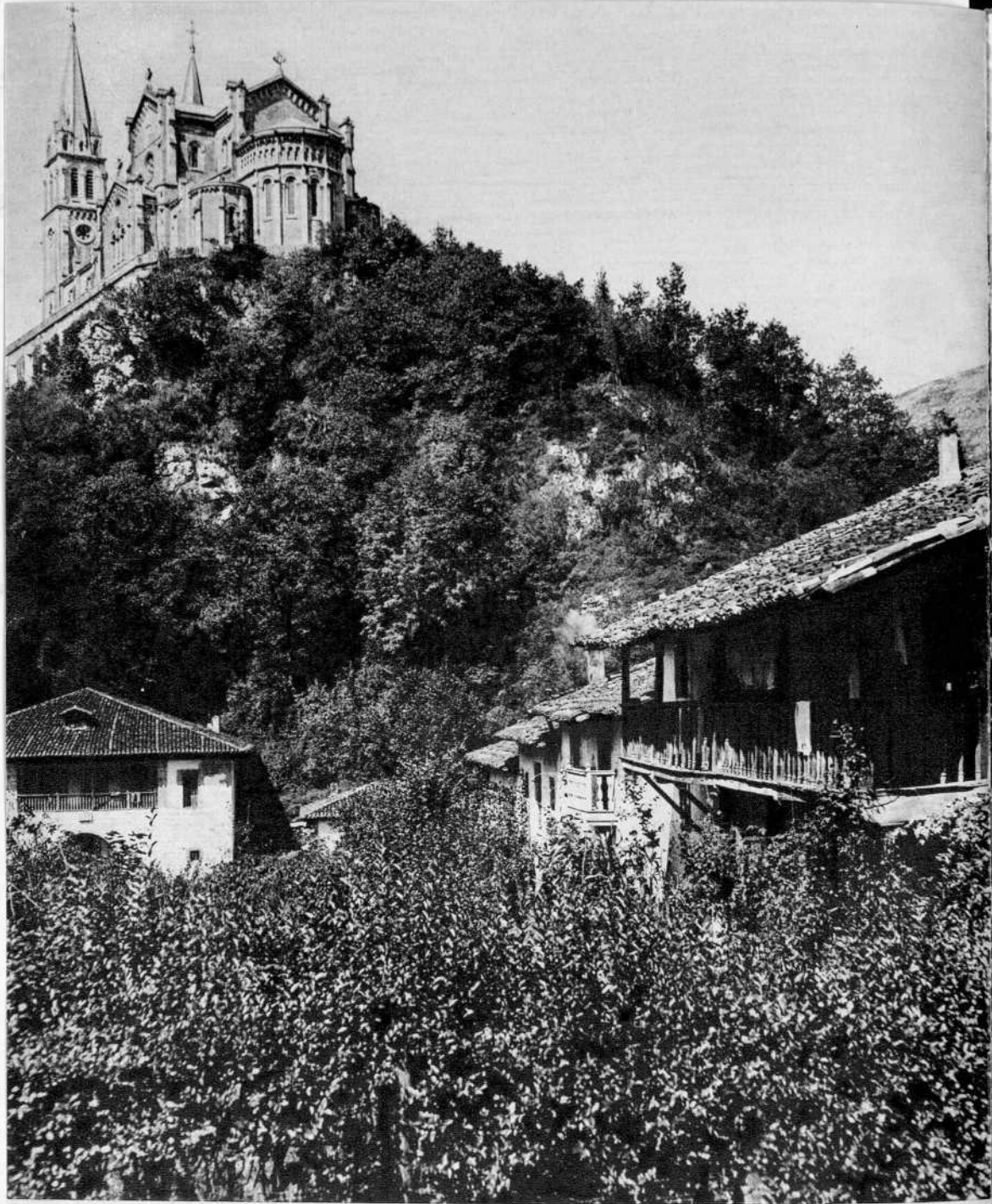
Sabemos que existe una honrosa excepción de esta regla y no queremos dejar pasar esta ocasión sin que nuestra pluma le haga aquí la misma justicia que nuestra memoria le hizo en las soledades de Peñalva. Hablamos de la *España Monumental y Artística*, a cuyos redactores y colaboradores prometimos un aviso que de seguro convendría a su honra y tal vez no estaría reñido con sus intereses. Este aviso va ya envuelto en el presente artículo y en los sucesivos se podrá más de manifiesto. Los recuerdos artísticos que quedan de los siglos medios en toda la provincia de León y muy particularmente en el distrito del Bierzo, merecen la atención de cuantos se interesen en las glorias españolas. Si su publicación, según parece, aspira a ser eminentemente nacional, cometería una gran falta de lógica en prescindir de los monumentos de un país que abrigó en su infancia a la nacionalidad española muerta en el Guadalete, y resucitada en las montañas de Asturias y León. Algunos de los colaboradores de esta interesante obra que personalmente nos conoce debe ver que nuestro amor al arte no se mide por la pobreza de nuestros conocimientos y que si escasos como son pueden contribuir al brillo del país en algún modo, siempre los tendrán a su servicio. Volvamos ya a nuestro viaje.

El vicario de Peñalva nos enseñó entre varias reliquias de San Genadio una especie de bolos con que el santo se entretenía en sus horas de recreo, la reja de hierro en que dormía en su cueva y una argolla del mismo metal que sin cesar traía rodeada al cuerpo: pero lo que más nos llamó la atención fue un cáliz de aquel tiempo, de extraña y tosca figura, con la patena exac-





CANGAS DE ONIS (Asturias).  
Puente romano sobre el río Sella.



COVADONGA (Asturias).  
Basilica.

tamente ajustada a la boca y que alrededor tiene el nombre del donador.

Como la tarde iba entrando y sobre las tres leguas de per-verso camino que traíamos andadas a pie todavía teníamos que andar otras tantas del mismo modo para llegar a Ponferrada, nos despedimos del buen vicario, dándole gracias por su cordial acogida y bajamos al Valdeuza por una senda mala aun para los jabalíes y corzos. La vista de este valle que habíamos cruzado el día antes en una lluviosa y oscura mañana y que ahora desplegaba todas sus galas y pomposa vegetación a la dorada luz de una tarde clara y serena, nos hizo dar por bien empleadas todas nuestras fatigas. Las casas que entre los árboles se veían parecían otros tantos nidos, el río tenía un murmullo más bullicioso y alegre que nunca y los pájaros se despedían de la luz con armoniosos cantares. Por fin, un poco molidos y un mucho satisfechos de nuestra expedición, llegamos a Ponferrada, donde pudimos descansar a nuestro sabor.

#### IV

Hasta ahora sólo hemos hablado de las iglesias de San Pedro de Montes y Peñalva, que más estrechamente que ningún otro monumento de este país se ligan a la restauración de la Monarquía, si bien la segunda, como dejamos dicho, apenas puede contarse entre los destellos del arte cristiano. Los monumentos que van a ocupar ahora nuestra atención pertenecen a una época en que la arquitectura gozó de robustísima vida y pobló el mundo de obras marcadas con el sello de una maravillosa y fuerte unidad.

Sabido es que en el siglo x la Lombardía se elevó a un grado de ilustración y poder que con justicia le ha granjeado la admiración de los hombres y el aplauso de la Historia. La arquitectura que sucedió inmediatamente a la bizantina y se espació por la Europa con prodigiosa rapidez, llevaba su nombre y, sin duda, forma el más ilustre cuartel de su escudo de armas. La rara asociación de los *francmaçons* o albañiles libres, su espíritu sacerdotal, sus numerosas afiliaciones en todos los países, su ciencia y habilidad en la edificación, no podían menos de lograr preponderancia, riqueza y extraordinario influjo en aquella época ignorante y dislocada, que no presentó, por cierto, corporación más compacta y rigurosamente subordinada y que, por lo mismo, estuviese con mejor título en posesión de los recursos

y medios que ofrece y desenvuelve el espíritu de asociación. Apoyados por un lado en la Iglesia y particularmente en las Ordenes religiosas, en cuyo seno contaban numerosos afiliados y por otro en los reyes, que a porfía les otorgaban privilegios y franquicias, por todas partes extendieron su poderío y en todas dejaron huellas de su ciencia y portentosa organización.

Mal podía librarse de tan universal influencia un país como el Bierzo, asiento de reyes o de personas de la real estirpe, teatro de glorias para el cristianismo por los muchos santos que ilustran sus valles y montes, tránsito forzoso para Santiago de Galicia, tan frecuentado entonces de toda la Europa, y más en especial de sus potentados, y depósito por fin de los vivos recuerdos que no dejan de acompañar a un país donde el culto de los mayores se ha restablecido en campos bañados de sangre enemiga. En el amenísimo pueblo de Corullón se conservan en muy buen estado dos iglesias con la advocación de San Esteban y San Miguel, que tal vez serán las primeras del género lombardo de las que aún quedan en pie. No hemos tenido el necesario espacio para averiguar exactamente su fecha, pero del género ninguna duda nos cabe, así porque reúne todos los caracteres distintivos como porque la ejecución da a entender claramente que el arte distaba todavía de aquella perfección de detalles que en alguna de las iglesias que a poco debieron de seguir las se advierte. La de San Esteban aventaja a la compañera en regularidad y esmero de los pormenores y tiene un sello todavía más pronunciado del carácter y espíritu de las artes en aquella época. Dos estatuas vimos en su pórtico que revelan suma antigüedad y, si no fuera por el místico espiritualismo de su expresión, fácil sería tenerlas por dos figuras egipcias, tan flacas y prolongadas son sus formas, tan atormentada su actitud, tan rígido y estirado el dibujo. Quizá más notables son todavía los modillones que sostienen el tejado, extraordinaria serie de figuras, extravagantes y caprichosas las más y no muy decente alguna de ellas; muestras claras de aquel eterno simbolismo que en casi todas las iglesias lombardas se nota y que, sin duda, venía a ser el signo y cifra más concreta del espíritu del arte.

Ya hemos dicho que la villa actual de Villafranca se formó poco a poco a la sombra de una iglesia levantada por unos monjes de Cluny que administraban los sacramentos a los franceses pobladores del tiempo del rey don Alfonso VI y a los peregrinos de Santiago. El monasterio de Nuestra Señora de *Cluniaco*, que vulgarmente vino a llamarse *Cruniego*, ha desaparecido enteramente, aunque se conserva memoria suya el año 1247 en Astor-

ga, pero ha quedado de aquellos tiempos la iglesia de Santiago, monumento, si reducido, no por eso menos esmerado del arte lombardo. Cerca de ella, según tradición recibida, había un pequeño hospital, donde se asistía y cuidaba a los peregrinos enfermos y de donde una vez restablecidos y curados salían a recibir el pan eucarístico en el cercano templo, entrando por una puerta llamada, sin duda por esto, el *arco del Perdón*. Mucho tiene de notable este arco, porque si alguno puede marcar el tránsito del género lombardo al gótico, apuntado u ojival, como fuera de España se denomina, éste parece ser el destinado. La iglesia es perfectamente lombarda en su conjunto tanto como en sus pormenores, si se exceptúa la torre, pegote moderno de muy mal gusto y piedra de diverso color; pero el arco de la portada, que por su arranque parece encaminarse al semicírculo, remata al cabo en una punta poco airosa, bien distante, por cierto, de la esbeltez y gallardía de las ventanas que vienen calando casi hasta el suelo los muros laterales de la catedral de León.

No es imposible que esta puerta sea obra posterior, comenzada y acabada en los primeros albores del gótico y añadida al edificio para solemnizar más el uso a que se la destinaba, pues realmente los dibujos y labores son de un gusto tan prolijo y aun acabado, si se atiende a la época, que apenas dejan que desear. Lástima será, en verdad, que la degradación y deterioro que comienzan a sufrir pasen adelante, sin que el lápiz y el cincel les aseguren vida más duradera. Las demás iglesias de Villafranca, incluso la Colegiata, son de fecha reciente y no ofrecen, en nuestro entender, nada notable.

En la margen izquierda del río Cua, poco más abajo de Cabelos y en un sitio fértil, risueño y deleitoso, tal vez en demasiada para la austeridad y recogimiento de la vida monástica, está asentado el monasterio de Carracedo, el más sobresaliente del Bierzo y que antes de la caída de las Ordenes religiosas gozaba en la de San Bernardo de una consideración y riqueza de primer rango. Cércale por todas partes praderas y huertas fertilísimas, frondosos arbolados y campos de pan de maíz y de lino, surcados por arroyos puros y cristalinos que mantienen en ellos una perpetua verdura. Es allí el cielo tan sereno y claro, tan benigno y templado el aire, tan fecunda la tierra y tan variada la armonía de los infinitos pájaros que cantan en sus sotos, que el buen rey don Bermudo II el Gotoso, que le fundó en 990, no pudo buscar marco menos a propósito para un cuadro grave y religioso.

Lo que en un principio fuese este monasterio no es fácil ave-

riguarlo, aunque si se atiende a los tiempos azarosísimos que alcanzó aquel monarca, fácil es conocer que no pasaría de una muy alta esfera. Por entonces, el terrible Almanzor igualó con el suelo la ciudad de León después de una heroica resistencia, extendió su devastación a Astorga y sembró el terror por todas partes. Epoca miserable y desdichada fue aquella entre las más desdichadas que pudo contar la Cruz en su lucha contra la Media Luna. Esto nos hace creer que el nuevo monasterio crecería poco, combatido de tantos males y desasosiego y, por otra parte, la circunstancia de no haberse enterrado en él don Bermudo a pesar de haberle fundado para su sepultura, nos confirma en nuestra opinión. Murió el Gotoso monarca en el Bierzo y descansó una porción de años en Villabuena, residencia en otro tiempo de los Merinos de este país, aldea miserable en el día hasta que más adelante fue trasladado al panteón real de San Isidoro de León.

Dos siglos más tarde, acabadas las turbulencias del reinado de doña Urraca y empuñado el centro de León por su hijo don Alfonso VII, llamado el Emperador, creció este monasterio en riquezas y consideración. La infanta doña Sancha, que con su talento, dulzura y piedad contribuyó tanto al brillo de este glorioso reinado, gobernaba el Bierzo por este tiempo como lo acreditan numerosas escrituras. Era la época en que San Bernardo, por sus luces, virtudes y elevado carácter, venía a ser el objeto de la veneración de Europa, y como la Borgoña, su patria, éralo, asimismo, de Ramón de Borgoña, primer marido de doña Urraca y padre del rey, mostrábase éste afición y respeto particulares y deseaba honrarle propagando por sus Estados la orden del Cister, de que era el santo principal fundador. Ayudábale su piadosa hermana doña Sancha y nuestro Mariana cita una carta del ilustre abad de Claraval a esta señora. Volvió, pues, los ojos al monasterio de Carracedo y con intento de ensancharle, de acuerdo con el emperador su hermano, trasladó a él el convento de Santa Marina de Valverde, junto a Corullón, y allí, mudado el hábito negro en blanco, quedaron todos monjes cistercienses.

Al entrar en el monasterio actual, confuso amontonamiento de claustros y paredes blancas sin orden ni unidad alguna, se encuentra a la mano izquierda una torre redonda en su principio y cuadrada en su remate, que por el color de la piedra parece muy antigua y que flanquea un resto de muro del mismo color y calidad con un rosetón bellamente labrado a los dos tercios de su altura. No se sabe qué quiere decir, porque la iglesia, cuya continuación parece ser, tiene forma grecorromana y muy

reciente; pero dentro se aclara el misterio tan pronto como desagradablemente. Un monje que vivía en el convento como particular después de su extinción y que tuvo la bondad de acompañarnos por aquellos claustros, sólidos, sin duda, pero en que las artes apenas han derramado uno de sus reflejos divinos, condescendiendo con nuestras instancias, nos llevó a ver la iglesia de doña Sancha. ¿Quiere saber el lector lo que queda de ella? Pues es ni más ni menos que la torre, muro y rosetón que se encuentran al entrar y un poco de las paredes laterales con dos de sus semicirculares ventanas. Más allá se extiende la iglesia nueva, fábrica grecorromana, con sus arcos y pilastras estriados, su cenefa alegrita de plantas y lazos por debajo de la cornisa y por carácter general una insignificación exquisita si se compara con el aspecto severo que ofrecen los mutilados restos de la iglesia antigua. Es de advertir que la moderna no está más que cubierta y en esqueleto. Así es que no ha recibido consagración. Entonces no pudimos menos de preguntar al anciano religioso si algún terremoto había echado por tierra el templo de aquella ilustre princesa.

—No, señor—respondió—; la iglesia estaba como hecha de ayer, pero los monjes la tiraron a fines del siglo pasado.

—Quién dice usted, ¿los monjes?

—Los monjes, sí, señor—contestó él—; porque como el presbiterio era muy reducido no se podía celebrar bien de pontifical y así hubo que tirarla y hacer en su lugar esta otra, que es más bonita y, sobre todo, más moderna.

A tan victoriosa respuesta, ¿qué se había de hacer? Callar, morderse los labios y guardarse las reflexiones para mejor ocasión. Así, sólo para tener un presbiterio más ancho, se derriba un monumento lombardo que la severidad de las líneas, en lo poco que nos queda, y la delicada crestería del rosetón y ventanas, dan a conocer como bellísimo. Triste es el vandalismo de las guerras y revoluciones, pero el que se oculta detrás de las corbatas y hopalandas, es cien veces más odioso y repugnante (7). La pérdida de este templo es tanto más sensible, en nues-

---

(7) La censura es merecida, si la iglesia antigua estaba realmente como hecha de ayer, cuando la derribaron, cosa en que pudo andar trascordado el monje que lo afirmó, tratándose de antecedentes de larga fecha, para erigir un templo más acomodado a las ceremonias del culto no era preciso destruir el antiguo, tampoco puede asegurarse qué parte de culpa cabría a los monjes en las ofensas al arte en un edificio que habían dejado de habitar nueve años antes

tro entender, cuanto que sin salir de la índole y carácter de la arquitectura la sazón dominante ofrecía en los detalles un no sé qué de lujo arabesco que debía ser una media tinta de particular efecto.

Preguntamos a nuestro buen *cicerone* por los restos del antiguo convento y supimos que habían corrido la misma fortuna que la iglesia. Por fin, temblando de miedo le hablamos de la habitación de la infanta gobernadora, pero tuvimos el gusto de saber que todavía se conservaba parte de ella y bajamos a un patio desde el cual se veía una fachadita muy graciosa. Una escalera sin barandilla y llena de zarzas, pero de muy suave acceso, guiaba a una especie de galería reducida, pero de labores muy lindas, que servía de vestíbulo a la habitación de la infanta. Los arcos y columnas que la sostienen participan tanto de lo gótico como de lo árabe y la puerta está flanqueada de una ventana estrecha y alta, dividida por una columna redonda y de un rosetón pequeño primorosamente trabajado. La habitación es un salón cuadrado bastante espacioso, muy alto y sostenido por columnas muy delgadas, de donde arrancan arcos apuntados de tan grande sutileza, que sobre cada columna vienen a descansar cuatro. A la derecha de la entrada hay una chimenea enorme; enfrente otro lindo rosetón, en el ciego y a la izquierda una puertecilla que da a una escalera secreta. El techo es de madera y aunque deshecho en gran parte, todavía da a entender el esmero y coste del artesonado, sobre todo, en una especie de cúpula que se eleva en el centro y en que todavía parecen notarse algunos preciosos embutidos. El conjunto es tan proporcionado y regular, los arcos y columnas tan esbeltos y airosos, los techos tan bien labrados, las ventanas y puertas de un acabado tan completo y todo ello tan delicado y gallardo, que involuntariamente trae a la imaginación los buenos restos arquitectónicos de los cultos árabes andaluces. Y si con el pensamiento ataviamos este aposento de todas las galas y esplendor que durante el ilustre reinado del emperador hicieron declarar al rey

---

de que lo visitara el ilustre escritor, pero, en todo caso, la censura de éste va más allá de lo justo; hechos excepcionales de esa naturaleza hijos del error o del mal gusto en uno o varios individuos de una comunidad son ciertamente dolorosos, pero no tan repugnantes como la devastación violenta y calculada, que ha privado a nuestros país de tantas preciosidades artísticas allegadas y conservadas en el transcurso de largos años y en su mayor parte por corporaciones religiosas. (Nota de la edición de 1883.)



Luis de Francia (8) que ni en Europa ni en Asia había visto corte tan lucida como la de León; naturalmente, ocurre la idea de que la habitación de una princesa tan esclarecida debiera merecer respeto y cuidado de los monjes sus favorecidos. No contentos con empotrar en el convento moderno esta hermosa reliquia, privándola así de una gran parte de sus luces, fueron a destinarla, ¿a qué dirá el lector piadoso? ¡Ni más ni menos que a panera! He aquí dónde habían venido a parar las tradiciones piadosas y el recuerdo de una señora que fue el adorno de sus tiempos. He aquí en lo que habían venido a parar el gusto de lo bello y el amor al arte. Porque hay que añadir que sin darse por satisfechos con esta profanación, a la vez histórica y artística, hicieron una escalera que bajaba desde el claustro, de mano de albañil por supuesto y, además, entre las elegantes columnas pusieron alguna división de tabique que mutila horrorosamente el salón.

Fundó también doña Sancha en la feraz ribera de Bembibre, al pie del monte de Arenas, el monasterio de monjas bernardas llamado de San Miguel de las Dueñas. La situación también es amenísima; pero la vecindad del monte contribuye a darle un aspecto más austero y monacal. La actual fábrica es reciente, pues como en 1550 las inundaciones del Cieza obligasen a las monjas de San Guillermo de Villabuena a dejar sus monasterio, refundióse éste en el de San Miguel. Entonces, con la necesidad de ensancharle, vino, sin duda, al suelo la fábrica antigua, que si atendemos a la muestra de Carracedo, debería tener no poco que le recomendase como parte que era de un espíritu naturalmente elevado.

Algún otro resto queda todavía en el Bierzo del estilo lombardo; pero los que llevamos mencionados encierran lo único notable que ofrece. Con él murió la arquitectura en este país, pues el género llamado gótico no tiene en él un solo monumento que lo represente y lo perteneciente al estilo grecorromano que se inauguró en la época llamada del Renacimiento no merece elogios ni mención aparte. Trasladada definitivamente a León o Castilla la residencia de las personas reales y extinguidos por

---

(8) El rey Luis, considerado el arreo, atuendo y atavío, así de los grandes como del pueblo, que acudió en tan gran número cuanto en la ciudad real se vio antes..., dijo no haber en Europa ni en Asia visto corte más lucida, ni arreada: en las cuales provincias se hallara en el tiempo que fue a la guerra de la Tierra Santa, MARIANA, *Historia de España*, lib. XI, cap. III.

otra parte los caballeros templarios, faltóle al arte la vitalidad y energía que encontraba en estos manantiales de ilustración y riqueza y pereció de consunción. Los monumentos posteriores, sin embargo, si no se recomiendan por su mérito arquitectónico, no por eso están perdidos para las artes, pues la mayor parte reúnen accidentes de que un pintor del país pudiera sacar, sin duda, gran partido.

## V

No menos notables que las iglesias y monasterios son los restos militares de la Edad Media que se conservan en el Bierzo. En Ponferrada, en Corullón, en Bembibre, en el Valcarce y sobre el pueblo de Río Ferreiros existen en el día otros tantos castillos que si bien desiguales en posición e importancia, no dejan de llamar, sin embargo, la atención del curioso viajero. En todos ellos, la parte interior destinada a vivienda está completamente desmoronada y aun en alguno, como el de Bembibre, tienen las murallas brechas y portillos muy grandes, pero en los demás el esqueleto y las obras puramente militares se mantienen en pie.

Si por una de aquellas desgracias que inevitablemente acompañan a la guerra no se hubiesen quemado por entero los archivos de Carracedo y del marqués de Villafranca, todavía podrían reunirse datos muy estimables para ilustrar la historia de la época en que los señores de estas fuerzas desempeñaban importantes papeles en el drama político de la nación, pero en el día es cosa ciertamente difícil rastrear noticias relativas a estos tiempos. Los archivos particulares contienen mucho menos que aquellos grandes depósitos y los de los Ayuntamientos no están mucho mejor surtidos y ordenados: de manera que, por ahora, más partido pueden sacar de estas reliquias los estudios artísticos que no los históricos.

Es tradición válida en el país, que los caballeros templarios levantaron todos los castillos que vemos en el día y a juzgar por la exterioridad no va enteramente descarriada esta opinión, pues todos guardan cierta analogía arquitectónica con el de Ponferrada, que indudablemente perteneció a aquella noble orden tan valerosa como desdichada. Ya quedan señaladas en uno de los anteriores artículos algunas de las huellas que dejaron en este país vivo testimonio de su piedad, grandeza y poderío: justo será que hablemos ahora de los restos de sus pompas mundanas y de sus alcázares orgullosos. Las artes y la Historia

descansan con gusto al pie de las ruinas, porque en ellas brota la fuente de una inspiración solemne y triste en su breve compendio se amontonan lecciones severas y útiles enseñanzas.

Para que todo lleve el sello de la variedad en este país pintoresco y rico, hasta las ruinas tienen, por su situación y accidentes, un carácter marcado de diversidad. El castillo de Bemibre, por ejemplo, que domina la pequeña villa de este nombre en una colina de suave acceso y pequeña altura y situado a la cabecera de una cuenca amenísima que lleva su nombre, más que otra cosa parece un puesto elegido para descanso de las marciales fatigas. Por la espalda y a su izquierda le cercan las cordilleras del puerto de Manzanal y las montañas donde tiene su nacimiento el Boeza. Enfrente y a su derecha se extienden los linares y praderas del pueblo, limitados por el río y por las vistosas eminencias desde donde se divisa Calamocos y otros pueblos de hermosos términos y suave degradación y los campos fértiles y laderas plantadas de viñedo de Almázcara y San Miguel de las Dueñas, que ofrece la masa de su monasterio, en el fondo del valle, como un candado de esta deliciosa cadena. El aire militar de esta fortaleza guarda perfecta consonancia con el país que la rodea y nada tiene de imponente ni de terrible, pero, sin embargo, según hemos oído a una persona bien informada, presenció en el siglo xv escenas trágicas y lastimosas en que figuraron como víctimas dos jóvenes ilustres de la comarca. Actualmente, sólo conserva algo de sus murallas y los encantos de una situación llena de perspectivas halagüeñas.

El castillo de Cornatel o Cornatelo parece imaginado para contrastar vivamente con el que acabamos de mencionar. Siguiendo la orilla izquierda del Sil y atravesando los pueblos de Toral de Merayo, Villalibre, Priaranza y Santalla, el camino tuerce a la izquierda al llegar a éste y el viajero se despide de las frondosas riberas del río para entrar en una garganta angosta a cuya mitad se encuentra una miserable aldea llamada Río Ferreiros. Murmura un riachuelo en el fondo de estos barrancos y por encima de las casas y como corona de una altura peñascosa, inaccesible y tajada, asoma sobre el fondo del cielo un lienzo de muralla con almenas que por de pronto suspende y embaraza el ánimo. Desde semejantes honduras no puede gozar la vista el espectáculo de aquel fuerte encubierto por los peñascos, pero a medida que se trepa por la agria cuesta en donde serpea el camino, va cobrando formas regulares y, por último, presenta en los dos lienzos de Mediodía y occidente dos líneas rectas, franqueada la más larga por un torreón cuadrado que ocupa su

centro. El que desde abajo veía en él un nido de aves de rapiña y no la morada de guerreros, califica su juicio de temerario y hasta penetrar en su recinto no se convence de que el primer pensamiento era el acertado.

Hase borrado todo camino y sólo escalando rocas y abriéndose paso por medio de matorrales puede tomarse la vuelta del castillo hasta dar con la entrada que está en la parte del norte. Aquí todo muda de aspecto como se cambia a la señal convenida una decoración teatral. Precipicios espantosos erizados de peñas negruzcas y de horrorosa profundidad defienden este costado y el de oriente, rematado por una aguda punta y tal es la escarpa del terreno, que la fortificación pierde toda forma regular y se reduce a seguir las curvas y sinuosidades de aquellos derrumbaderos. Aun en varios parajes no hay más defensa que la natural y el único trabajo del ingeniero se redujo a establecer una línea de continuidad rellenando de muralla tal cual portillo que ofrecían las rocas y aislaba algunas partes del fuerte. Lo interior corresponde exactamente a este carácter salvaje y bravío y es de lo más rústico y tosco que puede figurarse nadie. Los torreones que deberían servir de vivienda a la guarnición, no manifiestan en su construcción primor alguno y aun carecen relativamente de solidez; la plaza de armas ni está nivelada ni nunca lo estuvo según las enormes peñas que asoman la cabeza y finalmente, las escaleras que conducen a la muralla no son sino unas grandes piedras empotradas en ella y que colocadas en plano inclinado y sin ninguna trabazón entre sí, presentan una subida tan incómoda como difícil.

El castillo estuvo en otro tiempo reducido a la parte oriental y esta fábrica revela antigüedad notable por su color y, sobre todo, por sus torreones redondos. Posteriormente se la añadió todo el cuerpo occidental y ésta sin duda debe ser obra de los caballeros templarios, porque materiales, forma cuadrada y género de su construcción son en todo iguales a los de la fortaleza de Ponferrada.

La posición eminentemente militar para la época en que sólo con flechas se podía ofender de lejos es insostenible enteramente en el día y aun debió de serlo desde el momento en que comenzaron a usarse los cañones, porque de ambas partes le enseñorean alturas cercanas. Por lo demás, lo grueso de las murallas por una parte y lo inaccesible del terreno por otra, convertían este alcázar en un punto importante para asegurar las comunicaciones con Galicia y poner una gran parte del Bierzo a cubierto de cualquier repentina embestida.

La última visita que hicimos a estos parajes fue en el verano de este año. Comenzamos a recorrer la muralla y a disfrutar aquel espectáculo que tan extrañas sensaciones produce bajo el sol ardoroso de julio. A nuestros pies teníamos el miserable lugar de Valdeviejas, empozado en un hoyo reducido y el riachuelo que dejamos ya mencionado, cuyos ecos repetidos por las innumerables quiebras de los riscos formaban un clamor sordo monótono y lamentable que llenaba el silencio de aquellas soledades. Quisimos asomarnos a la punta oriental del castillo, pero era imposible sostener la vista de aquel abismo que causaba un vértigo tremendo y sólo arrastrando pudimos sacar la cabeza y medir la extensión de aquel despeñadero fatal que erizado de puntas y matas de encina bajaba hasta la orilla del arroyo. A la izquierda, y por la garganta que dejábamos recorrida, se divisaba un trozo pintoresco de las riberas del Sil, la mayor parte de las del Cua, las dehesas de Fuentes Nuevas y Camponaraya, los viñedos de Sorribas, el convento de Carracedo y, por último término, las montañas del Burbia medio borradas por la canícula. A nuestra espalda los pueblos de Lago y Carucedo vislumbraban con sus tejados azules a las márgenes de aquel lago sosegado, transparente y dormido, por cuyas aguas no se deslizaba ningún barquichuelo, ni discurría la más ligera brisa que empañase aquel espejo en que los cielos serenos y diáfanos se miraban. ¡Contraste peregrino y que más de una vez debió elevar las almas de los soldados del Temple, que, semejantes a las águilas, se anidaban en aquellas alturas, como ahora elevaba las nuestras! ¡Escenas elocuentes adornadas de una tristeza santa y augusta en que la aridez de lo presente se reverdece con las aguas de la esperanza, a la manera que los lagos, ríos y praderas del Bierzo, vistos en lontananza deliciosa, templaban las agrestes y sombrías escabrosidades de Cornatel.

Antes de dejarlo llamó poderosamente nuestra atención un accidente revestido de un misterio vago y terrorífico. En donde más pendiente está el precipicio se desprende de la muralla una especie de aposento cuadrado sin pavimento alguno y cuyo techo descendía en un plano rapidísimamente inclinado. Una ventana que da al abismo lo alumbraba y por mucho que fue el cuidado que pusimos, no pudimos descubrir restos de goznes para las maderas, ni menos agujeros donde encajasen los hierros de alguna reja. El destino más natural de este extraño apartamento, parece ser el de prisión; pero, ¿qué significa en tal caso aquella ventana fatal sin defensa ni resguardo alguno? ¿Era para proporcionar a la desesperación del preso los medios de intentar

una fuga, en cuyo término estaba de seguro la muerte, o desde allí se ejecutaban sentencias semejantes a las de la roca Tarpeya y la peña de Martos? No es fácil saberlo; pero la tradición del país confirma estas tristes ideas y no hay aldeano que no atribuya tan terrible servicio a la misteriosa ventana.

Al salir buscamos con especial cuidado sobre la puerta el escudo de armas; pero la piedra que debía contenerlo ha sido arrancada, sin duda, por alguno que pensó encontrar detrás un montón de doblas de oro. Comoquiera, su tamaño nos confirmó en la idea de que los templarios debieron ser los fundadores de esta fortaleza, porque lo más que podía caber en tan reducido espacio era su cruz de ocho puntas tan profusamente sembrada en las paredes de la bailía de Ponferrada.

El castillo, que dominaba el estrecho valle del Valcarce, tiene toda la aspereza y ninguno de los accidentes pintorescos que hermocean el de Cornatel, pero el de Corullón posee tanto satractivos, ya mirado desde lejos, ya cuando desde él se extiende la vista por los vecinos campos, que verdaderamente es de lamentar que nuestros paisistas no hayan sacado partido de su ventajosa situación. Corullón y su término pasan con razón por el terreno más pingüe y feraz del Bierzo, pero el anfiteatro por donde están derramadas sus casas en agraciado desorden, que empieza en las orillas del Burbia y acaba en el castillo de que hablamos, es de lo más variado, frondoso y risueño que la imaginación puede concebir. Figúrese, pues, el lector, cuál será la situación de este alcázar, que no sólo domina la fértil y amena pendiente, sino también los prados y sotos de Vilela, los viñedos de Valtuille y Villafranca, el collado del antiguo *Belgidum* y, a lo lejos, la villa y fortaleza de Ponferrada y los últimos lindes del país. No hay aquí como en Cornatel precipicios horribles, riscos escarpados, ni arbustos silvestres: colinas de declive manso y suave, huertas de esmerado cultivo, praderías de verdor eterno, sotos de castaños y frutales; las higueras de Canaán, los olivos de Atenas y las vides de Chío, forman el marco de este hermoso castillo que sólo a su espalda tiene una cordillera de silvestre aspecto y que en lugar de afean hermosea con su contraposición tan halagüeño paisaje.

Las murallas se conservan en muy buen estado y su semejanza arquitectónica con las de Ponferrada descubren su origen templario. En una de sus paredes interiores vimos unas armas que no eran las de esta milicia ilustre, pero la yedra, que por varias partes lo envuelve, como una mortaja, cubrirá, sin duda, la cruz del Temple, que no dejaría probablemente de asegurar

por este medio su preponderancia militar en el Bierzo con el establecimiento de un puesto importante que en cierto modo cerraba la entrada de Galicia y dominaba un país rico y abundante.

Ya sólo nos queda por describir la fortaleza de Ponferrada, emporio de su grandeza en este país, monumento que aún ahora nos habla con su silencio elocuente de las glorias que pasaron y que no ha podido deslucir la mano del tiempo. Está asentado el castillo en una colina situada en la confluencia de los ríos Sil y Boeza y domina todo el Bierzo bajo, dando a la villa que se extiende por el Oriente un aspecto de majestad antigua que en gran manera la realza. El primero de aquellos ríos lame la falda de la eminencia: enfrente de su puente levadizo se levanta el monte del Jajariel y más allá las sierras de la Aguiana; por el lado de Oriente termina el horizonte el monte de Arenas; un poco hacia el Norte, el castro de Columbrianos y por la parte del Poniente los llanos y a los lejos el arco de las montañas del Burbia y la Somoza. El castillo en un principio se reducía a los dos torreones que dan a la plaza del pueblo de forma redonda y descomunal altura, pero cuando pasaron a manos del Temple creció sobremanera y adquirió las colosales dimensiones que aún conserva. Entonces edificaron aquellas elegantes agujas coronadas de vistosos chapiteles que sostenían las plataformas, desde donde se defendía la entrada y se echaba el puente levadizo; entonces se labraron las afiligranadas ventanas de lo interior, se esculpieron los escudos de armas, cruces y misteriosos signos que adornan las paredes y se pintaron de encarnado y oro los aposentos de tan ilustres huéspedes.

El único blasón que adorna la puerta principal es la cruz de ocho puntas, símbolo de la orden; pero la segunda entrada que cerraba el rastrillo muestra el escudo de armas, abierto por desgracia en una piedra deleznable y borrado todo él de consiguiente. De suponer es, sin embargo, que consistiese en los dos caballeros montados en un mismo caballo, emblema significativo de la primitiva humildad y pobreza de esta milicia, que más tarde debía comprar los reinos a dinero contante y morir víctima de su opulencia antes que de sus crímenes. Comoquiera, todavía se distingue en el cuartel interior central la indispensable cruz y en la orla superior las primeras palabras de aquel versículo de los salmos, que dice: "*Nisi Hominus custodierit civitatem frustra vigilat, qui custodit eam*": lema piadoso que revela el espíritu religioso que presidió la formación de esta falange heroica, terror del islamismo y brazo derecho de la cristiandad.

En la gran plaza de Armas, en medio de las dos ventanas primorosas que debían pertenecer a las mejores piezas del castillo, hay otra lápida aislada con los siguientes versículos: "*Nisi Dominus edificaverit domum, in vanum laboraverunt qui edificant eam, Dominus mihi custos, et ego disperdam inimicos meos*". Nada de singular ofrece esto que tan estrechamente ligado está con el carácter de la asociación, pero en el patio de las principales habitaciones hay una puerta principal coronada por un signo extraño. Redúcese a dos cuadrados perfectos que se intersecan en ángulos completamente iguales y que de un lado flanquea un sol y del otro una estrella. Si algo representa la igualdad, esta figura debe ser mejor que ninguna otra su emblema; pero, ¿cuál podía ser la igualdad de los caballeros templarios, si no significaba la consagración absoluta a favorecer el crecimiento y gloria de su Orden y el sacrificio de todo impulso individual en provecho suyo? ¿Daban a entender, por ventura, el sol y la estrella que de día y de noche, en sus pensamientos o en sus sueños, estaban obligados a velar por su templo místico y a no dejar apagar su lámpara sagrada? No lo sabemos los profanos, que hemos perdido la clave de su liturgia obscura y el sentido de sus tremendas ceremonias. Amargas en extremo son las reflexiones que asaltan al ánimo en este lugar de desolación, entre estas ruinas, albergue otro tiempo de la religión y del valor, morada ahora de la soledad y del silencio. ¿Cuáles debieron de ser las de los templarios cuando para no volver atrás besaron estos umbrales? Jerusalén y el Asia toda perdida para siempre, sus hermanos abandonados en Francia por un Papa sin fe, a merced de un verdugo coronado, sediento de sus riquezas y quemados en las plazas públicas, la Europa concitada en contra suya y ellos mismos emplazados como reos de nefandos crímenes ante un tribunal eclesiástico. ¿En esto habían venido a parar dos siglos de combates y tanta sangre vertida en la Palestina y en España? Sin duda, con el corazón oprimido volvieron los ojos a su escudo glorioso y con un ahogado suspiro exclamaron en voz baja: "*¡Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela el que la guarda!*".

Y el santo de Israel abrió su mano,  
y los dejó y cayó en despeñadero  
el carro y el caballo y caballero.

¡Triste destino, por cierto, el de las cosas humanas sujetas a la ley inexorable de la decadencia cuando su objeto se ha cum-



plido! El templo era el símbolo vivo, ardiente y eterno de la cruzada: para sus guerreros, ni la gloria mundana del soldado, ni el sosiego del monje, sino el sacrificio absoluto. La Europa entera se había afanado por premiarlos y en ciento ochenta años de existencia habían llegado a ser la congregación más rica, temida y poderosa del mundo; pero cuando las voces de Pedro el Ermitaño y de San Bernardo enmudecieron y se acabaron las Cruzadas y tornaron los Santos Lugares a poder de infieles, los templarios, burlados en su fe, engañados en su esperanza, despojados de la que miraban como su segunda patria, irritados, opulentos y soberbios, ya nada representaban y la supresión de su Orden en la Europa fue una medida sumamente política y cuerda. España era la que más se hubiera resentido de ella en su cruzada de siete siglos, si en Castilla no tuviese por compañera de esta ilustre Orden las de la Caballería nacional, Calatrava, Santiago y Alcántara y si en Aragón y Portugal no se hubiesen creado para sucederlas las de Montesa y Jesucristo.

Por lo demás, sabido es que en España los templarios alcanzaron en todas partes absolución completa y que no fue posible probarles ninguno de los crímenes imputados, que tal vez mancharían a algunos individuos, pero que por respeto a la naturaleza debemos creer distantes de la Orden.

Extinguida ésta, el castillo de Ponferrada, que Mariana y Salazar (9) mencionan, pasó a poder de don Pedro Fernández de Castro, conde de Lemus, por merced que en 1340 le hizo el rey don Alonso y lo conservó esta casa hasta 1492 en que de nuevo tornó a la jurisdicción real por excesos y tropelías del conde, que, sin duda, debieron de ser bien grandes, cuando una real cédula de 1510 manda "que los concertadores y escribanos mayores de las confirmaciones confirmen los privilegios y mercedes de esta villa, sin embargo de los bullicios y escándalos acaecidos en ella por el conde Lemus".

De este alcázar tan rico en recuerdos ya sólo se conservan las murallas y obras sólidas, pero aun en una de las paredes se ven los restos de un mosqueado de encarnado y oro que ni el sol ni la lluvia han podido borrar del todo. Aun así, su extensión colosal, su situación aventajada, el Sil que rueda por su pie con sus arenas de oro, el dilatado país que desde sus torreonés se enseñoorea y que despliega las galas del más extremado y vario panorama y aquella impresión vaga de respeto que cau-

---

(9) SALAZAR, *Reparos históricos*, núm. 252; MARIANA, *Historia de España*, lib. XV., cap. X,

san siempre las grandes ruinas, le comunican un encanto irresistible y misterioso.

Hemos concluido un desaliñado bosquejo de un país de casi todos desconocido a pesar de sus bellezas, al cual están ligados los recuerdos de nuestra infancia, las puras alegrías del hogar doméstico, las ilusiones generosas de la primera juventud, a vueltas de memorias de pesar y de pérdidas dolorosas harto mayores en número. A medida que los pensiles del alma van perdiendo sus hojas y sus flores, sus valles se revisten a nuestros ojos de formas de una hermosura casi mística y los murmullos de sus aguas y arboledas despiertan los ecos adormecidos del corazón con música inefable y melancólica. Acepte, pues, el espíritu de estas soledades, acepten los amigos de nuestra infancia este homenaje de afecto desinteresado y puro como la edad en que nació y como las escenas que la han alimentado.

En otro artículo hablaremos de los monumentos notables del resto de la provincia.

## VI

La cordillera de montañas que separa el Bierzo de Astorga es árida por demás, ya se tome la vía de Fucebadón, ya la de Manzanal; pero este puerto, por donde atraviesa la carretera de La Coruña, gracias a motivos tan indecorosos como perjudiciales, es el más triste y monótono camino. Siquiera el ramal de Fucebadón presenta accidentes más pintorescos y variados y el valle, risueño aunque angosto y empozado, de las Tejedas, que se dejan a la izquierda, y el pueblo de Compludo, no menos hondo, que se encuentra a la derecha, compensan, el uno con su frescura y frondosidad y con sus recuerdos el otro (10), el miserable aspecto de los lugares del tránsito. La vertiente oriental de las montañas forma contraste por su desnudez con los campos y colinas del Bierzo, pero desde la Cruz de Fierro, punto culminante de aquellas alturas, se disfruta de una vista agradable y de un horizonte muy extenso. El monte Teleno se encuentra a la derecha como antemural de la Cabrera: a los dos lados se dibujan valles y laderas de líneas extrañas y vegetación áspera y silvestre y enfrente se ñilatan las espaciosas llanuras

---

(10) El lugar de Compludo es notable no sólo por el monasterio que fundó en él San Fructuoso a mediados del siglo VII, sino también por el Concilio que el rey don Ramiro II tuvo en sus cercanías en el año de 946.

de Castilla, donde, como en el mar, el cielo parece juntarse con la tierra. El país que entonces se cruza es el de los maragatos, cuyos usos, costumbres y traje llenarían un artículo más largo que el presente y del cual es cabeza la ciudad de Astorga, magnífica y suntuosa en otro tiempo, lección amarga en nuestros días de la inconstancia humana.

El terreno que le sirve de asiento es una especie de altozano situado al último declive de la sierra, que por el lado de Mediodía termina un riachuelo llamado Gerga y por el Oriente otro llamado el río Tuerto, un poco más caudaloso. La situación es despejada y sana, pero los contornos desapacibles y áridos.

Plinio llama magnífica a la ciudad de Artoga, cabeza entonces de convento jurídico y capital de la provincia denominada *Astúrica*. No podía ser más justa, en efecto, semejante calificación si se atiende a su importancia militar y a los gérmenes de riqueza que debía abrigar entonces. El itinerario romano la hace centro de tres caminos militares mediterráneos y de otro por la costa, que venían de Braga (*Braccara*). De ella, a su vez, arrancaban otros itinerarios, dos a Zaragoza y uno a Burdeos. Después de la división de España hecha por Constantino, Astorga tuvo su gobernador distinto del tarraconense, barón consular; y un sinfín de inscripciones descubiertas hace tiempo y las nuevas que a cada paso se descubren (11) dan a conocer que bien merecía el epíteto con que Plinio acompaña su mención.

Durante la irrupción de los bárbaros sufrió Astorga todas las funestas consecuencias de aquellas guerras de exterminio, pero en el año 456 recibió un golpe del cual, sin duda, jamás volvió a reponerse completamente. El rey godo Teodorico, que vino con orden y beneplácito del emperador Avito a hacer la guerra al suevo Raciario, quedó vencedor en la sangrienta batalla que a orillas del río Orbigo tuvo lugar el día 5 de octubre de 456.

Talada Galicia y parte de Lusitania y de vuelta ya para Francia en el año siguiente, se apoderó con fraude de la ciudad de Astorga, y después de pasar a cuchillo la mayor parte de los habitantes y de saquear los templos, se llevó en esclavitud a los que perdonó la espada y entre ellos dos obispos, y cual si no bastase tan tremenda catástrofe, entregó la ciudad a las llamas.

La invasión sarracénica la encontró ya en pie, si no restitui-

---

(11) Hace tres o cuatro años se han desenterrado una porción de lápidas perfectamente conservadas que se han puesto en la pared del lindo paseo recientemente hecho en la muralla.

da a su esplendor antiguo, pues según *el Tudense*, las murallas de Toledo, León y Astorga fueron las únicas que se libertaron de la demolición ordenada por Witiza. De presumir es que sellase este privilegio con su sangre en su resistencia, pero comoquiera, su cautiverio debió de durar muy poco, cuando ya en el siglo VIII la vemos rescatada de manos de los moros y en poder de don Alonso el Católico. Almanzor extendió también hasta ella su terrible expedición; pero sabido es que los árabes no conservaron ninguno de los puntos de que se apoderaron entonces en el reino de León.

La antigüedad de la iglesia de Astorga se confunde con la de la religión cristiana, pues según todos los autores, el catálogo de sus obispos asciende a tiempos muy remotos; pero ni de la diligencia del padre Flórez, ni de ninguna otra obra de las que hemos podido haber a las manos, se deduce la fecha de su catedral (12), único monumento que en el día la realza y distingue. En una especie de lápida que se encuentra en la parte exterior de uno de los brazos del crucero, a la derecha de su puerta lateral se lee la cifra del siglo XVI, pero si se puede admitir que a esta época pertenezcan las pesadas y poco airoas torres, no sucede lo mismo ni con los arcos y ventanas apuntadas del interior, ni con las esculturas del coro, ni sobre todo con la pintura históricosagrada de sus vidrieras. Todo esto pertenece a la arquitectura denominada gótica, si bien nos la presenta en un estado tal de rudeza y atraso que difícilmente puede pasar por hija del mismo arte que produjo los milagros de León y Sevilla. Los pilares son gruesos, los arcos carecen de gallardía, la proporción de las naves laterales no realza la elevación y esbeltez de la principal, ni en el conjunto se advierte aquel carácter de sublimidad religiosa y melancólica que cautiva el alma y embarga los sentidos en las obras maestras del mismo género,

No por eso faltan, sin embargo, primores y grandezas artísticas en este templo, pues si su mérito arquitectónico no sufre difíciles parangones, en escultura se aventaja tal vez a todos

---

(12)) Este es un punto embrolladísimo como puede ver cualquiera que se tome el trabajo de recorrer el tomo XVI de la *España Sagrada*. Lo más cierto parece ser que una porción de obispos la han remendado a su manera hasta darla el raro y heterogéneo carácter que en el día la distingue. Las infelices esculturas de las puertas principales parecen manifestar que la depravación ha llegado hasta muy cerca de nosotros.

los de esta parte de España. No hablaremos de las prolijas labores de la sillería del coro, ni de los extraños contrastes que ofrecen las extravagancias y caprichos del asidero de sus asientos con las figuras graves y aun adustas de los apóstoles y santos que llenan sus compartimientos. Por preciosos que sean estos trabajos para la historia del arte, por mucha que sea la luz que sobre su carácter derramen, en otra parte encontramos la escultura elevada al más alto grado de perfección que acaso gozó nunca en España.

Don Antonio Palomino, en su obra sobre los pintores y escultores españoles, menciona este retablo y el de las descalzas de la corte como prueba de la gran perfección que en escultura y arquitectura alcanzaba Gaspar Becerra, su esclarecido autor. Sabido es que este gran artista, inflamado en una noble emulación al ver las obras de Alonso de Berruguete, partió a Italia deseoso de templar su genio en la misma fragua que él, la escuela del inmortal Miguel Angel. Discípulo no sólo de este maestro, sino también del divino Rafael, cuando volvió a España, tal gracia en el dibujo, tan delicado gusto en los contornos y tan sencilla grandeza mostraban sus figuras, que, al decir de un artista de entonces, "quitó a Berruguete gran parte de su gloria y le imitaron y siguieron su camino los mejores escultores y pintores de España" (13).

Tal vez el arquitecto encontraría algo estrecha y apretada la disposición de los tres cuerpos en que está repartido este retablo, adornado de columnas dóricas, corintias y compuestas, porque, en realidad, falta la claridad y espacio necesario, pero el escultor y el pintor poco podrían echar de menos. Invención, dibujo, color, composición, paños, anatomía, todo se encuentra a la vez en este hermoso monumento. Si se exceptúan algunas figuras que ocupan los intercolumnios, las demás, por lo general, son de relieve, pero todas manifiestan un vigor y expresión admirables. Difícil es imaginar un dolor más vivo y augusto a un tiempo que el de la Virgen en el Descendimiento, ni grupos más hábilmente combinados o cabezas mejor modeladas que las de los apóstoles en la Ascensión. En el basamento hay cuatro figuras que representan las Virtudes Teologales y otra que puede muy bien ser el símbolo de la religión, cuyo aspecto exalta el ánimo más frío: tal espiritualidad resalta en su expresión y tan apacible y suaves son su actitud y sus contornos. La Caridad, en especial, acariciada por unos

---

(13) FRANCISCO PACHECO, *Arte de la pintura*, lib. II, cap. V.

hermosos niños, a uno de los cuales ofrece el pecho, tiene un baño inexplicable de ternura y afectuosidad. No menos notable es la custodia por sus armoniosas proporciones y por sus medallones esmerados.

Así, en las ropas como en los grupos y en el dibujo ofrece este retablo visible semejanza con los frescos que en los claustros y biblioteca de El Escorial nos dejó otro discípulo del Bonarrota, Peregrín de Peregrini. Esto, que a falta de otras pruebas más auténticas daría a conocer la clara fuente en que bebió nuestro Becerra sus nobles inspiraciones, debiera excitar mayor atención y diligencia en nuestros artistas para sacar del olvido una obra que, a lo que sepamos, no ha merecido más mención que la superficial e incompleta hecha por Ponz en el tomo XI de su *Viaje*.

No sabemos el tiempo que gastaría Becerra en esta obra; pero es indudable que en 1569 estaba ya concluida, porque entonces se trató y ajustó el dorado y estofado con Jerónimo de Hoyos y Gaspar de Palencia, con asistencia del mismo Becerra. El coste total de la obra fue enorme para aquellos tiempos, pues ascendió a 30.000 ducados.

A Becerra le hicieron un presente de 3.000 y de un oficio de escribano además beneficiable por 8.000.

En el resto de la iglesia no se encuentra cosa que merezca notarse después de una obra como ésta. Hay, sin embargo, algunos retablos que llaman la atención, por ser obra de un canónigo y que, sin duda, gustaría algo más a no ser por el paralelo que forzosamente sufren.

Hay también en Astorga un Seminario Conciliar, que si no merece grandes elogios por su suntuosidad arquitectónica, es de alabar, por lo menos, por su buena situación, su espaciosidad y despejo. No cuenta un siglo de existencia y es obra del obispo Vigil. A nuestros ojos tiene el encanto de los recuerdos de tiempos mejores que pasaron ya, porque en sus claustros paseábamos a guisa de peripatéticos argumentando a voz en cuello sobre las proposiciones del *Guevara* y en su refectorio pasábamos los ayunos consiguientes así a la mala calidad de las comidas como a la mejor de las travesuras propias de aquellos años dichosos en que los castigos y encierros estaban compensados con tantas y tan alegres escenas.

Frescos están todavía los laureles que Astorga ganó en la guerra de la Independencia durante sus gloriosos sitios. Fresca también en la memoria de muchos de sus habitantes la bizarria de los jefes y de una porción de hombres oscuros que por puro entusiasmo acudieron a la defensa y en cuya constancia se estre-

llaron las soberbias huestes del gran capitán del siglo. Aportillada la muralla por el lado de la catedral, único donde faltaba el terraplén, se sucedieron los asaltos con extremada rapidez y furia; pero la brecha defendida principalmente a bayonetazos permaneció inaccesible a los franceses, que sufrieron enormes pérdidas. Por último, una muy honrosa capitulación puso la ciudad en sus manos, pero poco tardaron en arrancarla de ellas los mismos que tan a duras penas la habían dejado. Las murallas están llenas todavía de balas y tan quebrantadas y ruinosas quedaron por todas partes, que ya no son más que el esqueleto de una fortificación. ¡Mutilaciones honrosas que ensalzan a los pueblos harto más que privilegios y escudos blasonados, que brillan en la noche de los tiempos como otras tantas ráfagas de gloria y nombradía!

El camino que desde Astorga conduce a León sigue la dirección de la antigua calzada romana que iba a dar a Burdeos y en los siglos medios se conoció principalmente con el nombre de *camino francés*, por ser el que traían los peregrinos que del resto de Europa venían a visitar el sepulcro del Apóstol Santiago. A las dos o tres leguas se encuentra el río Orbigo, famoso en la Historia por más de una batalla y en cuyo puente tuvo lugar el célebre paso honroso de don Suero de Quiñones. Bien merece, por cierto, su ribera que por su posesión se guerrease denodadamente y no es mucho que el caballeresco Quiñones la eligiese para teatro de sus galantes hazañas, porque difícil será encontrar en el resto de la Península país más ameno y frondoso. Esto se entiende, por supuesto, de la orilla derecha, pues la izquierda, harto más alta y conocida con el nombre de Páramo, aplicado en todo rigor de justicia a su esterilidad y aridez, dista infinito del país de enfrente denominado la ribera de Orbigo. El contraste de ambas márgenes contribuye a embellecer la favorecida, pues realmente es deleitable vista la que ofrece aquella interminable faja de praderías y arboledas, que, siguiendo las curvas de la corriente, forma una vistosísima ondulación y alegra el ánimo con los infinitos matices de su verdura y con los no menos variados términos y masas de claro obscuro que ofrecen los sotos y vegas que a lo lejos se dilatan. El curso sosegado y majestuoso del río y su caudal ya respetable acaban de hermostear aquel paisaje, de suyo risueño y pintoresco, a que como otras tantas venas comunican fertilidad y vida las innumerables acequias que surten su aguas. Este país es rico en frutas, maderas, verduras, linos y pastos y, por lo mismo, resalta en él un no sé qué

de desahogo y abundancia desconocido a otros distritos de la provincia.

Más arriba del puente de Orbigo se encuentra el monasterio de Carrizo, situado a la margen derecha en un terreno que participa de los mismos adornos y regalos que el resto de la ribera. Este monasterio es notable por su iglesia del estilo lombardo, edificada en 1176 y compañera de San Isidoro de León y de otras que en el Bierzo dejamos mencionadas. La poca luz y menos espacio que para examinarla tuvimos nos impidió más detenida averiguación, pero la damos lugar en estos apuntes para que otros pueden suplir nuestra falta. Otra cosa observamos digna de atención en la miserable taberna o posada bajo cuyo cobertizo pasamos la noche, y fue una baldosa de fino mosaico que servía de cubierta a un poyo. Preguntamos el nombre del lugar en que la habían encontrado, pero no lo hemos podido conservar en la memoria, cosa sensible en verdad, pues por semejante hilo tal vez pudiera guiarse algún curioso para descubrir algunas ruinas romanas importantes.

Pasado el puente despliega el Páramo sus extensas, peladas y monótonas llanuras, tanto más desagradables al viajero cuanto más halagüeñas eran las imágenes y sensaciones que a su espalda quedan. Sin embargo, por poco anticuario que sea, no dejarán de cautivar su atención los vestigios del pueblo rey que por el camino encuentra, pues se conservan leguas enteras de la admirable calzada romana, tan sólidas y duraderas, que más parecen obra de ayer que no de Edades tan remotas. Lo llano del terreno, su elevación sobre el nivel de los ríos y la poca acción consiguiente de las aguas han mantenido estas reliquias en tan buen estado, que carros y caballerías caminan por ella con gran descanso y comodidad en invierno, pues se mantienen perfectamente secas en medio de un terreno gredoso que con las lluvias forman incómodos y profundos atolladeros. Estos hermosos trozos facilitarán los trabajos de la carretera que debe enlazar a León con Astorga, pues compone, cuando menos, una tercera parte.

El término de estos áridos campos es el santuario de Nuestra Señora del Camino, de infinita devoción en el país, pero que si a los ojos de la fe posee incomparable mérito, ninguno tiene que le abone en el tribunal del arte. La romería que allí se celebra en lo más ardiente del verano es concurrendísima y vistosa en sumo grado por el sinfín de trajes y aposturas, pues los maragatos, riberiegos, parameses y montañeses gastan distintos cabos y tienen danzas asimismo diferentes. Sin embargo, mucho debe menguar el regocijo un paraje donde no hay un árbol a cuya



sombra guarecerse de los abrasadores rayos del sol y en que el agua escasea de todo punto.

Al vencer el repecho en que está situada la ermita, se presenta como en un panorama la ciudad de León en medio de sus verdequeantes parques y praderas y ceñida de sus dos ríos, que orgullosos la abrazan y en medio de los cuales descuellan las torres altísimas de la Catedral y las masas de San Isidoro y San Marcos. De Norte a Oriente corre una hermosa y azulada línea de montañas que termina el horizonte y por los demás puntos se extienden fértiles llanuras y frescos y espesos arbolados. La vista, finalmente, es tan varia y despejada, que el ánimo y los ojos descansan apaciblemente en ella, fatigados de los estériles campos del Páramo.

## VII

Un dicho vulgar hay, que debió ser popular en extremo y que sirve de título a una comedia de nuestro teatro antiguo, a saber:

A España dieron blasón  
las Asturias y León.

No es lisonja, por cierto, a ninguno de los dos pueblos esta especie de proverbio, pues harto se sabe que su nobleza data de muy antiguo.

León es una ciudad no menos ilustre por sus recuerdos que favorecida por su situación y aunque sus glorias han menguado y su poder está desvanecido, no por eso es menos distinguido el lugar que ocupa en la Historia, ni menos bellos los adornos con que la naturaleza ha engalanado sus alrededores. Su posición comercial y geográfica tiene mucho de aventajada también y los edificios que la ennoblecen son buenas muestras de su pasada grandeza.

La legión llamada *VII, Gémina Pía Félix*, fundó a León, como lo prueban su nombre latino, que es el mismo de la legión y las muchas y claras inscripciones que después le han descubierto. Eligieron para ello los romanos la especie de península que forman los ríos Torio y Vernesga, nueve millas distante de la famosa *Lancia*, última conquista de los romanos por aquellas partes. El terreno estaba elegido con su tino acostumbrado y la ciudad se edificó con aquel espíritu de grandeza severa y augusta que sellaba todas sus obras. Las riberas de ambos ríos son un continuado vergel, y el golpe de vista que presenta el pueblo, ora

se le mire desde la Virgen del Camino, ora desde las alturas que dominan el puente del Castro, no puede ser más pintoresco. Hay en las líneas del terreno una suavidad extraordinaria y el verde perpetuo de sus prados, la bella distribución de sus masas de arbolado y la abundancia de arroyos, que, como otras tantas cintas de plata, parecen servir de franjas a aquella inmensa alfombra, esparcen en la imaginación una especie de contento plácido y sosegado. Por lo demás, una ciudad destinada a plaza de armas contra los belicosos e indomables astures y que venía a ser la llave de su país claro está que debía servir de modelo de fortaleza. Sus murallas eran altísimas y tenían un espesor de veinte pies; las torres, gruesas también en proporción y su alcázar fuerte en extremo. Dividían el pueblo dos calles terminadas por cuatro puertas de mármoles, que correspondían a los cuatro puntos cardinales y tenían grabados en lápidas los nombres de los principales fundadores. Esta fortaleza de murallas libró a León de los desafueros de los bárbaros hasta el año de 585, en que postrado el poder de los suevos por Leovigildo se halló este rey godo en disposición de sujetarlas con su espada victoriosa. En la invasión árabe cayó en poder de los moros, a pesar de haber conservado sus muros, pero vendió cara su libertad. De todas maneras, el esfuerzo de los restauradores quebrantó bien pronto sus hierros, pues don Alonso I la arrancó del poder de los infieles y poco después vino a ser corte del nuevo reino que llevó su nombre.

No poco enturbió su alegría y empeñó su lustre la invasión del gran Almanzor en el año de 995, en que a orillas del Esla cayó debajo de su cimatarra el ejército de don Bermudo II. La ciudad quedó entonces sin más defensa que el valor de sus habitantes y la solidez de sus murallas; pero aun así resistió un año entero al poderío cordobés y al genio del hombre que le había comunicado su espíritu. Entonces se igualaron con el suelo en su mayor parte las famosas murallas y quedó tal León, que, según la expresión de Ambrosio de Morales, "no parecía ciudad viva, sino cuerpo muerto de ciudad antigua". Por mucho que tenga de exagerado semejante aserto, según con datos irrecusables prueba el Padre Risco en su *Historia de León*, no es menos cierto que el golpe fue acerbo y que necesitó la nueva era de prosperidades que comenzó en el reinado de don Alonso V para que se levantase el estado de grandeza que después alcanzó. Entonces, cual si despertase a nueva y robusta vida del letargo de sus tribulaciones, resplandecieron en ella nombres que la Historia recordará siempre con orgullo. Sampiro, obispo de Astorga, y don

Lucas de Tuy, canónigo de San Isidoro, la ilustraron con las letras. En ella se crió el Rey Santo, conquistador de Sevilla, y ella también sirvió de cuna a Guzmán el Bueno, a cuyo lado se eclipsan los nombres más famosos de los tiempos antiguos y modernos.

Desde el tiempo de su incorporación a la Corona de Castilla perdió León su influjo y preponderancia en los asuntos de España, aunque conservó todos sus privilegios y en el día lo único que la recomienda son las reliquias de su grandeza pasada. Entre ellas descuellan San Isidoro, la catedral y San Marcos, de que hablaremos por separado.

Cosa rara es, en verdad, que cada uno de estos edificios conserve un carácter especial y corresponda a un orden distinto de arquitectura. San Isidoro pertenece al género lombardo, la catedral al gótico y San Marcos al llamado plateresco, de manera que, sin salir de un pueblo, se puede seguir el arte en sus fases diversas por espacio de cuatro o cinco siglos.

San Isidoro es templo ya celebrado en el romance del Cid:

Salió a Misa de parida  
en San Isidoro de León  
la noble Jimena Gómez,  
mujer del Cid Campeador.

Y aunque bien puede decirse que era de los que lo estrenaban, sin embargo, no hay anacronismo, pues su fecha es de 1060. Don Fernando I había entrado a reinar en León por su matrimonio con doña Sancha, hermana de don Bermudo III, y por instancia de esta señora se trasladó desde Sevilla el cuerpo de San Isidoro y fue depositado en la iglesia de San Juan, pero como esta iglesia era de barro y fábrica tan tosca como pobre, mandaron los reyes labrar una nueva, en que pudiesen acomodar más dignamente las reliquias del santo doctor, y ésta es la que conocemos con el nombre de San Isidoro.

Reinaba en aquel tiempo en toda Europa el estilo lombardo y esta iglesia es un ejemplar muy puro y acabado, pues aunque la parte correspondiente a la capilla mayor desdice extraordinariamente del resto, debe saberse que es obra muy posterior, hecha durante el siglo xvi en remplazo de la primitiva derribada con este objeto. El arquitecto se llamaba Pedro de Dios, varon piadoso y amado de todos, cuyo sepulcro se ve en la misma iglesia.

Encima de su portada está el santo caballero en su caballo, blancos entrambos como una paloma, merced a las varias capas de yeso de distinta fecha, que los embadurnan, pero las artes pierden poco, porque jinete y bruto son de bien escaso mérito. Debajo de ellos y ya más cerca del arco hay unos relieves extraños, cuyo sentido no acertamos a descifrar: son unos hombres montados en unos animales, cuya especie no deja conocer bien la suma incorrección y tosquedad del dibujo y que flechan sus arcos hacia el aire. Los capiteles de las columnas, que sostienen el arco de la puerta, muestran también otras figuras igualmente simbólicas, pero dibujadas y labradas con mucho mayor esmero y prolijidad. A un lado hay un grupo que debe de representar los pecados capitales, entre los cuales figura la lujuria con una fealdad que hace perder el mérito de huirla y del otro se ven plantas y frutos hechos con grande delicadeza.

El interior de la iglesia, como el de la mayor parte de las de este género, es sencillo, adusto y severo. Los capiteles de sus pilares tienen también figuras de hombres y animales y el arco que separa el crucero de la iglesia es dentado. El templo está compartido en tres naves y aunque los colores de que lo han pintado, que son encarnado y blanco, disminuyen extraordinariamente su recogimiento y religiosidad, todavía produce una impresión seria y grave. En los altares hay poco de notable, pero algunos cuadros de mérito adornan las paredes de la sacristía, entre los cuales los hay que pasan por de Guido Reni, pero la mala luz a que los vimos nos impidió averiguar más detenidamente su estilo.

A los pies de la iglesia está el famoso y antiguo panteón de los reyes de León, que durante la guerra de la Independencia sufrió un destrozo grande de parte de los franceses. Restituida la paz a España, los canónigos regulares de esta iglesia recogieron los cuerpos y ordenaron algún tanto las urnas, que andaban por el suelo privadas de la veneración debida a tan ilustres cenizas. El panteón es una capilla destinada a Santa Catalina, donde están enterradas la mayor parte de las personas reales de León hasta que se unió a la Corona de Castilla. Allí yacen doña Urraca y su hijo el emperador don Fernando I y su cuñado Bermudo II, que murió a manos de las gentes de aquél en la batalla de Tamarón. Entre los epitafios hay algunos que llaman la atención. He aquí el de la infanta doña Elvira, hija del rey Fernando:

*“Vis fidei, decus Hesperiae templum pietatis,  
Vistus justitiae sidus honor patriae*

.....  
.....  
.....  
*te tua mors rapuit, spes misseros latuit.”*

No sabemos qué suerte habrá cabido en las vicisitudes de que el país ha sido teatro desde principio del siglo a los preciosos índices góticos que existían en la biblioteca de este monasterio, si bien es de presumir que el celo de su venerable comunidad los haya puesto al abrigo de todo trastorno. Entre ellos existía una historia antiquísima del Cid, con este título: *Incipiunt gesta Roderici Campi docti*. El padre Risco da una ligera idea en el tomo primero de su *Historia de León* al hablar del rey don Alonso VI, y en el tomo II revela el propósito que había formado de publicarla en el año de 1792. Al cabo no llegó a ponerlo por obra, pues de otro modo no hubieran dejado de decirlo los laboriosos traductores del *Boultervek* en la erudita noticia que acerca de este códice insertan en el tomo I. De todas maneras, debemos recomendar mucho este libro a la Academia de la Historia, porque, según su fecha, anterior a la conquista de Valencia por don Jaime, de esperar es que ayude infinito a la sana crítica en la tarea de desembrollar aquellos hechos tan oscuros como poéticos.

Una regalía posee este convento que le da extraordinaria alegría y desahogo, y es el paseo que proporciona el lienzo de la muralla que corre detrás del edificio y cerrado por ambas partes; sólo a los canónigos está abierto. El paisaje que allí se descubre es amenísimo y agraciado en extremo. El Vernesga se desliza al pie del pueblo de Trobajo y algún otro que descuella sobre los interminables linares, prados y sotos de la ribera. A la derecha, el convento de San Marcos, asentado a la orilla opuesta del río, enseñoorea su puente y se levanta con la labrada columnata de su primorosa fachada, como un pórtico magnífico por donde se entra a aquella ciudad tan nombrada en nuestra historia. Por detrás de su mole asoman las primeras cordilleras de Asturias sus peladas crestas y en el resto del país por donde la vista se extiende se encuentra una naturaleza fresca y lozana y un cielo despejado y espacioso.

Pero las bellezas y primores que realzan este edificio son apenas sombras y reflejo apagado de las grandezas de la catedral, verdadera joya de la ciudad y de toda la provincia. La memoria de este templo asciende a los primeros tiempos de la

restauración de la monarquía goda, pues sabido es que a mediados del siglo x dedicó don Ordoño II a Santa María de Regla un edificio antiguo, que los romanos habían destinado a termas y que, de suyo, compartido en tres divisiones o naves, se acomodaba muy bien a los usos del culto cristiano. Esta iglesia perseveró aun después de la invasión de Almanzor, pues en ella se coronó al rey don Alonso V a los pocos años y aún los menoscabos y deterioros que sufrió a causa de lo azaroso de los tiempos encontraron un celoso reparador en el obispo don Pelayo, que ocupaba la sede episcopal en 1073. Así es que, hablando este prelado en su testamento de la catedral, la llama maravillosa, y como no parecía probable que un edificio tan bien conservado se demoviese, de aquí dedujeron varios que el actual era el mismo que don Ordoño dedicó a esta señora.

El poco cimiento de semejante opinión se da a conocer con el expreso testimonio del *Tudense*, que atribuye a don Manrique, obispo de León, a últimos del siglo xii, la fundación de esta catedral y, además, con otra porción de documentos históricos que, con su laudable puntualidad y diligencia, cita el padre Risco, de los cuales se deduce que todavía duraba su fábrica a principios del siglo xiv. De todas maneras, semejantes discusiones sólo prueban una muy triste cosa, a saber: que los conocimientos artísticos distaban infinito, aun de los hombres más instruidos y laboriosos; pero es cosa, en verdad maravillosa, que ni aun al historiador de León, que escribía a últimos del siglo pasado, se le ocurriese un simple cotejo arquitectónico de la catedral, no ya como lo poco que pudiera quedar de los rudos edificios del siglo x, sino con los mismos primores del arte lombardo. Este era, sin duda, el argumento más poderoso que podía usarse en semejante discusión, pues bastaba para fijar los hechos de un modo incontrastable.

Cuando se echaron los cimientos del nuevo edificio levantado en el mismo lugar que ocupaba el antiguo, amanecía para España aquel largo día de prosperidades y gloria que anunciaba el matrimonio de doña Berenguela con el rey don Alonso; el prelado de León, vástago de la esclarecida casa de los Lara; era de aquellos hombres que miran como vinculados a un apellido ilustre la necesidad de acometer grandes empresas: el arte gótico que entonces florecía en todo su esplendor encontró en León vivo y despierto el entusiasmo religioso: ¡qué mucho, pues, que de tan venturoso concurso de circunstancias naciese una obra que ha maravillado las pasadas generaciones, que sorprende a la presente y pasmará a las venideras!

La fachada oriental de este templo, que compone su ábside, debe de ser la primera que se levantó, no sólo porque tal solía ser la costumbre, sino porque su visible unidad y armonía da bien a conocer que un solo pensamiento presidió a su edificación. Difícil es imaginarse líneas más puras, mayor esbeltez, distribución más acertada, ni mejor efecto. La labor de las barandillas y de los capitales y estribos es de un gusto extremado, así por el dibujo como por la ejecución y consonancia perfecta que guarda con las demás partes. Finalmente, por este lado es por donde más hermosa se encuentra la catedral.

La fachada principal es imponente, con sus dos altísimas y elegantes torres, pero ya se encuentran diferentes estilos y capas arquitectónicas, si así puede decirse, pues si bien los magníficos arcos apuntados de la portada y la torre de la izquierda pertenecen a un gótico sin mezcla, la parte superior del cuerpo que media entre las dos torres y la de la derecha pertenecen a otra época más turbia y alterada. Esta, sin embargo, es calada en su último cuerpo y sus labores manifiestan tanta delicadeza como atrevimiento. Referir ahora la infinidad de relieves y entabladuras de los arcos que sirven de portada sería cosa que alargaría este artículo más de lo que nos hemos propuesto y más tal vez de lo que consentiría la paciencia de nuestros lectores. No podemos dejar de decir, con todo, que en medio de la dureza del dibujo, la flaqueza y sequedad de las formas, la angulosidad del plegar y el desbarajuste de la composición, resulta una espiritualidad tan desnuda y enérgica y produce una impresión tan religiosa y austera, que involuntariamente se presentan a la imaginación las terribles creaciones de Dante. Los pasajes representados pertenecen, como es de suponer, a la Historia Sagrada: hay ángeles de luz y de tinieblas, predestinados y condenados, los tormentos del infierno y los deleites inefables del Paraíso. Varias visiones del Apocalipsis están copiadas con poca gracia y belleza, ciertamente, pero con un sentimiento íntimo y profundo del asunto y con rasgos de verdadera grandeza. Esta es una página de muy subido precio en la historia del arte.

La fachada del Mediodía, aunque en su parte más elevada se inclina al género plateresco, es, sin embargo, muy agraciada, así en sus pormenores como en su conjunto; pero la del Norte, junto con el claustro a que corresponde, es de un gusto depravado. Tanto la especie de triángulo que cierra el brazo del crucero que da a esa parte como los obeliscos y capiteles en forma de tiestos que desfiguran los botareles, son hermanos de los bastardos arcos apuntados del claustro y, como ellos, pertene-

cientes a época muy cercana. Probable es que al construirse éste se añadieron al noble edificio semejantes adornos, que así le sientan como otras tantas verrugas en el semblante de una mujer hermosa.

Por dondequiera que se entre en el templo hay que bajar algunos escalones. Entonces se ofrece a los ojos y al espíritu una escena de tan misteriosa índole, que difícilmente se podrá explicar nunca cumplidamente. Aquellos delgados manojos de columnas que suben a perderse en las altísimas bóvedas y forman aquellas naves tan graves y silenciosas, aquellas rasgadas, airo-sas y frágiles vidrieras pintadas de colores más vivos que los que ostenta el más rico jardín en las templadas mañanas de mayo, las santas historias que representan la quebrada y vaga luz que envían y el recogimiento solemne y profundo que reina alrededor, borran los contornos de los intereses e imágenes mundanas, despiertan la parte más noble de nuestro ser, la desprenden del barro que la aprisiona y cercan el alma de una tristeza piadosa y santa y de un sentimiento de resignación apacible y melancólica. El hombre se siente débil y desamparado en aquella mansión del espíritu divino y sus pensamientos se elevan espontáneamente y sin esfuerzo alguno a un mundo mejor, donde lejos del egoísmo y de la vanidad, el desinterés encontrará su galardón y el amor su premio. Místico concierto de voces espirituales que debajo de aquellas bóvedas augustas se elevan como los trinos de los pájaros, cuando saludan la vanidad de la primavera o cantan las últimas hojas que vuelan con las brisas del otoño.

No se crea que los hombres de temple poético y de imaginación viva son los únicos que sienten despertarse semejantes emociones en el fondo de su corazón, porque es una especie de fascinación de que sólo se libentan las organizaciones incompletas y mancadas y nadie hay que no sienta siquiera en embrión confuso estos rasos y encontrados afectos. Aun disipado este primer celaje y cuando la reflexión y el examen recobran el triste imperio que sobre nosotros ejercen, las impresiones producidas ganan en fondo lo que pierden en superficie, porque la estructura del templo, su perfecta consonancia con su objeto, la armonía de los pormenores con el conjunto son tales, que así sufren el análisis como despiertan el entusiasmo. Las naves laterales están ideadas con tan buena traza, que su pequeña, y con todo proporcionada elevación, realza la atrevida y gallarda de la mayor; y corriendo alrededor del templo ciñen y aíslan el coro y el retablo mayor. Por esta especie de ronda guarnecida de



capillas, que no ofrecen nada de curioso a los ojos del artista, discurren con gran lucimiento las procesiones interiores, y en las grandes solemnidades, cuando se abren las puertas del tras-coro, la nave mayor ofrece desde la entrada de la iglesia una magnífica galería, que comienza en la portada exterior y atravesando el coro remata en el presbiterio. Estas puertas del tras-coro tienen unos relieves de época moderna, en que (con perdón sea dicho de Ponz) aplaudimos la composición y las ropas, pero no el dibujo musculoso y atlético de aquellas mujeres, que por sus miembros más parecen gañanes. Con el coro sucedió lo contrario, pues no le cayó en gracia al ilustre académico y a nosotros nos parece admirable. Probablemente es que si este señor no hubiese visto León con tanta prisa y precipitación que el título que mejor convenía a su carta era *León al vuelo*, hubiese hablado con más asiento y despacio de este pueblo y, sobre todo, de su catedral. Verdad es que el que buscase en los relieves que adornan la sillería del coro un conocimiento profundo de anatomía y el plegar de las estatuas griegas, no podía encontrarlo; pero a falta de hermosura encontraría gran verdad relativa y ya que no gracia y suavidad, podría notar severidad y fuerza. Exigir la corrección y belleza de la antigüedad clásica a las artes de estos tiempos equivaldría a tachar de ignorantes a los geógrafos, que dos o tres siglos antes que Colón no contaban con las Indias. Por lo demás, este coro, además de estar labrado con una prolijidad y paciencia incansable, revela el doble carácter y espíritu de libertad que en aquel tiempo dominaban el arte, porque cuanto tienen de graves y adustos los santos que adornan la parte superior de las sillas, otro tanto tienen de risibles, extravagantes y satíricos los grupos y figuras que sirven de asidero a los asientos. En uno, una monja con un jarro en la mano apura una escudilla con tal ansia y vicio que provoca a risa. Un poco más allá, un fraile de carota abultada y necia se golpea la cabeza con otra escudilla vacía con chistosa expresión de despecho. En otro asiento, un cerdo muy grave y aseñorado está tocando la gaita y no muy lejos un pobre gato espeluznado y todo aturdido forcejea por arrancarse un puchero, en cuya boca harto estrecha metió sin reparar el goloso hocico. Toda la sillería está por este estilo adornada y sería nunca acabar apuntar uno por uno sus caprichos.

El crucero está desfigurado no sólo por la desigualdad de los rosetones que terminan sus brazos, sino por la cúpula pobrísima y ridícula que le corona, totalmente ajena o, por mejor decir, contraria al plan del edificio. Desde las torres se ven los

arranques o estribos sobre que debía descansar esta parte y que prometían un remate esbelto y ligerísimo y desde allí se ve también que el arquitecto *de buen gusto* que ideó la moderna cúpula sólo alcanzó a hacer la cubierta de una empanada.

El zócalo del altar mayor no está mal ideado y es, además, de aquel mármol rico y vistoso que en tanta abundancia dan las sierras cercanas; pero en el resto manifiesta un gusto churrigüesco tan exquisito y aun exagerado, que cuanto dice Ponz lo merece y aun algún ribete más, si se exceptúa aquello de la Cena, que no es sino la Asunción. La sacristía es indigna, ciertamente, de esta suntuosa iglesia, pues más que otra cosa parece un aposento subalterno dedicado a un uso menos santo, pero en sus paredes hay dos cuadros que llaman la atención. Uno de ellos, atribuido al Correggio, es un retrato lleno de fuerza y energía y tan acabado en el dibujo, que seguramente no parece indigno de tan gran maestro. El otro que representa la comida en el castillo de Emaús, donde los discípulos reconocieron al Salvador en el partir del pan, es notable no sólo por la buena composición, sino por el colorido y más especialmente aún por el raro efecto y atrevimiento de su claro obscuro. No acertamos a quién pudiera pertenecer, aunque nos inclinamos a tenerle por de origen flamenco. Fuera de ellos nada hay que notar, pues las dos copias que cita Ponz, del Juicio Final una y otra de la Virgen del Pez, son despiadadas caricaturas de estos dos famosísimos modelos.

Del claustro ya dejamos dicho cuán desgraciada es su parte moderna, pero el lienzo interior, que corresponde a la época de lo mejor de la catedral, está lleno de sepulcros y pequeños retablos hechos con gran sentimiento y muy hermosos y puros en sus líneas. También en él se ven infinitos caprichos semejantes a los del coro.

Tiene la catedral diversos pasadizos y corredores interiores, que en algunas partes dan a lo interior del templo, cuyo aspecto varía extraordinariamente mirado desde lo alto. Las torres son desiguales en su estrechura, aunque ambas de extraordinaria elevación, y la traza exterior de la gran mole registrada desde allí tiene cierta semejanza con el esqueleto de un animal inmenso, cuyo espinazo y costillas forman el cuerpo de la iglesia y los botareles o estribos. Entonces se concibe cómo pueden combinarse aquella delgadez de paredes tan extraordinaria, que con mayor exactitud pudieran llamarse tabiques de piedra, con la pasmosa solidez que las mantiene en pie hace más de cuatro siglos y cuya duración no es fácil prever a poco cuidado que en

su conservación se ponga. El mecanismo de la presión lateral, que forma el alma de la arquitectura gótica y explica su grandeza y audacia, resalta de tal modo en esta iglesia, que aun los ojos menos perspicaces lo comprenden. Sólo de esta manera se comprende cómo sobre pie y medio de grueso en el arranque pueda levantarse un muro hasta la altura de ciento veinticinco y rematar en uno solo de espesor.

La elevación de las torres es tal, que sólo los muy acostumbrados dejan de experimentar algún vértigo al acercarse a la barandilla; pero como desde allí se dominan a un tiempo la ciudad y sus alrededores, se disfruta un espectáculo muy vistoso. El pueblo aparece en un escorzo raro que lo achica y merma, pero la campiña gana infinito registrada desde aquella altura. Los ríos extienden por ambos lados de la ciudad sus amenísimas riberas, pobladas de huertas, prados y sotos, y relucen como una lámina de plata en su sosegado y apacible curso, que se pierde entre Poniente y Mediodía. Un ramal de las riberas asturianas limita el paisaje por el lado de Oriente y muy a lo lejos la cordillera de Fuencebadón que corre por la parte del Norte hacia el Ocaso y el monte Teleno se confunden entre las brumas del horizonte. El paisaje es de extraordinaria severidad, alegría y despejo y sus términos accidentados cuadran muy bien a su extensión y figura general.

## VIII

Entre las noticias de León que trae Ponz en su *Viaje*, la más completa, puntual y exacta es la del convento de San Marcos, si bien toda ella se debe a un erudito caballero y al viajador artístico no le cupo más trabajo que el de insertarla en su colección. Como quiera que sea, los amantes de las artes encontrarán en ella datos muy estimables y los que deseen mayor loor podrán acudir a un artículo que se publicó en el *Semanario Pintoresco* de 1839, página 177 (14).

---

(14) El artículo citado por el autor es también suyo, y no hemos creído conveniente reproducirlo en esta sección porque nada interesante se sigue en él por lo que toca a San Marcos de León como monumento artístico que no se encuentra en éste ya en el cuerpo, ya en las notas: por lo que atañe a su historia, bastante conocida, pues está en parte relacionada con la de la Orden de Santiago, el autor añade, calificándola de digresión, una reseña de lo que era un

Cuando se fundó la orden de Santiago por los años de 1168, era San Marcos un hospital destinado al amparo de los peregrinos que iban a adorar el cuerpo del apóstol en Galicia. Deseoso el obispo don Juan Albertino de condecorar la ciudad de León con la nueva milicia, lo ofreció a don Suero Rodríguez, uno de los primeros caballeros, para que se estableciese en él aquella ilustre caballería. Administrólo don Suero hasta que fue elegido prior el insigne don Pedro Fernández de Fuenteencalada, primer maestre de la Orden, y desde entonces creció en riqueza, esplendor y preponderancia, en términos de ser cabeza de la Orden, por lo menos en el reino de León.

Este edificio, sin embargo, estaba tan ruinoso y maltratado a principios del siglo xvi, que el rey don Fernando el Católico mandó reedificarlo en cédula de 1514. Dominaba entonces el género plateresco y el arquitecto que desde luego dirigió la obra fue, según parece probable, el famoso Juan de Badajoz, autor del precioso claustro del monasterio benedictino de San Zoilo de Carrión, tan alabado de todo el mundo. Era el tal, arquitecto de la iglesia de León en 1537, época en que se acabó este claustro y asimismo la mayor parte de la fachada principal de San Marcos, según consta de las memorias de esta casa, que la dan por concluida en tiempo de don Hernando Villares, prior en el citado año. Existe, además, una prueba incontestable en el letrero que está sobre la puerta de la sacristía en la parte interior y dice: "*Perfectum hoc opus est Dominio Bernardino priore ac Ioanne Badajoz artifice, 1549*".

Casa destinada a principal asiento de una Orden tan noble y poderosa y ejecutada bajo la dirección de semejante artista, claro está que había de ser un modelo de primor y de elegancia. Es difícil imaginar, en verdad, adornos más exquisitos que los de la fachada principal en la parte que corre desde la puerta hasta la iglesia: tanto los medallones del zócalo, que representan los maestros y principales caballeros de la Orden como los grutescos de las pilastras que comparten el cuerpo superior, manifiestan un gusto tan escogido, tan correcto dibujo y una gracia e invención tales, que bien dan a conocer cuán enriquecida salía la maquinación de los artistas de la espléndida era gótica. Ver-

---

capítulo de caballeros de esa misma Orden, cuando quedó establecida definitivamente su cabeza para el reino de León en aquel famoso convento. (Nota de la edición de 1883.) En la presente se ha incluido el artículo a que se alude.

daderamente, pasma tal prodigalidad de labores, delineadas y agrupadas con tanta habilidad, que no cansan la vista, sino que detenidamente examinadas producen una sensación muy agradable.

La iglesia es, en su mayor parte, gótica, y como tal, de religioso y serio aspecto, pero, sin embargo, por varias de sus partes asoma la nueva faz del arte. La sillería del coro, obra de un tal Guillermo Doncel, bajo la prelación del ya mencionado don Hernando de Villares (1542), es tan digna de consideración y alabanza como lo es de desprecio su continuación desdichada que tuvo fin en el año de 1723. A entrambos lados de la portada de la iglesia hay dos relieves de un tal Orozco, que representan la Crucifixión y el Descendimiento, que nosotros hemos visto todavía poco deteriorados y de los cuales apenas quedan ya algunos pedazos. Suerte mejor merecerían, sin duda, porque eran de las esculturas cuya expresión, composición y dibujo han producido en nuestro ánimo una impresión profunda. El Descendimiento, en particular, era un modelo de agrupación y sentimiento. De presumir es que este escultor trabajase en la parte primitiva de la fachada, pues seguramente no desdicen de tan diestra mano los medallones y grutescos que la adornan.

Por lo demás, este edificio tuvo sus vicisitudes, pues imposibilitados los canónigos y caballeros de darle cima bajo el magnífico plan con que se había emprendido y viviendo con demasiada estrechez e incomodidad, hubieron de trasladarse a la villa de La Calera, en Extremadura, y desde allí a Mérida, donde Felipe II les concedió la fortaleza que tenía dentro de sus muros. Desde 1566 hasta 1602 duró este abandono de San Marcos, pero entonces volvieron a la obra sus hijos con nuevos bríos y en 1615 se empezó la escalera principal, en 1679 se acabó el hermoso claustro con sus capillas que había ya comenzado Villares, y, por conclusión, en el primer tercio del siglo pasado se labró la parte de la fachada, que llega hasta el río. Sin embargo, como estos trabajos y, sobre todo, el último alcanzaban una época de decadencia marcada, sólo en el diseño general aparecen hermanos de los que producía otro tiempo más dichoso.

La sensación que produce este monumento en el día es triste por demás y aun amarga, porque nadie puede mirar con indiferencia y sosiego la ruina de las artes que poco a poco van consumándose. Tristeza y no pequeña causa el deterioro de un edificio de donde salieron tantos nombres que como estrellas gloriosas resplandecen en las páginas de nuestra historia, donde los Badajoz y Orozcos han dejado estampada su huella, donde

Arias Montano (15) mamó las primeras dulzuras de la ciencia y donde Quevedo (16) fue a expiar más que sus faltas la soberanía del genio. Amargura y no poca destila en cualquier pecho la tendencia de una época que osada y vanagloriosamente se apellida *la de las luces* y que cuando no las apaga con el soplo helado de la demolición las deja por lo menos extinguirse en las tinieblas del tiempo y de la destrucción que siempre camina en pos de él. León es un triste teatro de este espíritu vandálico. Los relieves de Orozco que dejamos mencionados han desaparecido en muy poco tiempo casi del todo. Para levantar una flaca pared que se hubiera venido abajo a una descarga de fusilería se ha demolido durante la guerra el convento de Santo Domingo y los sepulcros de dos Guzmanes (17) que eran el asombro del arte y de uno de los cuales se conserva una estatua colosal a todas luces admirable. Por nuestros propios ojos hemos visto embutidas en la llamada muralla piedras labradas con figuras de buen dibujo y ejecución y otras de ellas abandonadas en el rincón de una plazuela. Esto es vandalismo puro y manifiesto retroceso a la barbarie, porque, seguramente, tenía menos de extraño que los turcos mutilasen las estatuas de la Grecia para cargar con sus restos los cañones de los Dardanelos que el que una nación por tanto tiempo la primera del mundo reniegue así de su origen y estirpe. En la catedral, el vandalismo científico y presuntuoso ha desfigurado su claustro y su crucero: en San Marcos el descuido permite feas mutilaciones y en Santo Domingo el vandalismo demoledor armado de su piqueta viola la religión de los sepulcros, reduce a polvo los destellos

---

(15) Arias Montano fue canónigo de esta casa y en su biblioteca existía un ejemplar de la *Biblia Regia*, regalado por él y dedicado a la comunidad. La dedicatoria es breve, pero de una letra muy elegante. Esta *Biblia* existe actualmente en una especie de Museo provincial, donde se han reunido algunos cuadros y objetos de arte de los conventos extinguidos.

(16) Quevedo sufrió los apremios de una prisión rigurosísima en San Marcos, aunque el cariño y respeto de sus hermanos endulzaron bastante sus amarguras. En su carta a su amigo Adán de la Parra, inserta en el tomo I del *Semanario Erudito de Valladolid*, se ve una relación notable de su vida y padecimientos. En León se conservan muchas tradiciones del ilustre poeta.

(17) Uno de estos señores fue don Juan Quiñones y Guzmán, obispo de Calahorra, que firmó las actas del Concilio de Trento y murió en 1575. Su estatua es la que se conserva. El otro era don Martín de Guzmán, de cuyo sepulcro nada queda. Ambos monumentos eran notables por su tamaño y excelente ejecución.

diversos del arte. En vano la naturaleza ha derramado sus gracias por los campos donde la mano de los hombres ha dejado escritos sus pensamientos con tan nobles caracteres si los encargados del orden social no atajan este torrente devastador. A pocos años que domine tan fatal espíritu, el Vernesga arrastrará en su curso los escombros de San Marcos y la yedra cubrirá los desnudos paredones de donde salían los conquistadores de Granada y de Sevilla.

Sálese de León por una hermosa calle de árboles a cuyo término se encuentra el puente del Castro, que cruza el Torio, compuesto todo él de muy bellos mármoles oscuros. Más allá se levantan las cuestas de Arcabueja, desde cuya cima se pierden de vista la ciudad y sus alrededores. Por nuestra parte, nunca las hemos atravesado sin volvernos a saludar de despedida aquella ciudad tan noble y aquellos sotos y prados tan amenos. El camino que va a Sahagún es delicioso hasta Mansilla, pues se encuentran las riberas del Villarente y el Esla, muy semejantes a los contornos de León. Enfrente de esta villa, sobre la orilla derecha del río, está un cerro llamado vulgarmente Solanzo y que según las señas no es otro que la famosa Lancia, postrera conquista de los romanos por esta parte y a donde se replegaron los astures después de la sangrienta batalla en que fueron vencidos por Carisio. La posición es militar y además se han encontrado medallas y monedas romanas en su circuito. Mansilla conserva casi enteras sus murallas, cuyo pie besa el Esla, bastante caudaloso ya, pero limpio aún y cristalino como un espejo y por fuera tiene una apariencia majestuosa y severa. Desde allí adelante hasta llegar a Sahagún se acaba por entero la frondosidad y la frescura, y se extienden los áridos llanos de Campos, en cuya extensión se conservan trozos muy lucidos de la antigua vía romana que en los siglos medios tomó el nombre de *camino francés*.

La villa y monasterio de Sahagún están ocultos a la falda de las montañas de Cervera, en la orilla izquierda del Cea, en un sitio muy ameno, que contrasta agradablemente con las desnudas llanuras que tiene a su frente pasadas las tierras y dehesas de Mahudes, que componían el priorato de Valdelaguna. La ribera del Cea es pintoresca y fértil en frutas y arbolados, y aunque lleva poca o ninguna ventaja a las cercanías de León, su situación a la orilla de los páramos de Castilla la reviste de nuevas galas y adornos. Poco de notable ofrece la villa; pero el monasterio es de los más antiguos, famosos y venerados de España.

En el paraje que le sirve de asiento sufrieron martirio por la fe los Santos Facundo y Primitivo bajo los emperadores Marco Aurelio, Antonio y Lucio Vero, y cuando en tiempo de Constantino se permitió a los fieles el ejercicio de su culto, los de este país levantaron una capilla en honor de los mártires. Alrededor de ella se formó prontamente un pueblo; pero no contento con esto el rey don Alonso el Grande aprovechó la buena ocasión que le ofrecía la fuga de muchos monjes que habitaban la Andalucía y la desampararon, evitando la cruel persecución de Mahomad, y fundó el monasterio que conocemos con el nombre de los Santos Mártires. Poco duró, sin embargo, esta obra de su piedad; pues habiéndose erigido por los años de 874, desapareció en el de 883 en la invasión de Albohaid, gobernador del rey de Córdoba. Levantólo de nuevo don Alonso con mayor magnificencia, pero un siglo más tarde volvió a desaparecer en la tremenda irrupción de Almanzor.

Era, sin embargo, tan viva la devoción de los fieles con las reliquias de los mártires, que poco tardó en reedificarse de nuevo, y en el siglo xi llegó a un grado extraordinario de esplendor por su riqueza y por los ilustres varones que salieron de su seno. En las guerras posteriores sufrió también muchos daños y reveses; pero en la de la Independencia se quemó su mayor parte, y, por último, lo que se había logrado reponer o quedaba en pie ha sido consumido por entero en un incendio sucedido en 1836.

Con este último desastre nada han perdido ciertamente las artes, porque si se exceptúan los restos de la antigua iglesia, no hay cosa que merezca fijar la atención del viajero en todo aquel casto y confuso edificio, a que ya no presidía ningún género de unidad, y que tampoco mostraba ningún destello de genio en medio de su discordancia. La iglesia era del orden lombardo y pertenecía a la misma época que San Isidoro de León; pero sus labores y accidentes tal vez muestran mayor pureza y prolijidad. Los animales, plantas y frutos que adornan los capiteles de sus columnas en los arcos de las naves y de las ventanas son de un efecto muy gracioso, y los demás adornos y la distribución general se encaminaban a un conjunto muy bien dispuesto y armonioso.

Sin embargo, estos bellos restos no pueden mirarse sin ira, porque en ellos se nota el mismo repugnante espectáculo que en León dejamos censurado. Aquí el vandalismo se presenta bajo sus dos aspectos: el de los remiendos y el de la destrucción. En los años de 27 y 28 un monje de la casa, arquitecto, o, por



lo menos, titulado y examinado de tal, se propuso levantar una iglesia moderna, pero aprovechando los restos de la antigua. ¡Figúrese el lector qué buen maridaje haría la fábrica nueva de ladrillos con rayos de grecorromana con la antigua de piedra, obscurecida por el transcurso del tiempo, con sus arcos y ábside lombardo! Afortunadamente, la obra, ajustada por empresa y ejecutada con el mismo espíritu albañilesco que la había ideado, falló antes de llegar a la mitad, y quedó sin consumir este sacrilegio artístico. Pero como si no bastasen semejantes violaciones, he aquí que el vandalismo demoleedor se encarga de lo poco que de ella ha quedado, y que sus piedras se van vendiendo una por una, ya para levantar las tapias de algún corral, ya para formar las aceras de alguna calle de casas de tierra. "Porque como generalmente se dice ¿para qué sirven semejantes paramentos?". Y lo peor es que no es fácil contestar a semejante argumento y explicarles la influencia de la civilización en las artes, y la necesidad, sobre todo, de conservar las reliquias arquitectónicas, que por su índole son imposible de resucitar una vez que desaparecen.

Sahagún es el término de la provincia de León que nos hemos propuesto dar a conocer en estos rudos y desaliñados bosquejos para llamar sobre sus ignorados paisajes y monumentos la atención de los artistas y los sabios. Con ello hemos pagado en la manera posible una deuda grata a nuestro corazón, y esperamos que si su ejecución no merece alabanza, por lo menos todo el mundo hará justicia al impulso que los ha dictado.

(El *Sol*, febrero de 1843.)



## I N D I C E

	Págs.
PRÓLOGO ... ..	V
Anochecer en San Antonio de la Florida ... ..	3
Los maragatos ... ..	14
Los montañeses de León ... ..	19
Los asturianos ... ..	25
Los pasiegos ... ..	31
El pastor trashumante ... ..	35
El segador ... ..	44
San Marcos de León ... ..	51
El castillo de Simancas y descripción del Archivo General del Reino ... ..	58
Una visita a El Escorial ... ..	67
Bosquejo de un viaje a una provincia del interior ... ..	79





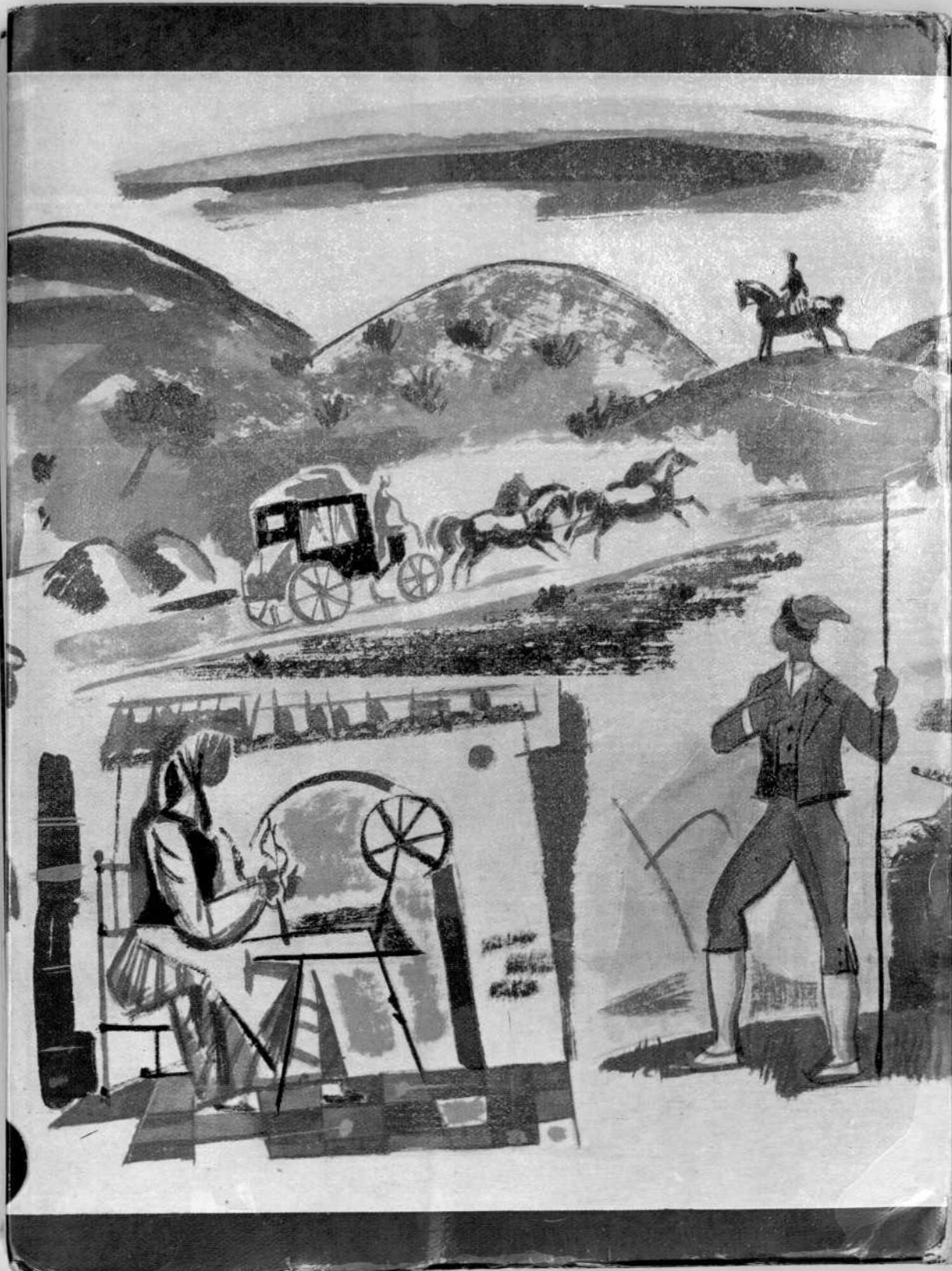


GEOGRAFIA LITERARIA  
Y VIAJES



25  
pts.

PORTADA DE  
MILLAN





SOFTENED JULY 1895